

EPISTEME DE LA MODERNIDAD DEPENDIENTE



João dos Reis Silva Júnior

EPISTEME DE LA MODERNIDAD
DEPENDIENTE

João dos Reis Silva Júnior

EPISTEME DE LA MODERNIDAD
DEPENDIENTE

1ª Edición



NAVEGANDO

Navegando Publicações

Uberlândia – Brasil

2026



www.editoranavegando.com
editoranavegando@gmail.com
Uberlândia – MG
Brasil

Dirección Editorial: Navegando Publicações
Diseño gráfico y maquetación: Lurdes Lucena
Portada del libro: Alberto Ponte Preta

Copyright © by autor, 2026.

J74 – SILVA JÚNIOR, João dos Reis. Episteme de la modernidad dependiente. Uberlândia: Navegando Publicações, 2026.

ISBN: 978-65-6070-157-1

DOI: 10.29388/978-65-6070-157-1

1. Modernidad. 2. Capitalismo 3. Globalización. 4. Capital. João dos Reis Silva Júnior. Navegando Publicações. Título.

CDD – 370

Navegando Publicações



NAVEGANDO
www.editoranavegando.com
editoranavegando@gmail.com
Uberlândia – MG
Brasil

Editores

Lurdes Lucena – Esamc – Brasil
Carlos Lucena – UFU, Brasil
José Claudinei Lombardi – Unicamp, Brasil
José Carlos de Souza Araújo – Uniube/UFU, Brasil

Conselho Editorial Multidisciplinar

Pesquisadores Nacionais

Afrânio Mendes Catani – USP – Brasil
Anderson Brettas – IFTM – Brasil
Anselmo Alencar Colares – UFOPA – Brasil
Carlos Lucena – UFU – Brasil
Carlos Henrique de Carvalho – UFU, Brasil
Cílson César Fagiani – Uniube – Brasil
Dermeval Saviani – Unicamp – Brasil
Elmiro Santos Resende – UFU – Brasil
Fabiane Santana Previtali – UFU, Brasil
Gilberto Luiz Alves – UFMS – Brasil
Inez Staupa – PUCRJ – Brasil
João dos Reis Silva Júnior – UFSCar – Brasil
José Carlos de Souza Araújo – Uniube/UFU – Brasil
José Claudinei Lombardi – Unicamp – Brasil
Larissa Dahmer Pereira – UFF – Brasil
Livia Diana Rocha Magalhães – UESB – Brasil
Marcelo Caetan o Parreira da Silva – UFU – Brasil
Mara Regina Martins Jacomeli – Unicamp, Brasil
Maria J. A. Rosário – UFPA – Brasil
Newton Antonio Paciulli Bryan – Unicamp, Brasil
Paulino José Orso – Unioeste – Brasil
Ricardo Antunes – Unicamp, Brasil
Robson Luiz de França – UFU, Brasil
Tatiana Dahmer Pereira – UFF – Brasil
Valdemar Squissardi – UFSCar – (Apos.) – Brasil
Valeria Lucília Forti – UERJ – Brasil
Yolanda Guerra – UFRJ – Brasil

Pesquisadores Internacionais

Alberto L. Bialakowsky – Universidad de Buenos Aires – Argentina
Alicina Maria de Castro Martins – (I.S.M.T.), Coimbra – Portugal
Alexander Steffanell – Lee University – EUA
Ángela A. Fernández – Univ. Aut. de St. Domingo – Rep. Dominicana
Antonio Vidal Ortega – Pont. Un. Cat. M. y Me – Rep. Dominicana
Amando Martínez Rosales – Universidad Popular de Cesar – Colômbia
Artemis Torres Valenzuela – Universidad San Carlos de Guatemala – Guatemala
Carolina Crisorio – Universidad de Buenos Aires – Argentina
Christian Cwik – Universität Graz – Austria
Christian Hausser – Universidad de Talca – Chile
Daniel Schugurensky – Arizona State University – EUA
Elizet Payne Iglesias – Universidad de Costa Rica – Costa Rica
Elsa Capron – Université de Nimés / Univ. de la Réunion – France
Elvira Aballi Morell – Vanderbilt University – EUA
Fernando Camacho Padilla – Univ. Autónoma de Madrid – Espanha
Francisco Javier Maza Avila – Universidad de Cartagena – Colômbia
Hernán Venegas Delgado – Univ. Autónoma de Coahuila – México
Iside Gjergji – Universidad de Coimbra – Portugal
Iván Sánchez – Universidad del Magdalena – Colômbia
Johanna von Grafenstein, Instituto Mora – México
Lionel Muñoz Paz – Universidad Central de Venezuela – Venezuela
Jorge Enrique Elias-Caro – Universidad del Magdalena – Colômbia
José Jesus Borjón Nieto – El Colegio de Vera Cruz – México
José Luis de los Reyes – Universidad Autónoma de Madrid – Espanha
Juan Marchena Fernandez – Universidad Pablo de Olavide – Espanha
Juan Paz y Miño Cepeda, Pont. Univ. Católica del Ecuador – Equador
Lerber Dimas Vasquez – Universidad de La Guajira – Colômbia
Marvin Barahona – Universidad Nacional Autónoma de Honduras – Honduras
Michael Zeuske – Universität Zu Köln – Alemanha
Miguel Perez – Universidade Nova Lisboa – Portugal
Pilar Cagiao Vila – Universidad de Santiago de Compostela – Espanha
Raul Roman Romero – Univ. Nacional de Colombia – Colômbia
Roberto González Armas – Universidad del Norte – Colômbia
Ronny Viales Hurtado – Universidad de Costa Rica – Costa Rica
Rosana de Matos Silveira Santos – Universidad de Granada – Espanha
Rosario Marquez Macias, Universidad de Huelva – Espanha
Sérgio Guerra Vilaboy – Universidad de la Habana – Cuba
Silvia Mancini – Université de Lausanne – Suíça
Teresa Medina – Universidade do Minho – Portugal
Tristan MacCoaw – Universit of London – Inglaterra
Victor-Jacinto Flecha – Univ. Cat. N. Señora de la Asunción – Paraguai
Yoel Cordovi Nuñez – Instituto de Historia de Cuba v Cuba

DEDICACIÓN

María Clara Franchin: promesa y nuevo comienzo.

En la infancia reside algo que toda generación debe recordar: la posibilidad de un nuevo comienzo. En una época histórica marcada por la aceleración, la incertidumbre y la reducción de los horizontes colectivos, la presencia de un niño devuelve al mundo una verdad simple y profunda: la historia nunca termina del todo. Siempre existe la posibilidad de volver a empezar.

Escribir sobre la dependencia, el tiempo histórico y las transformaciones del capitalismo contemporáneo puede parecer una tarea marcada por la gravedad de los problemas que afrontan nuestras sociedades. Sin embargo, incluso en medio de las crisis, cada nueva generación abre el horizonte del futuro. La infancia nos recuerda que el tiempo no pertenece únicamente a las fuerzas impersonales de la economía o la historia. También pertenece a la esperanza.

En Latinoamérica, donde el futuro a menudo parece postergado o interrumpido, cada nacimiento constituye una forma silenciosa de resistencia histórica. En el simple gesto de una niña que descubre el mundo reside, quizás, la promesa de una duración diferente del tiempo. **Por eso este libro está dedicado a María Clara, promesa y nuevo comienzo.**

VALDEMAR SGUISSARDI

El recuerdo de un día sin futuro.

La nieve comenzó a caer lentamente. Primero sobre los árboles, como si les enseñara de nuevo el arte del descanso. Luego sobre los tejados, suavizando las líneas duras de las casas y cubriendo poco a poco lo que durante el día parecía tan definido. También caía sobre los caminos recorridos, sobre las palabras pronunciadas y sobre aquellas que permanecían suspendidas en el aire, como frases que el tiempo no tuvo la oportunidad de completar. Caía sobre los gestos repetidos a lo largo de toda una vida: gestos hechos no por gloria ni reconocimiento, sino por una silenciosa fidelidad al trabajo del pensamiento y la amistad. Había algo profundamente sereno en esa caída continua. La nieve no borraba las huellas de lo que había existido; solo las recogía con cuidado, como si el mundo entero hubiera decidido, por un raro instante, ralentizar su ritmo para permitir que la memoria respirara. Bajo esa capa ligera y silenciosa yacían años de conversaciones, proyectos compartidos, libros comentados, dudas, risas y la larga paciencia de quienes creen que el pensamiento necesita tiempo para madurar.

La nieve caía sobre los vivos —cansados, atentos, aún de pie ante las tareas que el mundo insiste en presentar— y también sobre los muertos, que ya no necesitaban resistir la implacable carrera del tiempo. No hacía distinción. Cubría a todos con el mismo cuidado pausado, como si recordara que toda vida pertenece al mismo tejido del tiempo. En esta continua caída había una especie de silenciosa igualdad. Quienes habían partido no desaparecieron por completo; permanecieron dispersos en las ideas que ayudaron a forjar, en las instituciones que ayudaron a construir y en las conversaciones que aún resuenan en los lugares donde vivieron. La ausencia no elimina la presencia. Solo la desplaza. Lo que una vez existió en la palabra viva ahora existe en la memoria colectiva. Lo que una vez fue voz se

convierte en silencio cargado de significado. Y así el mundo continúa, sostenido por presencias que ya no están físicamente entre nosotros, pero que siguen habitando los pensamientos de quienes permanecen.

Y en esa lenta, casi imperceptible, caída, no había tristeza definitiva. Había descanso. Como si el mundo reconociera que ciertas vidas no terminan simplemente cuando cesan los días. Continúan existiendo en la memoria de las ideas, en la obra de quienes aprendieron de ellas y en los caminos que ayudaron a abrir. La nieve seguía cayendo sobre ciudades lejanas, sobre campos silenciosos, sobre las calles por donde aún caminan quienes quedan. También caía sobre los lugares donde alguien alguna vez habló, enseñó, escribió y pensó junto con otros. En este movimiento silencioso, parecía haber una promesa: que el pensamiento no pertenece solo al tiempo en que fue pronunciado. Atraviesa generaciones, reaparece en nuevas voces y continúa iluminando el camino de quienes aún buscan comprender el mundo. La nieve seguía cayendo —sobre los vivos y sobre los muertos— y, al caer, parecía decir sin palabras que ciertas presencias nunca abandonan por completo la historia.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Este libro nace de una inquietud intelectual, pero también de una experiencia compartida. Ninguna reflexión sobre el tiempo histórico, la dependencia o las profundas transformaciones del capitalismo contemporáneo podría escribirse sin reconocer que estas transformaciones son vividas a diario por miles de personas que trabajan en universidades. Por lo tanto, antes de cualquier reconocimiento individual, este libro está dedicado colectivamente a todos aquellos que viven —a menudo en silencio— los efectos de la mutación ontológica que actualmente atraviesa las instituciones universitarias.

En las últimas décadas, la universidad se ha convertido en un espacio donde el tiempo se comprime progresivamente. Los proyectos deben nacer ya elaborados, la investigación debe producir resultados cada vez más rápido, y la vida intelectual, que siempre ha exigido duración, paciencia y maduración, se organiza ahora en torno a métricas, plazos ajustados y expectativas de productividad incesante. Profesores, investigadores, estudiantes y personal administrativo experimentan esta transformación de diversas maneras. Muchos comparten la sensación difusa de que algo ha cambiado profundamente en la forma en que se produce y se experimenta el conocimiento. La mutación ontológica del tiempo no es solo un concepto teórico: se manifiesta en agendas saturadas, en la ansiedad que impregna la vida académica y en la creciente dificultad de conservar el tiempo necesario para pensar.

A todos aquellos que continúan investigando, enseñando y escribiendo incluso en estas condiciones, este libro les expresa una profunda gratitud. La perseverancia en el trabajo intelectual, incluso en contextos de aceleración y presión institucional, constituye una forma silenciosa de resistencia histórica. Cada clase cuidadosamente preparada, cada guía paciente, cada proyecto de investigación rigurosamente realizado representa un esfuerzo por preservar aquello

que siempre ha dado sentido a la universidad: el tiempo para la reflexión, la crítica y la construcción colectiva del conocimiento.

Escribir sobre la dependencia, el tiempo histórico y la reorganización contemporánea del capitalismo implica también reconocer que estas transformaciones no afectan a todas las sociedades de la misma manera. En las regiones periféricas del sistema mundial, como América Latina, los efectos de la compresión del tiempo institucional se intensifican aún más. Las universidades que deberían consolidar proyectos a largo plazo a menudo se ven obligadas a operar en condiciones de inestabilidad permanente. Los programas académicos nacen bajo la presión de evaluaciones rápidas, las reformas institucionales interrumpen procesos aún en formación y los proyectos colectivos se enfrentan continuamente al riesgo de ser interrumpidos antes de madurar.

En este contexto, miles de investigadores siguen intentando comprender su propia época histórica. Muchos lo hacen sin reconocimiento público, sin visibilidad y, a menudo, enfrentándose a condiciones institucionales adversas. Este libro también expresa su gratitud a estos hombres y mujeres que insisten en reflexionar críticamente sobre el mundo, incluso cuando el tiempo parece agotarse.

A lo largo de la redacción de esta obra, algunas presencias concretas hicieron que este viaje intelectual fuera menos solitario. Entre ellas, deseo reconocer de manera muy especial la presencia de **Everton Fargoni**.

Everton representa algo excepcional en el ámbito académico: la combinación de curiosidad intelectual, dedicación a la investigación y una gran disposición para aprender. Durante el tiempo que compartimos, pude seguir su trayectoria académica y observar cómo, poco a poco, se transformó en un investigador atento, riguroso y sensible a los problemas que aquejan al mundo contemporáneo. La investigación no es solo una técnica; es también una forma de relacionarse con el mundo y con el conocimiento. Everton aprendió a investigar con la paciencia necesaria para comprender procesos

complejos y con la humildad indispensable para reconocer que todo conocimiento es siempre un esfuerzo colectivo.

En muchas ocasiones, nuestras conversaciones se convirtieron en auténticos laboratorios de ideas. Hablamos sobre la universidad, la dependencia, el intelecto social, el tiempo histórico y las transformaciones que experimenta el capitalismo contemporáneo. Estas conversaciones no solo enriquecieron este libro, sino que también hicieron que el proceso de escritura fuera más vívido, más abierto y más atento a las experiencias concretas que impregnan la vida universitaria cotidiana.

Por lo tanto, expreso mi sincero agradecimiento a Everton. Su trayectoria demuestra que, incluso en una época marcada por la aceleración y la fragmentación, todavía es posible formar investigadores comprometidos con la reflexión crítica y el rigor intelectual que exige la investigación.

Otro reconocimiento igualmente importante debe otorgarse a **José Luiz Chicaneli**, cuya presencia ha sido fundamental en un aspecto a menudo invisible de la vida intelectual: el cuidado de la propia salud.

La actividad académica, sobre todo cuando se combina con proyectos a largo plazo, exige una dedicación intensa. Las largas horas de lectura, escritura y reflexión se acumulan con el paso de los años, transformando el trabajo intelectual en una práctica que ocupa gran parte de la vida diaria. En medio de esta dedicación, es fácil olvidar que el pensamiento también depende del cuerpo, del equilibrio y del cuidado de la propia salud.

En este sentido, José Luiz Chicaneli ha sido una presencia fundamental. Más que un profesional atento, se ha convertido en un amigo cuya escucha atenta y constante ha contribuido a preservar las condiciones necesarias para la continuidad del trabajo intelectual. En numerosas ocasiones, sus palabras, su guía y su atención silenciosa han servido como un importante recordatorio de que la vida académica debe sustentarse en un sólido equilibrio humano y físico.

La escucha atenta es una profunda forma de cuidado. En un mundo marcado por la prisa, las interrupciones constantes y la fragmentación del tiempo, encontrar a alguien que escuche con calma y atención es un gesto excepcional. José Luiz Chicaneli ofreció esta escucha en varias ocasiones, contribuyendo a que el trabajo intelectual pudiera desarrollarse sin perder de vista la dimensión humana que lo sustenta.

Por lo tanto, este libro también deja constancia de mi gratitud por este cuidado silencioso pero fundamental. La continuidad del trabajo intelectual a largo plazo a menudo depende de estas presencias discretas que ayudan a mantener el equilibrio necesario para pensar y escribir. Agradezco a María Elisa, amiga y editora que siempre ha acogido mis obras, a pesar de que la relación entre editor y editora sea conflictiva. Y a todos mis amigos de mi *alma máter*: Edson Moreira, Silvio Franco (Ursu), Glaucius Oliva, José Marcos, Ernesto Massarope y Luis César. Y a los amigos que me han acompañado desde la adolescencia y que siguen siendo mis amigos hoy, cuya amistad es sincera: Luiz Carlos Anelli y Mey Van Munster.

Finalmente, quisiera volver a referirme a quienes conforman el horizonte colectivo de este libro: todos los profesores, investigadores, estudiantes y trabajadores universitarios que, en diferentes partes del mundo, están experimentando los efectos de la transformación contemporánea del tiempo institucional.

La mutación ontológica que experimenta el capitalismo actual modifica no solo la economía, sino también las formas de vida, las instituciones y las experiencias subjetivas. La universidad se ha convertido en uno de los espacios donde esta transformación es particularmente visible. Allí confluyen las presiones del capital ficticio, las exigencias de productividad, las evaluaciones permanentes y los intentos por preservar el espacio crítico del pensamiento.

A pesar de todas estas presiones, la universidad sigue siendo uno de los últimos lugares donde el pensamiento aún puede encontrar refugio. Aun debilitada, incluso asediada por tensiones internas, sigue

siendo un espacio donde la reflexión crítica puede cultivarse y transmitirse a las nuevas generaciones.

Este libro surge de esa convicción.

Agradezco a Vera Navarro por representarnos ***en la lucha contra el golpe de Estado.***

Y por eso su agradecimiento no podía terminar de otra manera: con un reconocimiento a todos aquellos que, día a día, siguen manteniendo viva la posibilidad de pensar en un tiempo que parece acortarse cada vez más.

En última instancia, el significado de esta obra les pertenece a ellos, tanto a los conocidos como a los desconocidos.

POSICIÓN PÚBLICA DEL AUTOR

El libro y el tiempo

Hay días en que el cuerpo parece alinear aquello que el pensamiento venía intentando organizar desde hace mucho tiempo. El entrenamiento llegó como uno de esos momentos raros: el cuerpo respondió, la mente se aclaró y, por algunos instantes, todo pareció estar en su lugar. Es curioso cómo, a veces, es en el movimiento físico más simple donde la decisión más difícil encuentra forma.

El restaurante, ruidoso, fue apenas un tránsito. Me quedé poco tiempo. No era allí donde el día iba a resolverse. Volví a casa con la sensación de que algo necesitaba ser concluido —no como una tarea, sino como destino.

Y entonces la decisión se impuso con una lucidez casi tranquila.

Hay libros que se escriben a lo largo de meses. Otros, a lo largo de años. Pero hay aquellos raros que condensan una vida entera. Este es uno de ellos. No son solo páginas: son 69 años de vida y 40 años de investigación que se comprimen en una forma que, ahora, ya no me pertenece por completo. La teoría de la modernidad dependiente ya no es solo una formulación —es una toma de posición frente al tiempo histórico.

Y quizás eso es lo que más pesa: el tiempo.

Sé, con la serenidad de quien ha vivido lo suficiente como para medir las cosas con precisión, que no habrá otro ciclo de 40 años de investigación, ni otra acumulación de esta naturaleza. Este libro es, en alguna medida, un punto de llegada. Y precisamente por eso, no puede ser retenido.

Retenerlo sería, de algún modo, negar la propia razón de haberlo escrito.

Las editoriales tienen sus tiempos, sus costos, sus lógicas de mercado. No hay error en ello —solo un desajuste. El libro que exige circulación ahora no puede esperar el ritmo de un engranaje que, por naturaleza, opera con cautela y cálculo.

La decisión, entonces, fue simple —y al mismo tiempo definitiva.

Hacer un e-book. Distribuirlo gratuitamente. En portugués y en español. Un libro bilingüe, en el cual yo mismo realizo la traducción del ensayo *Teoría de la Modernidad Dependiente*, de mi autoría. Colocar el libro donde necesita estar: en manos de quienes piensan América Latina, en las universidades, en los debates, en los espacios donde aún existe disposición para comprender lo que nos ha ocurrido, sobre todo después de 2008.

Imprimir pocos ejemplares —no para circulación, sino como gesto. Como quien guarda algo que fue, al mismo tiempo, trabajo y travesía.

Hay también una dimensión ética en todo esto. Trabajar en una universidad pública, haber sido financiado con recursos públicos, vivir en un país dependiente —todo esto no es neutro. Impone responsabilidad. El conocimiento, en este caso, no puede ser tratado como mercancía.

Debe retornar.

Y hay un punto importante: en menos de un mes, este libro estará disponible en el propio Facebook. Colocaré el enlace directamente allí, abierto, sin barreras, para que cualquier persona pueda acceder. Y más aún, fijaré esta publicación, para que todos puedan verla, acceder y compartirla con facilidad.

En muy breve, el enlace para que tengas el libro gratuitamente.

En la primera semana de agosto, en el seminario latinoamericano, el libro estará allí —no como objeto de venta, sino como presencia compartida. Un enlace, quizá simple, pero cargado de sentido: el de que aquello que llevó una vida construir ahora se abre, sin mediación, a quien quiera leerlo.

No hay grandilocuencia en esto. Hay, apenas, una sensación de cierre.

Y, curiosamente, de ligereza.

PREFACIO

La vida académica y la posibilidad de vivir otra época.

Vivimos en tiempos cada vez más acelerados. Resulta interesante observar cómo esto se ilustra con ejemplos aparentemente banales de nuestra vida cotidiana. De hecho, no hace mucho, escribir una carta en papel requería un esfuerzo de concentración y atención, una habilidad física y mental que se materializaba en la cuidadosa elección de las palabras y sus consecuencias. Si se dedicaban unos 20 minutos a escribir una carta de este tipo, ese tiempo incluía pausas para reflexionar sobre el impacto que las frases tendrían en la persona que la recibiría en casa. Ahora, dado el supuesto progreso de las fuerzas productivas, en particular las de naturaleza tecnodigital, en principio tendríamos mucho más tiempo para el descanso necesario, considerando que la velocidad de la comunicación *en línea* requeriría mucho menos esfuerzo físico y mental que escribir un texto en papel.

Sin embargo, los tiempos han cambiado. El ritmo frenético de los dedos tecleando esas mismas palabras en los mensajes de WhatsApp hace que los textos se compongan y corrijan en segundos. En otras palabras, si un mensaje se escribe en 30 segundos, incluyendo el tiempo dedicado a pensar en qué palabras usar, tendríamos otros 19 minutos y 30 segundos para realizar otras actividades, considerando los 20 minutos que se tarda en escribir una carta en papel, como se mencionó anteriormente. Pero no solemos proceder así, ya que escribimos (y respondemos) decenas de mensajes por WhatsApp durante esos 19 minutos y 30 segundos. Este fenómeno fue denominado por Hartmut Rosa (2019) como la contracción del tiempo presente, en su libro: «Aceleración: la transformación de las estructuras temporales en la modernidad».

Siguiendo este razonamiento, la actual contracción del tiempo debe entenderse históricamente, especialmente en relación con su desarrollo en la sociedad del capitalismo transnacional, y cómo sus relaciones de producción determinan el desarrollo de fuerzas

productivas que engendran la intensificación de la velocidad de un tiempo mecánico también presente en las universidades. Este es el aspecto central de este libro de João dos Reis da Silva Jr., que ofrece un análisis esencial de cómo la institución universitaria se convierte en objeto de una mutación ontológica, al acelerarse también su ritmo.

Históricamente, la universidad se ha distinguido como el centro de la producción de ideas y conceptos objetivados en resultados de investigación en las más diversas áreas del conocimiento humano. La investigación, en este sentido, exigía tiempo y una dedicación constante que se extendía a proyectos de toda la vida. Si bien es cierto que la aceleración del tiempo de investigación no es una característica de la sociedad actual de la cultura digital y el llamado capitalismo transnacional, en la denominada revolución científico-tecnológica, situada a finales del siglo XIX y principios del XX, la investigación producida en las universidades europeas —consideremos, por ejemplo, el caso de la universidad alemana— fue crucial para el desarrollo de las fuerzas productivas, hasta el punto de que la ciencia se convirtió en la principal *mercancía* en los albores de la fase monopolística del capitalismo.

Sin embargo, resulta imposible comparar la velocidad de la producción científica bajo el capitalismo monopolista con la del capitalismo transnacional actual, también conocido como capitalismo ficticio, de plataformas o de vigilancia, entre otras denominaciones. La metamorfosis ontológica que experimenta la institución universitaria está muy bien analizada por João dos Reis. Es precisamente en el contexto histórico actual donde la compulsión por producir a un ritmo acelerado se extiende también al trabajo de los profesionales universitarios, especialmente en la forma en que se aplican los impresionantes recursos de la tecnología de inteligencia artificial generativa a la producción de textos e investigaciones, como destacó João dos Reis en el último capítulo de este libro. En una especie de progresión geométrica, más que aritmética, prevalece la compulsión no a sumar, sino a multiplicar cada vez más la producción académica a cualquier precio.

No es casualidad que los casos de plagio y autoplagio en el ámbito académico se multipliquen en proporción al número de citas de artículos y trabajos similares en bases de datos como Google Scholar, que se está convirtiendo en el santo grial para investigadores nacionales e internacionales. La búsqueda de un índice *b cada vez más sólido*, que literalmente impacta en los currículos de sus titulares, se convierte en un objetivo tan codiciado que, en muchas ocasiones, los temas de investigación se eligen no por su relevancia social, sino por su potencial para alcanzar un reconocimiento espectacular. Publicar, aparecer o perecer. Esta es la tríada que impera en el entorno académico actual.

Por lo tanto, las observaciones críticas de João dos Reis en este libro se vuelven cruciales, especialmente en lo que respecta al desarrollo de este ritmo de vida acelerado, incluyendo su impacto en la salud mental de los profesores universitarios, cuyas enfermedades físicas y mentales no pueden considerarse sucesos fortuitos. En palabras de João dos Reis: Siempre hay algo que terminar, algo que responder, algo que se deja para después. La sensación permanente es la de ir atrasado. Pero quizás esto no sea solo un fallo organizativo individual. Puede ser un signo de una transformación histórica más profunda. Cuando el capital ficticio comienza a organizar las expectativas económicas y sociales, comprime el horizonte temporal de las instituciones y de la vida cotidiana misma. El futuro deja de ser un amplio espacio para la construcción y se convierte en algo anticipado, calculado y apropiado en el presente. En este sentido, no solo vamos atrasados en nuestras tareas diarias. Vivimos en una época en la que el futuro mismo ha sido, en cierta medida, secuestrado».

Si el futuro ha sido efectivamente secuestrado, es necesario reflexionar sobre cómo rescatarlo. El rescate del futuro requiere una reelaboración del pasado, con el fin de generar un presente diferente. En este sentido, resulta pertinente recordar la célebre frase de Marx (2013) de que las revoluciones son la locomotora de la historia. No menos conocido es el argumento de Walter Benjamin (2012) de que las revoluciones son, de hecho, el freno de emergencia de la historia. Es decir, para Benjamin, las verdaderas revoluciones son frenos de

emergencia, cuyas prácticas sociales pueden contrarrestar el avance de la locomotora hacia la catástrofe. Así, si la institución universitaria produce y reproduce la barbarie, también puede ser un espacio para resistir y luchar humanísticamente por la experiencia de otro tiempo. Por lo tanto, ante la acelerada mutación ontológica de la universidad, este libro de João también puede caracterizarse como un freno de emergencia.

Antonio Zuin

São Carlos, 20 de marzo de 2026

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	21
El surgimiento de una nueva episteme	25
CAPÍTULO 1 - La experiencia histórica del tiempo dependiente	29
La forma sensible del tiempo vivido	29
CAPÍTULO 2 - Lenguaje, conocimiento e intelecto social.....	36
CAPÍTULO 3 - La mutación ontológica del tiempo	52
CAPÍTULO 4 - Dependencia del control del tiempo en las instituciones ..	69
CAPÍTULO 5 - La subjetividad en la teoría de la modernidad dependiente	87
La aceleración de la vida intelectual.....	87
Ansiedad y tiempo histórico	88
CAPÍTULO 6	92
La inteligencia artificial y la era del intelecto social	92
La aceleración de las operaciones cognitivas	93
Dependencia cognitiva	95
La inteligencia artificial y la reorganización del trabajo intelectual.	95
Compresión temporal del conocimiento	96
CAPÍTULO 7 - Episteme de la teoría de la modernidad dependiente	98
El problema del tiempo histórico	98
La epistemología de la teoría de la modernidad dependiente.....	100
El futuro del intelecto social.....	101

La inteligencia artificial y la transformación de la lectura.	102
La inteligencia artificial y la mutación del trabajo intelectual	103
Inteligencia artificial, conocimiento y control del tiempo.....	106
El crepúsculo y la visibilidad del tiempo	108
Temporalidad y forma histórica.....	109
Dependencia y compresión del tiempo histórico.....	109
CAPÍTULO 8 - Tiempo, dependencia y conocimiento.....	111
De la dependencia económica a la dependencia temporal.	112
La universidad en la teoría de la modernidad dependiente.....	114
CONCLUSIÓN	118
El tiempo histórico y la dependencia en la teoría de la modernidad dependiente.	118
Dependencia y reorganización del tiempo	118
Intelecto social y producción de conocimiento.....	119
Sistemas de conocimiento y validación.....	120
Pensando en el tiempo	121
El momento del descubrimiento	122
El papel de la tecnología.....	123
El significado del libro.....	124
Última palabra.....	126
BIBLIOGRAFÍA	129
SOBRE EL AUTOR.....	130

INTRODUCCIÓN

La dependencia constituye una de las categorías fundamentales para comprender la formación histórica de América Latina. A lo largo del siglo XX, la teoría marxista de la dependencia desarrolló una interpretación rigurosa de las formas en que las economías latinoamericanas se integraron al capitalismo mundial bajo condiciones de subordinación estructural. La transferencia sistemática de valor a los centros del sistema, la especialización productiva y la subordinación tecnológica constituyeron mecanismos centrales de esta inserción histórica. Dentro de este marco interpretativo, la dependencia se presentó principalmente como un problema económico: las economías periféricas participaron en el sistema mundial bajo condiciones que limitaban su capacidad de acumulación autónoma y reproducían estructuras productivas subordinadas.

Este enfoque permitió comprender con gran precisión la organización del sistema mundial durante gran parte del siglo XX. Las economías centrales concentraron el desarrollo tecnológico, el control financiero y la mayor parte de los beneficios de la acumulación global, mientras que las economías periféricas permanecieron integradas al sistema mediante formas de producción dependientes. La transferencia de valor, las relaciones comerciales desiguales y la subordinación tecnológica explicaron gran parte de esta estructura histórica. Gracias a esta interpretación, fue posible comprender que el subdesarrollo no era una etapa transitoria del progreso histórico, sino una forma específica de desarrollo capitalista.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo global indican que es necesario ampliar este horizonte interpretativo. La expansión del capital ficticio, la creciente centralidad de las finanzas y la reorganización global de las expectativas económicas han introducido profundos cambios en la dinámica de la acumulación. Estas transformaciones no solo alteran la organización de la producción o la distribución internacional del valor, sino que también

afectan la manera histórica en que las sociedades organizan su relación con el tiempo.

En el capitalismo industrial clásico, el tiempo estaba estrechamente ligado al proceso de producción. La acumulación dependía de la expansión material de las fuerzas productivas, el crecimiento del trabajo social y la consolidación gradual de las instituciones económicas. El futuro se presentaba como un horizonte relativamente estable para la planificación colectiva. Los proyectos de desarrollo, las políticas públicas y los sistemas científicos podían concebirse dentro de amplios marcos temporales históricos. Las sociedades organizaban su acción colectiva imaginando horizontes que abarcaban décadas.

El capitalismo contemporáneo introduce una transformación significativa en esta experiencia temporal. La expansión del capital ficticio permite anticipar constantemente las expectativas futuras y convertirlas en activos financieros. El capital comienza a revalorizarse no solo mediante la expansión de la producción material, sino también mediante la anticipación de la captación del futuro. La valoración económica se desplaza progresivamente hacia operaciones financieras que reorganizan el presente basándose en cálculos permanentes sobre lo que aún no ha ocurrido.

En este proceso, el tiempo se convierte en objeto directo de apropiación económica.

Esta transformación altera profundamente la experiencia histórica de las sociedades. El futuro deja de funcionar simplemente como un horizonte abierto para la planificación colectiva y se ve constantemente reorganizado por expectativas financieras volátiles. Las decisiones económicas e institucionales comienzan a responder a horizontes temporales cada vez más cortos. La dinámica de la acumulación empieza a operar en ciclos temporales cada vez más breves.

El resultado es una progresiva compresión del tiempo histórico. Los horizontes para la planificación colectiva se estrechan, las instituciones se enfrentan a una mayor inestabilidad y los proyectos a

largo plazo se vuelven más difíciles de sostener. Las políticas públicas que antes podían desarrollarse a lo largo de décadas ahora se reorganizan en ciclos cada vez más cortos. El tiempo necesario para que las instituciones maduren y las tradiciones intelectuales se consoliden es cada vez más escaso.

En las economías dependientes, esta dinámica adquiere una intensidad particular. La subordinación de las economías latinoamericanas en el sistema financiero internacional implica que estas sociedades experimentan con mayor intensidad las fluctuaciones del capitalismo global. Las decisiones tomadas en los centros del sistema mundial producen efectos inmediatos en las economías periféricas. Los flujos financieros, las variaciones del tipo de cambio y los cambios en las expectativas de los mercados internacionales pueden reorganizar rápidamente las condiciones económicas e institucionales de estas sociedades. En este contexto, la dependencia deja de ser simplemente una relación económica.

También se convierte en una forma histórica de organizar el tiempo social. Las sociedades dependientes no solo transfieren valor a los centros del sistema mundial, sino que también enfrentan limitaciones estructurales para organizar el tiempo histórico dentro del cual intentan construir sus proyectos colectivos. El futuro se vuelve más corto, más incierto y más difícil de sostener como horizonte de planificación colectiva.

Esta hipótesis guía el presente ensayo. La dependencia contemporánea puede entenderse como una forma histórica de compresión del tiempo social. Las economías periféricas no solo enfrentan limitaciones productivas o tecnológicas, sino también limitaciones estructurales para sostener procesos prolongados de desarrollo institucional, científico y cultural. Esta transformación se hace particularmente visible en las instituciones responsables de la producción de conocimiento.

La universidad es uno de los espacios donde este cambio temporal se hace más evidente. Las instituciones que históricamente dependían de largos periodos para cumplir su función intelectual están

empezando a experimentar la presión de plazos cada vez más cortos. Los sistemas de evaluación permanentes, los ciclos de financiación breves y las crecientes exigencias de productividad están reorganizando el ritmo de la vida académica. El tiempo necesario para pensar es cada vez más escaso.

Esta transformación no debe entenderse simplemente como un cambio administrativo o institucional. Expresa una mutación más profunda en las condiciones históricas de la producción de conocimiento. La compresión del tiempo institucional altera las formas de la vida intelectual y modifica progresivamente la experiencia subjetiva de quienes trabajan en la universidad.

La ansiedad, la constante sensación de urgencia y la dificultad de mantener procesos de reflexión prolongados se convierten en parte de la vida académica. En este contexto, el profesor universitario se convierte en una figura particularmente sensible a las transformaciones del tiempo histórico contemporáneo. Situado entre la exigencia de producir conocimiento crítico y la presión de instituciones cada vez más aceleradas, experimenta a diario la tensión entre el largo plazo del pensamiento y el corto plazo de las instituciones.

Esta tensión revela algo fundamental sobre el capitalismo contemporáneo. Demuestra que la reorganización del tiempo social constituye una dimensión central de la dependencia actual. La compresión del tiempo histórico no solo afecta a la economía o a las instituciones políticas, sino también a la capacidad de las sociedades para reflexionar sobre sí mismas e imaginar horizontes colectivos para el futuro.

Para comprender esta transformación, es necesario ampliar el horizonte interpretativo de la teoría de la dependencia. Es en este punto donde surge la propuesta conceptual que guía este libro: la noción de Episteme de la Modernidad Dependiente. Esta expresión designa un esfuerzo interpretativo que busca comprender cómo la financiarización del capitalismo global reorganiza simultáneamente la economía, las instituciones y la temporalidad social en las sociedades periféricas.

El surgimiento de una nueva episteme

Las transformaciones históricas rara vez se manifiestan de inmediato como conceptos. Antes de ser comprendidas por completo, aparecen como cambios silenciosos en la vida cotidiana de las sociedades. Las instituciones comienzan a funcionar de manera diferente, las decisiones colectivas empiezan a responder a nuevos horizontes temporales y las prácticas sociales que parecían estables comienzan a reorganizarse gradualmente. Durante un tiempo, estos cambios permanecen dispersos en la vida social. Solo más tarde encuentran un lenguaje capaz de nombrarlos.

La historia del pensamiento social demuestra que cada gran transformación del capitalismo requirió la creación de nuevas categorías de interpretación. Durante la Revolución Industrial, conceptos como trabajo asalariado, capital y clase social se volvieron indispensables para comprender la reorganización de la producción y la vida social. En otros momentos históricos, nociones como desarrollo, modernización o dependencia adquirieron una posición central, ya que permitieron interpretar experiencias históricas que las categorías anteriores ya no explicaban satisfactoriamente. Las teorías no surgen únicamente de la creatividad de pensadores individuales, sino que responden a exigencias históricas que hacen insuficientes los lenguajes heredados del pasado.

En América Latina, la teoría marxista de la dependencia representó precisamente uno de estos momentos de renovación conceptual. Al formular categorías como la superexplotación del trabajo, la transferencia de valor y la subordinación estructural, autores como Ruy Mauro Marini (2000), Vânia Bambirra (1978) y Theotonio dos Santos (2000) ofrecieron a las sociedades latinoamericanas un vocabulario capaz de comprender su posición específica dentro del capitalismo global. Gracias a esta elaboración teórica, se hizo posible percibir que el subdesarrollo no constituía una etapa transitoria del progreso histórico, sino una forma particular de inserción en el sistema global.

Sin embargo, el pensamiento crítico no permanece estático. A medida que el capitalismo global se transforma, también lo hacen los problemas que las sociedades necesitan comprender. En las últimas décadas, la expansión del capital ficticio, la creciente centralidad de las finanzas y la reorganización global de las expectativas económicas han introducido profundos cambios en la forma en que se experimenta el tiempo histórico. El futuro ha dejado de funcionar simplemente como un horizonte para la planificación colectiva y se ha convertido en un objeto directo de valoración económica. Esta transformación altera la relación entre el presente y el futuro y modifica las condiciones bajo las cuales pueden desarrollarse las instituciones, las políticas públicas y los proyectos colectivos.

Cuando se transforma el régimen temporal del capitalismo, también lo hacen las formas de dependencia. La dependencia contemporánea se manifiesta no solo a través de la transferencia de valor o la subordinación productiva, sino también en la manera en que las sociedades experimentan la duración de sus propios procesos históricos. La compresión del tiempo institucional, la creciente fragilidad de las duraciones colectivas y la dificultad de preservar amplios horizontes históricos se convierten en elementos centrales de la experiencia social en muchas sociedades periféricas.

Nombrar esta transformación es el primer paso para comprenderla. Es en este esfuerzo donde surge la noción de Episteme de la teoría de la modernidad dependiente. Esta expresión designa un régimen histórico en el que la dependencia opera también a través de la reorganización del tiempo social. No se trata simplemente de un cambio económico, sino de una transformación más profunda en la forma en que las sociedades organizan la duración de sus instituciones, la continuidad de sus proyectos colectivos y las condiciones temporales de la producción de conocimiento.

Para comprender esta mutación, es necesario observar simultáneamente tres dimensiones: la transformación del capitalismo contemporáneo, la reorganización de las instituciones responsables de la producción de conocimiento y la experiencia cotidiana de quienes

viven y trabajan dentro de estas instituciones. Es en este punto donde el análisis de la dependencia se enfrenta a la cuestión del tiempo histórico y conduce directamente a la investigación que guía este libro.

A veces, las transformaciones históricas no aparecen primero en libros, teorías o el discurso público. Surgen primero en la vida cotidiana, casi imperceptiblemente, alterando lentamente la forma en que las sociedades experimentan el tiempo. Los ritmos de las ciudades cambian, los ciclos de las instituciones cambian y la duración de los proyectos colectivos cambia. Durante un tiempo, estos cambios permanecen dispersos en la experiencia social, sin que aún exista un lenguaje capaz de nombrarlos.

En sociedades marcadas por la dependencia contemporánea, una de estas transformaciones se ha hecho particularmente visible: la sensación de que el tiempo histórico se ha acortado. Las instituciones siguen existiendo, las políticas públicas se siguen formulando y las universidades siguen generando conocimiento. Sin embargo, algo ha cambiado en el marco temporal en el que se desarrollan estos procesos. Los proyectos comienzan a interrumpirse antes de madurar, los programas institucionales se reorganizan rápidamente y las decisiones colectivas empiezan a responder a horizontes temporales cada vez más inmediatos.

Esta disminución del tiempo no se manifiesta como una ruptura repentina. Se integra gradualmente en el funcionamiento de las instituciones y en la vida cotidiana de la sociedad. Las reformas se suceden a intervalos más cortos, las políticas públicas se revisan antes de producir efectos duraderos y los programas de investigación científica tienen dificultades para consolidarse durante periodos prolongados. La vida colectiva sigue avanzando, pero el horizonte temporal en el que se organiza se estrecha progresivamente.

Cuando esta experiencia se generaliza, también altera la forma en que las sociedades perciben su propio futuro. El futuro deja de presentarse como un espacio relativamente amplio de construcción histórica y comienza a experimentarse como un horizonte inestable, constantemente reevaluado a la luz de los cambios inmediatos en la

economía, la política o las expectativas globales. Las sociedades continúan proyectando sus trayectorias, pero lo hacen en un marco temporal cada vez más corto.

Es en este punto donde la experiencia cotidiana comienza a revelar un problema histórico más profundo. La dependencia se manifiesta no solo en la distribución desigual de recursos, tecnologías o capacidades productivas, sino también en la capacidad desigual de las sociedades para preservar periodos históricos lo suficientemente largos como para organizar sus propios proyectos colectivos.

Comprender esta experiencia es el primer paso para comprender la forma contemporánea de adicción.

A lo largo de este libro, se utilizan metáforas para visibilizar ciertas transformaciones históricas que, al ser tratadas únicamente en su formulación conceptual más abstracta, pueden resultar difíciles de comprender de inmediato. El uso de metáforas no debe entenderse como mera ornamentación literaria, sino como una herramienta interpretativa. En periodos de cambio histórico, cuando las categorías heredadas dejan de captar plenamente las transformaciones en curso, el lenguaje a menudo necesita recurrir a imágenes capaces de hacer perceptibles experiencias aún en proceso de conceptualización. Nicolau Sevcenko (2001) observó con gran perspicacia que la interpretación de la modernidad suele requerir un lenguaje capaz de articular el análisis histórico y la imaginación interpretativa, puesto que ciertas transformaciones culturales y temporales se vuelven más inteligibles al ser iluminadas por figuras que acercan el pensamiento a la experiencia vivida. En este sentido, las metáforas empleadas en este libro buscan cumplir esta función: no sustituyen el análisis teórico ni pretenden simplificar la complejidad de los procesos históricos examinados, sino que buscan visibilizar ciertos aspectos de la reorganización contemporánea del tiempo social que aún no se han estabilizado por completo a nivel conceptual. Por lo tanto, funcionan como herramientas para la clarificación histórica, permitiendo que la reflexión teórica se acerque a la experiencia concreta de las sociedades que viven con las tensiones de la teoría de la modernidad dependiente.

CAPÍTULO 1

La experiencia histórica del tiempo dependiente

Los lectores latinoamericanos reconocerán con relativa facilidad la experiencia histórica que recorre las páginas de este libro. En nuestras universidades, en nuestras instituciones públicas y en la vida cotidiana de las sociedades latinoamericanas, algo parece haber cambiado en la forma en que se organiza el tiempo. Los proyectos a largo plazo son cada vez más escasos, las instituciones se transforman antes de consolidar sus propias prácticas, y las políticas públicas surgen y desaparecen con una rapidez que habría parecido impensable hace unas décadas. Nada de esto ocurre de forma espectacular.

La forma sensible del tiempo vivido

La forma sensible del tiempo vivido constituye el plano en el que la realidad se deja aprehender antes de su estabilización conceptual, no como una vaga intuición, sino como una percepción en elaboración que ya contiene, en estado naciente, las determinaciones de la forma histórica. Este es un modo de conocimiento que opera a través del lenguaje —metáfora, imagen, crónica— no como expresión subjetiva, sino como una mediación que anticipa lo que aún no se ha fijado como categoría. En este registro, la experiencia vivida no es externa a la teoría, sino su momento preliminar, en el que la realidad se presenta como un problema aún sin resolver. Al sostener la continuidad del tiempo interior frente a su fragmentación objetiva, esta forma impide que el pensamiento se vuelva autónomo de sus condiciones de existencia. Es en este intervalo, entre sentir y conceptualizar, donde la realidad se anuncia como un requisito de la forma.

Las ciudades siguen funcionando, los edificios permanecen en pie y las universidades siguen abiertas. Los calendarios académicos se repiten año tras año y los gobiernos continúan anunciando reformas y programas con el mismo lenguaje futurista que acompañó la

modernización latinoamericana durante gran parte del siglo XX. Sin embargo, bajo esta apariencia de continuidad, algo parece haber cambiado en la propia duración de la vida social. Los proyectos colectivos encuentran cada vez más difícil sostenerse en el tiempo, y los horizontes históricos dentro de los cuales las sociedades organizan sus expectativas comienzan a estrecharse.

Esta transformación se hace particularmente visible al observar la experiencia institucional. Durante gran parte del siglo XX, muchos países latinoamericanos organizaron su vida política y social en torno a proyectos históricos relativamente definidos. La industrialización, la expansión educativa, la construcción de sistemas de salud pública y la formación de universidades nacionales constituyeron horizontes capaces de guiar la acción colectiva durante períodos relativamente largos.

Aun cuando estos proyectos se enfrentaban a obstáculos estructurales, el futuro seguía siendo el punto de referencia organizador de la vida social. Generaciones enteras podían imaginar que sus esfuerzos participarían en un proceso histórico más amplio, dentro del cual las instituciones madurarían gradualmente y los proyectos colectivos encontrarían continuidad. La construcción de universidades, sistemas científicos y redes de investigación presuponía la existencia de una duración histórica capaz de sostener procesos prolongados de desarrollo intelectual.

Hoy, esta situación comienza a cambiar. Las instituciones siguen existiendo, pero su duración es cada vez más incierta. Las reformas institucionales se suceden a intervalos cada vez más cortos, las políticas públicas se reorganizan rápidamente y los proyectos que antes se desarrollaban a lo largo de décadas ahora se reformulan en ciclos cada vez más breves. La vida social continúa generando políticas, instituciones y programas colectivos, pero lo hace dentro de un entorno temporal más inestable.

El futuro no ha desaparecido, pero ha perdido parte de su capacidad para guiar la experiencia social. La distancia entre el presente y el futuro parece haberse reducido, y esta disminución altera

profundamente la forma en que las sociedades organizan sus expectativas colectivas. El tiempo histórico deja de presentarse como un amplio periodo dentro del cual los proyectos colectivos pueden madurar y comienza a funcionar como un horizonte cada vez más corto e inestable.

Este cambio introduce una transformación silenciosa en la experiencia histórica de las sociedades latinoamericanas. Durante mucho tiempo, el tiempo social funcionó como un espacio relativamente amplio dentro del cual las instituciones y los proyectos colectivos podían desarrollarse con cierta estabilidad. Las universidades formaban generaciones de investigadores, los sistemas científicos consolidaban las tradiciones de investigación y las políticas públicas podían estructurarse dentro de horizontes más amplios. Cuando esta duración comienza a contraerse, la vida institucional empieza a experimentar una forma distinta de temporalidad.

Las decisiones deben tomarse con mayor rapidez, los proyectos se vuelven más frágiles y la continuidad histórica resulta más difícil de mantener. Lo que antes se desarrollaba a lo largo de generaciones ahora se reorganiza en ciclos cada vez más cortos. Es en este punto donde la dependencia revela una dimensión que no siempre fue plenamente visible en las interpretaciones clásicas. Durante gran parte del siglo XX, la teoría marxista de la dependencia explicó con gran precisión los mecanismos económicos mediante los cuales las economías periféricas se integraban al capitalismo global en condiciones de subordinación. La transferencia de valor, la especialización productiva y la subordinación tecnológica constituían los ejes centrales de esta interpretación.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo global sugieren que la dependencia también reorganiza la propia experiencia histórica del tiempo.

En las economías dependientes, el tiempo colectivo se vuelve particularmente vulnerable a las perturbaciones externas. Las crisis financieras internacionales, los cambios abruptos en los flujos de capital y las variaciones en las condiciones del mercado mundial pueden

reorganizar rápidamente las condiciones económicas e institucionales de estos países.

Las decisiones fundamentales que afectan la vida económica y política de estas sociedades dependen entonces de dinámicas globales que operan en escalas temporales cada vez más cortas. De este modo, la dependencia deja de reorganizar únicamente la estructura productiva de las economías periféricas y comienza a reorganizar también la duración histórica dentro de la cual las instituciones pueden operar. Este proceso produce una profunda transformación en la experiencia colectiva del tiempo. Las sociedades siguen avanzando, pero lo hacen dentro de horizontes temporales más frágiles. Los proyectos a largo plazo se vuelven más difíciles de sostener y las instituciones necesitan adaptarse continuamente a contextos que cambian rápidamente. Las generaciones que habitan estas sociedades perciben, aunque de forma difusa, que el futuro se ha vuelto más incierto y que el tiempo disponible para organizar proyectos colectivos parece haberse reducido.

Esta experiencia no debe interpretarse simplemente como una sensación subjetiva. Expresa una transformación estructural en las condiciones históricas de la reproducción de la vida social. Cuando el tiempo histórico se acorta, las instituciones responsables de organizar proyectos colectivos pierden parte de su capacidad de continuidad. Las políticas públicas se vuelven más vulnerables a cambios abruptos y a las comunidades científicas les resulta más difícil sostener procesos de investigación prolongados.

El conocimiento necesita tiempo. Y cuando ese tiempo escasea, la propia producción de conocimiento empieza a verse afectada.

La universidad es uno de los espacios donde esta transformación se hace más visible. Como institución dedicada a la producción y transmisión del conocimiento, la universidad depende de un plazo relativamente largo para desarrollar plenamente su función intelectual. La investigación requiere años de trabajo, las tradiciones académicas se consolidan a lo largo de generaciones y la formación de nuevos investigadores presupone procesos de aprendizaje

prolongados. Cuando el tiempo histórico comienza a acortarse, estas condiciones se ven directamente afectadas. En muchas universidades latinoamericanas, esta transformación se manifiesta de diversas maneras. Los proyectos de investigación se organizan en plazos cada vez más cortos, los sistemas de evaluación priorizan los resultados inmediatos y la presión por la productividad altera profundamente la experiencia diaria del trabajo académico.

Las comunidades científicas siguen generando conocimiento, pero lo hacen en plazos cada vez más ajustados. Lo que durante mucho tiempo constituyó el ritmo del trabajo intelectual —la investigación prolongada, la reflexión paciente y el debate conceptual— se está reorganizando ahora bajo condiciones institucionales más aceleradas. Esta transformación no implica la desaparición de la producción de conocimiento crítico. Las universidades siguen siendo espacios fundamentales para la reflexión social. Sin embargo, las condiciones temporales en las que se desarrolla esta reflexión están empezando a cambiar profundamente. El tiempo disponible para pensar es cada vez más escaso. Y cuando el tiempo para pensar se reduce, también lo hace la capacidad de una sociedad para comprender las transformaciones históricas que impregnan su propia existencia.

Esta transformación se hace aún más evidente al observar el reciente surgimiento de la inteligencia artificial. A primera vista, se trata simplemente de una innovación técnica destinada a ampliar la capacidad humana de procesar información. Sin embargo, vista desde la perspectiva de la experiencia histórica de las sociedades dependientes, su importancia resulta ser mucho más profunda. La inteligencia artificial reorganiza el entorno temporal en el que se desarrolla el trabajo intelectual. Operaciones que antes requerían largos periodos de investigación —investigación bibliográfica, comparación de fuentes, reconocimiento de patrones y organización preliminar de argumentos— ahora se realizan en intervalos extremadamente cortos mediante sistemas técnicos capaces de procesar grandes volúmenes de datos. Lo que está en juego no es solo una aceleración instrumental del

trabajo cognitivo. Lo que está empezando a cambiar es el ritmo histórico de la producción de conocimiento.

Esta aceleración forma parte de un movimiento más amplio que atraviesa el capitalismo contemporáneo. La financiarización de la economía ha transformado el futuro en objeto de valoración económica, reorganizando permanentemente el presente en función de las expectativas anticipadas. La inteligencia artificial tiende a realizar una operación similar en el ámbito intelectual. Al anticipar operaciones cognitivas que antes requerían un largo tiempo de investigación, contribuye a acortar el intervalo entre pregunta y respuesta, entre problema y formulación inicial de la interpretación. El tiempo de pensamiento se ve cada vez más presionado por ritmos informativos cada vez más acelerados. En este sentido, la inteligencia artificial participa de la misma mutación ontológica del tiempo que ya se manifiesta en la economía y las instituciones.

En las sociedades dependientes, esta transformación adquiere una dimensión adicional. La infraestructura técnica de la inteligencia artificial —centros de procesamiento de datos, modelos computacionales y plataformas digitales— se concentra en los centros del capitalismo global. El resultado es una nueva forma de dependencia cognitiva dentro de arquitecturas técnicas cuyo control permanece externo. No se trata simplemente de importar teorías o agendas de investigación producidas en el centro, sino de generar conocimiento dentro de infraestructuras que reorganizan silenciosamente el tiempo mismo del trabajo intelectual.

La tríada crítica de la modernidad dependiente designa la unidad categórica mediante la cual se explicita el límite estructural impuesto a la vida y al pensamiento en la forma histórica de dependencia. Constituida por el tiempo histórico bloqueado, la lucidez y el golpe final, no describe etapas sucesivas, sino dimensiones simultáneas de una misma configuración histórica. El tiempo bloqueado expresa la compresión de las posibilidades y la restricción del horizonte de expectativas; la lucidez corresponde al reconocimiento de esta condición sin el apoyo de mediaciones ilusorias; y el golpe final

indica el punto en el que dicho reconocimiento se vuelve irreversible, impidiendo un retorno a formas de conciencia anteriores. Esta unidad no opera como una secuencia analítica, sino como una estructura que se impone como una totalidad vivida. Es dentro de esta unidad donde el pensamiento encuentra su límite interno y, al mismo tiempo, la necesidad de reorganizarse a partir de este límite.

CAPÍTULO 2

Lenguaje, conocimiento e intelecto social

Las sociedades no comprenden de inmediato las transformaciones que se producen a lo largo de su historia. Durante un tiempo, los cambios profundos permanecen ocultos en la vida cotidiana, manifestándose únicamente como alteraciones en los ritmos de las instituciones, en las expectativas colectivas o en la organización de la vida social. Solo cuando estas transformaciones encuentran un lenguaje capaz de nombrarlas se hacen plenamente visibles.

Aquí surge una pregunta fundamental: ¿quién diseña la sociedad?

Ninguna sociedad interpreta su propia experiencia histórica de forma espontánea. Esta tarea depende de la existencia de instituciones, comunidades intelectuales y tradiciones de pensamiento capaces de elaborar conceptos, acumular conocimiento y transmitir interpretaciones a lo largo del tiempo. Este proceso colectivo puede entenderse como la formación de un intelecto social.

El intelecto social no pertenece a un individuo aislado. Se constituye históricamente a través de la actividad de universidades, centros de investigación, comunidades científicas y redes intelectuales que producen y organizan el conocimiento. Es dentro de este espacio institucional donde las sociedades desarrollan los lenguajes necesarios para comprender las transformaciones que atraviesan su propia historia.

Comprender la formación del intelecto social se convierte, por tanto, en una cuestión crucial para entender cómo las sociedades interpretan los cambios del capitalismo contemporáneo. Las sociedades rara vez perciben de inmediato las transformaciones históricas que atraviesan su propia existencia. Antes de convertirse en conceptos claros, los grandes cambios en el mundo aparecen primero como experiencias silenciosas: la sensación de que las instituciones se han vuelto más inestables, la impresión de que los proyectos colectivos

duran menos que antes o la percepción difusa de que el tiempo parece avanzar de manera diferente. Durante un tiempo, estas transformaciones permanecen sin nombre. Las palabras siguen siendo las mismas, pero el mundo que intentan describir ya ha cambiado. En este intervalo entre la experiencia y el lenguaje, se instala una especie de silencio conceptual. Las sociedades intuyen que algo ha cambiado, pero aún no poseen las palabras capaces de hacer que este cambio sea plenamente inteligible. Es en este espacio de incertidumbre donde el terreno del pensamiento crítico comienza a tomar forma.

Pensar no significa simplemente producir ideas abstractas. Pensar significa encontrar un lenguaje capaz de dar forma a la experiencia histórica. Mientras una transformación permanece sin nombre, también permanece parcialmente invisible para la reflexión colectiva. Solo cuando surgen las palabras adecuadas, lo que parecía difuso comienza a adquirir contornos más definidos. El lenguaje no funciona meramente como un instrumento de descripción. Participa en la manera misma en que la realidad se vuelve pensable. Nombrar una transformación histórica significa convertirla en objeto de reflexión colectiva. Las palabras nos permiten ordenar experiencias dispersas, establecer relaciones entre fenómenos y construir interpretaciones capaces de guiar el pensamiento social. Por esta razón, los momentos de cambio estructural a menudo también exigen una renovación del vocabulario crítico disponible.

La historia intelectual demuestra que cada época desarrolla categorías capaces de interpretar su propio tiempo. Estas categorías no surgen de forma arbitraria, sino que emergen cuando una sociedad busca comprender transformaciones que ya se han iniciado en su experiencia concreta. Durante la Revolución Industrial, por ejemplo, se hicieron necesarias nuevas categorías para describir el surgimiento del trabajo asalariado, la fábrica y la acumulación capitalista. En otros momentos históricos, conceptos como desarrollo, modernización o dependencia adquirieron relevancia porque permitieron interpretar profundas transformaciones en la organización de la economía y la vida social. Las teorías no surgen únicamente de la creatividad individual de

pensadores aislados, sino que responden a exigencias históricas que hacen insuficientes las formas de comprensión anteriores.

En América Latina, la teoría de la dependencia marxista representó precisamente uno de esos momentos de renovación del pensamiento crítico. Autores como Ruy Mauro Marini (2000), Vânia Bambirra (1978) y Theotonio dos Santos (2000) formularon un vocabulario conceptual capaz de explicar la posición estructural de las economías latinoamericanas dentro del capitalismo global. Al nombrar fenómenos como la superexplotación del trabajo, la transferencia de valor y la subordinación estructural, estos autores hicieron posible comprender que el subdesarrollo no era una simple etapa transitoria del progreso histórico, sino una forma específica de inserción en el sistema global. Esta elaboración teórica amplió significativamente la capacidad de las sociedades latinoamericanas para interpretar su propia experiencia histórica.

Aquí surge una pregunta crucial: ¿quién reflexiona sobre la sociedad? O, dicho de otro modo, ¿cómo organizan las sociedades colectivamente su capacidad para comprender las transformaciones que atraviesan su propia historia? Ninguna sociedad depende exclusivamente de la reflexión aislada de los individuos. La comprensión del mundo social surge de procesos colectivos que se desarrollan con el tiempo y a través de instituciones específicas. Las bibliotecas preservan la memoria intelectual, los centros de investigación organizan investigaciones sistemáticas y las universidades reúnen a comunidades dedicadas a la producción y transmisión del conocimiento. Estas instituciones no se limitan a acumular información; estructuran la capacidad colectiva de pensar.

Responder a esta pregunta requiere observar lo que podemos llamar intelecto social. Cuando una sociedad logra transformar su experiencia histórica en lenguaje, también amplía su capacidad de autocomprensión. Nombrar una transformación implica convertirla en objeto de reflexión, debate y elaboración teórica. Lo que antes se presentaba solo como una sensación difusa pasa a formar parte del campo del pensamiento colectivo. Es en este momento cuando el

conocimiento deja de ser una mera reacción inmediata a los acontecimientos y comienza a adquirir una forma sistemática.

Sin embargo, esta capacidad de nombrar el mundo no surge espontáneamente. Depende de la existencia de instituciones, comunidades intelectuales y tradiciones de pensamiento capaces de acumular conocimiento y transmitirlo a lo largo del tiempo. El pensamiento social es siempre, en cierta medida, una construcción colectiva. Nace de la interacción entre investigadores, universidades, centros de investigación y redes intelectuales que buscan interpretar las transformaciones históricas en curso.

Este proceso de construcción colectiva del conocimiento puede entenderse como la formación de un intelecto social. Se refiere a la capacidad de una sociedad para reflexionar sobre sí misma, producir interpretaciones de su propia trayectoria histórica y organizar conceptualmente los cambios que impregnan su experiencia. El intelecto social no pertenece a individuos aislados. Se constituye a través de instituciones que preservan la memoria, acumulan investigación y mantienen viva la tradición crítica.

Comprender cómo se forma este intelecto social y dónde se ubica se convierte entonces en una cuestión crucial. En las sociedades modernas, uno de los lugares privilegiados para su desarrollo es la universidad. Allí confluyen diferentes tradiciones intelectuales, se formulan nuevas interpretaciones y el conocimiento se transmite de generación en generación.

Por ello, para comprender plenamente las transformaciones históricas que se analizan en este libro, es necesario observar el papel que desempeñan las universidades en la producción del pensamiento social. Es en este espacio institucional donde muchas sociedades buscan interpretar los cambios que atraviesan su propio tiempo histórico. Esta cuestión nos lleva directamente al problema que guía el siguiente capítulo.

Ninguna sociedad se concibe a sí misma de forma completamente espontánea. La reflexión sobre la propia experiencia histórica requiere instituciones capaces de preservar la memoria,

acumular conocimiento y transmitir interpretaciones entre generaciones. Sin estas estructuras perdurables, el pensamiento social tiende a permanecer fragmentado, limitado a reacciones inmediatas ante los acontecimientos.

A lo largo de la historia moderna, diversas instituciones han desempeñado este papel organizador del pensamiento colectivo. Academias científicas, centros de investigación, comunidades intelectuales y redes de difusión de ideas han contribuido a la formación de tradiciones interpretativas capaces de explicar las transformaciones del mundo social. Entre estas instituciones, la universidad se ha consolidado como uno de los espacios privilegiados para la elaboración y transmisión del conocimiento.

La universidad no es simplemente un lugar de enseñanza. Constituye también una forma histórica a través de la cual las sociedades organizan su capacidad de reflexión. Es en este espacio donde se pueden realizar investigaciones a largo plazo, donde diferentes tradiciones teóricas dialogan y donde pueden surgir nuevas interpretaciones de la realidad social. En otras palabras, la universidad es uno de los principales espacios para la formación del intelecto social. Sin embargo, la posición que ocupa la universidad en la vida intelectual de las sociedades no es la misma en todos los contextos históricos. En los países centrales del capitalismo, las instituciones académicas pudieron desarrollarse durante períodos relativamente largos, acumulando tradiciones científicas y consolidando estructuras estables de investigación y formación. En las sociedades periféricas, la historia fue a menudo diferente.

En América Latina, las universidades a menudo surgieron en medio de procesos históricos marcados por la dependencia económica, la inestabilidad política y las reorganizaciones institucionales recurrentes. A pesar de ello, se convirtieron en espacios fundamentales para la producción intelectual, desempeñando un papel decisivo en la configuración de las interpretaciones de la propia realidad latinoamericana.

Es en este entorno institucional donde han surgido algunas de las reflexiones más importantes sobre la dependencia, el desarrollo y la desigualdad histórica. La universidad latinoamericana fue uno de los espacios donde se forjó el vocabulario crítico capaz de interpretar la posición de la región en el sistema mundial.

Por lo tanto, comprender el papel de la universidad en la formación del intelecto social es esencial para comprender cómo las sociedades dependientes interpretan sus propias transformaciones históricas.

Si las sociedades necesitan comprender las transformaciones que atraviesan su propia historia, resulta inevitable preguntarse dónde se organiza esta capacidad colectiva de reflexión. Ninguna sociedad depende exclusivamente de la actividad intelectual de individuos aislados. El pensamiento social surge de procesos colectivos que se desarrollan a lo largo del tiempo y dentro de instituciones específicas. Los archivos conservan documentos, las bibliotecas salvaguardan la memoria intelectual y los centros de investigación organizan estudios sistemáticos sobre fenómenos sociales. Entre estas instituciones, la universidad ocupa un lugar particular. Reúne a investigadores, estudiantes y tradiciones intelectuales en torno a una tarea común: comprender el mundo social. Este proceso colectivo de creación de conocimiento constituye lo que podemos denominar intelecto social.

El intelecto social no pertenece a un individuo ni a un grupo restringido de especialistas. Constituye una capacidad histórica de las sociedades para reflexionar sobre su propia existencia. Esta capacidad se organiza a través de instituciones, tradiciones intelectuales y comunidades de investigación que acumulan conocimiento a lo largo del tiempo. En ciertos momentos históricos, el intelecto social permite a una sociedad comprender con relativa claridad las transformaciones que experimenta. En otros momentos, esta capacidad se vuelve más frágil. La interpretación del mundo se dificulta entonces y las sociedades se enfrentan a mayores obstáculos para comprender los procesos históricos que viven.

La formación del intelecto social depende de condiciones institucionales específicas. El pensamiento requiere tiempo, continuidad y comunidades capaces de sostener debates prolongados. La reflexión crítica rara vez surge de inmediato; se desarrolla lentamente, mediante procesos acumulativos de investigación, discusión y revisión conceptual. Cada generación de investigadores retoma problemas formulados por generaciones anteriores, reformula interpretaciones y amplía el horizonte del conocimiento disponible. Este movimiento continuo constituye uno de los fundamentos del intelecto social.

Entre las instituciones responsables de sostener este proceso, la universidad ocupa una posición central. Desde su formación histórica, se ha organizado como un espacio relativamente protegido de las urgencias inmediatas de la vida social. Esta relativa autonomía permitió que el conocimiento se desarrollara a través de investigaciones a largo plazo. Profesores e investigadores podían dedicar años al estudio de un problema, formar a nuevas generaciones de estudiantes y construir tradiciones intelectuales perdurables. De este modo, la universidad se convirtió en uno de los principales lugares donde las sociedades organizan la producción sistemática de conocimiento.

En las sociedades modernas, esta función ha adquirido aún mayor importancia. La expansión de la ciencia, el crecimiento de las instituciones públicas y la creciente complejidad de la vida social han hecho indispensables las formas organizadas de producción de conocimiento. Las universidades han pasado a desempeñar un papel central en la formación de investigadores, la construcción de sistemas científicos y el desarrollo de interpretaciones críticas de la realidad social. A lo largo del siglo XX, este proceso contribuyó a consolidar la universidad como una de las instituciones fundamentales del intelecto social.

En América Latina, la universidad desempeñó un papel fundamental en la formación del pensamiento social crítico. Fue en el seno de estas instituciones donde surgieron numerosas interpretaciones que buscaban comprender las particularidades históricas de la región.

Los debates sobre desarrollo, dependencia, industrialización y desigualdad social encontraron en la universidad un espacio privilegiado para la elaboración teórica. Profesores, investigadores y estudiantes participaron en la construcción de un campo intelectual que pretendía comprender las condiciones específicas de la modernización latinoamericana.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo global han comenzado a alterar las condiciones históricas en las que se desarrolla esta función intelectual. Como vimos en capítulos anteriores, la financiarización de la economía global ha introducido una profunda reorganización del tiempo social. Los proyectos a largo plazo se vuelven más difíciles de sostener, las instituciones se enfrentan a una presión constante para reorganizarse y las políticas públicas operan en horizontes temporales más cortos. Esta compresión del tiempo histórico afecta directamente a las instituciones dedicadas a la producción de conocimiento.

La universidad, que históricamente dependía de largos periodos para desarrollar plenamente su función intelectual, opera ahora bajo presiones temporales cada vez más intensas. Los sistemas de evaluación continua, los ciclos de financiación cortos y las crecientes exigencias de productividad están reorganizando el ritmo de la vida académica. El tiempo necesario para investigar, comparar interpretaciones y desarrollar conceptos maduros es cada vez más escaso. El trabajo intelectual sigue existiendo, pero se desarrolla en un entorno temporal más acelerado.

En las sociedades dependientes, esta transformación adquiere una intensidad particular. La inestabilidad económica, las restricciones presupuestarias y los frecuentes cambios en las políticas públicas dificultan aún más el sostenimiento de proyectos académicos a largo plazo. Las universidades siguen generando conocimiento, pero lo hacen en condiciones institucionales más frágiles. El intelecto social no desaparece, pero comienza a desarrollarse en un horizonte temporal más reducido.

En este contexto, una nueva mediación tecnológica comienza a integrarse en la rutina diaria del trabajo intelectual en las universidades: la creciente presencia de la inteligencia artificial en las prácticas académicas. Durante siglos, el trabajo intelectual se organizó en torno a operaciones cognitivas realizadas directamente por profesores y estudiantes: lectura prolongada, comparación de interpretaciones, elaboración pausada de hipótesis y construcción progresiva de argumentos. Estos procesos constituían una parte esencial de la educación universitaria. La inteligencia artificial está empezando a modificar parcialmente este escenario mediante la introducción de sistemas capaces de procesar grandes volúmenes de información, identificar patrones textuales y producir síntesis preliminares en intervalos mucho más cortos.

Para los estudiantes, esta transformación altera sus propias formas de aprender. La búsqueda de referencias bibliográficas, la organización de textos y la sistematización inicial de argumentos se pueden realizar con la ayuda de sistemas técnicos que aumentan significativamente la velocidad de acceso a la información. Para los docentes, la inteligencia artificial se integra en el entorno cotidiano del trabajo intelectual, influyendo en las prácticas de investigación, la preparación de clases y la producción académica. El conocimiento sigue siendo producido por comunidades humanas de investigación, pero comienza a desarrollarse dentro de un entorno técnico que reorganiza el ritmo de las actividades cognitivas.

Este cambio no debe interpretarse simplemente como un avance tecnológico neutral. La infraestructura técnica que sustenta los sistemas de inteligencia artificial contemporáneos se concentra en gran medida en los centros del capitalismo global. Las plataformas digitales, los centros de datos y los modelos computacionales a gran escala son desarrollados y controlados por un número limitado de corporaciones tecnológicas. Las universidades e investigadores de la periferia terminan, por tanto, utilizando herramientas cognitivas cuya arquitectura fundamental se definió en otros contextos institucionales.

En este punto, se hace posible percibir una nueva dimensión de la dependencia contemporánea. Si en el pasado la dependencia se manifestaba principalmente en la transferencia de valor o en la subordinación productiva, ahora también se manifiesta en las condiciones técnicas en las que se produce y circula el conocimiento. La inteligencia artificial no solo reorganiza el ritmo del trabajo intelectual, sino que participa en la reorganización del propio entorno cognitivo en el que se desarrolla el intelecto social en las sociedades dependientes.

Cuando el pensamiento comienza a desarrollarse dentro de infraestructuras técnicas externas y se ve impulsado por ritmos informativos cada vez más acelerados, resulta más difícil mantener procesos prolongados de reflexión crítica. La universidad sigue siendo un espacio fundamental para la producción de conocimiento, pero su funcionamiento depende cada vez más de arquitecturas técnicas que reorganizan simultáneamente el tiempo de pensamiento y los circuitos de circulación de ideas.

En este sentido, la inteligencia artificial revela una dimensión adicional de la modernidad dependiente: el control sobre el tiempo histórico comienza a ejercerse sobre el propio intelecto social. Esta transformación cobra aún mayor relevancia al observarla desde la perspectiva del trabajo universitario. Durante mucho tiempo, la formación académica se organizó en torno a un principio relativamente simple: aprender a pensar requería tiempo. Leer textos complejos, comparar interpretaciones divergentes, reconstruir argumentos y desarrollar hipótesis propias eran pasos fundamentales en el proceso de desarrollo intelectual. Este camino no era meramente un método pedagógico; formaba parte de la estructura misma del pensamiento. La inteligencia artificial no elimina estos pasos, pero comienza a reorganizar su secuencia y duración. Operaciones que antes requerían largos periodos de lectura preliminar o investigación bibliográfica ahora pueden ser anticipadas parcialmente por sistemas capaces de procesar grandes volúmenes de información en intervalos extremadamente

cortos. El entorno cognitivo en el que trabajan estudiantes y profesores está, por lo tanto, comenzando a cambiar.

Esta modificación no debe entenderse como una sustitución del pensamiento humano por sistemas técnicos. La inteligencia artificial no piensa en el sentido estricto del término. Reorganiza los procedimientos de búsqueda, comparación y síntesis de información. Sin embargo, incluso sin reemplazar el trabajo intelectual humano, estas tecnologías alteran significativamente el ritmo de desarrollo del pensamiento. Cuando ciertas etapas de la investigación se aceleran, toda la cadena temporal de producción de conocimiento tiende a reorganizarse. Surgen preguntas con mayor rapidez, las hipótesis preliminares circulan con mayor celeridad y las interpretaciones provisionales se formulan a intervalos cada vez más cortos. El resultado no es simplemente un aumento de la eficiencia informativa. Lo que comienza a cambiar es el propio ritmo histórico de la reflexión intelectual.

En las sociedades centrales del capitalismo contemporáneo, esta transformación se produce en el seno de sistemas científicos ampliamente financiados e integrados tecnológicamente. Las universidades poseen una infraestructura sólida, acceso directo a extensas bases de datos y participación activa en la producción de sus propias tecnologías digitales. En estas condiciones, la inteligencia artificial tiende a funcionar como una extensión de las capacidades de investigación científica existentes. Sin embargo, en las sociedades dependientes, el panorama es diferente. El acceso a las tecnologías digitales se produce principalmente a través de plataformas desarrolladas en otros contextos institucionales y controladas por corporaciones tecnológicas ubicadas en los centros del sistema global. La universidad periférica comienza entonces a operar dentro de entornos técnicos cuya lógica de funcionamiento no fue creada por ella.

Esta asimetría tecnológica produce efectos que van más allá de la infraestructura digital. También reorganiza las condiciones históricas en las que se desarrolla el intelecto social. Cuando la producción de conocimiento comienza a tener lugar en plataformas técnicas externas,

algunas de las mediaciones cognitivas que estructuran el trabajo intelectual dejan de estar controladas por las propias comunidades académicas locales. Los algoritmos definen los patrones de búsqueda, los sistemas de recomendación guían las rutas de lectura y las plataformas digitales estructuran los circuitos de circulación de la información científica. El conocimiento sigue siendo producido por investigadores humanos, pero comienza a desarrollarse en un entorno cognitivo cuya arquitectura fundamental fue diseñada fuera del espacio institucional de la universidad.

Este cambio introduce una nueva dimensión de la dependencia contemporánea. En el pasado, la dependencia se manifestaba principalmente a través de estructuras económicas y productivas: especialización en exportaciones, transferencia de valor y subordinación tecnológica. En la actualidad, también comienza a manifestarse en las propias condiciones de la producción de conocimiento. Las sociedades dependientes empiezan a organizar parte de su trabajo intelectual dentro de sistemas técnicos cuya lógica de funcionamiento sigue siendo externa. La dependencia no desaparece; se transforma en nuevas mediaciones históricas.

Al mismo tiempo, sería erróneo interpretar esta transformación únicamente en términos de pérdida o fragilidad. La historia de las instituciones intelectuales demuestra que el intelecto social siempre se ha reorganizado ante las nuevas mediaciones técnicas. La invención de la imprenta, por ejemplo, alteró profundamente la circulación del conocimiento. La expansión de las universidades modernas reorganizó las comunidades científicas. Más recientemente, la digitalización de la información ha transformado el acceso a bibliotecas y archivos. Cada uno de estos cambios ha modificado el entorno cognitivo en el que se desarrolla el pensamiento. La inteligencia artificial representa otro de estos momentos de reorganización histórica.

El problema central, por lo tanto, no reside en la existencia de estas tecnologías, sino en las condiciones históricas en las que se difunden. En las sociedades dependientes, la adopción de nuevas mediaciones técnicas suele producirse en estructuras institucionales

más débiles y bajo condiciones económicas más inestables. Las universidades se enfrentan a constantes restricciones presupuestarias, las políticas científicas tienen una continuidad limitada y las comunidades académicas deben adaptarse continuamente a cambios institucionales abruptos. Cuando la inteligencia artificial se integra en este entorno institucional ya de por sí presionado, sus efectos pueden intensificar la compresión temporal que caracteriza a la modernidad dependiente.

En este contexto, la universidad se enfrenta a un desafío histórico particular. Necesita incorporar nuevas tecnologías intelectuales sin abandonar la función fundamental que la ha definido históricamente: preservar el tiempo necesario para el pensamiento crítico. El intelecto social depende no solo de la rápida circulación de la información, sino también de la capacidad de suspender momentáneamente la urgencia del presente para examinar con detenimiento los procesos históricos en curso. Cuando esta capacidad se debilita, la producción de conocimiento tiende a fragmentarse y a ser más vulnerable a las presiones inmediatas del entorno social.

La inteligencia artificial pone de manifiesto esta tensión con especial claridad. Por un lado, amplía el acceso a la información y ofrece potentes herramientas para organizar el conocimiento. Por otro, puede contribuir a intensificar los ritmos informativos, dificultando así la reflexión prolongada. Por consiguiente, la universidad necesita desarrollar estructuras institucionales capaces de integrar estas tecnologías sin perder la dimensión temporal que posibilita el pensamiento crítico.

Este problema revela un punto clave para comprender la modernidad dependiente. La cuestión no se limita a la velocidad de las transformaciones tecnológicas. Lo que está en juego es la capacidad de las sociedades para mantener espacios institucionales donde el pensamiento pueda desarrollarse durante periodos históricos suficientemente largos. Cuando el marco temporal para el pensamiento se reduce, también lo hace la capacidad de las sociedades para

comprender plenamente las transformaciones que atraviesan su propia historia.

Es en este punto donde la discusión sobre el intelecto social conduce directamente a una cuestión aún más profunda: la transformación histórica de la propia estructura del tiempo. Esta transformación constituye el tema del siguiente capítulo.

Esta tensión revela algo importante sobre la condición histórica de las sociedades dependientes en la actualidad. El problema no reside únicamente en la adopción de nuevas tecnologías o la aceleración de la circulación de la información. Lo que se está transformando son las condiciones temporales en las que se desarrolla el conocimiento. El intelecto social depende de instituciones capaces de preservar espacios de reflexión relativamente protegidos de las urgencias inmediatas de la vida económica y política. Cuando estos espacios se vuelven más frágiles, también resulta más difícil sostener procesos prolongados de investigación y debate crítico. La universidad sigue siendo uno de los lugares donde se lleva a cabo esta tarea, pero lo hace bajo condiciones temporales más restrictivas y presiones institucionales más intensas.

En este contexto, la inteligencia artificial visibiliza una dimensión más profunda de la modernidad dependiente. Si bien amplía el acceso a la información y reorganiza las prácticas de investigación y aprendizaje, participa en un entorno histórico marcado por la creciente compresión del tiempo social. El trabajo intelectual comienza a desarrollarse a ritmos informativos más acelerados, mientras que las instituciones responsables de sustentar la reflexión crítica se enfrentan a crecientes dificultades para preservar periodos históricos más extensos. La dependencia se manifiesta, entonces, no solo en la economía o la tecnología, sino también en la propia temporalidad dentro de la cual se organiza el intelecto social.

Es en este punto donde el análisis debe avanzar hacia una cuestión más fundamental: la transformación histórica de la estructura misma del tiempo. Comprender esta transformación requiere examinar lo que podría denominarse la mutación ontológica del tiempo.

Quizás esta situación pueda entenderse con una imagen sencilla. Durante mucho tiempo, creímos que el tiempo histórico avanzaba como un río caudaloso. Las sociedades construían instituciones, fundaban universidades, acumulaban conocimiento e imaginaban que cada generación podía llegar un poco más lejos que la anterior. El intelecto social se desarrollaba dentro de esta corriente relativamente estable, donde pasado, presente y futuro permanecían unidos por una continuidad reconocible. Hoy, sin embargo, algo parece haber cambiado en la forma misma de este movimiento. El río no ha dejado de fluir, pero sus aguas se han vuelto más rápidas e inestables. Las orillas parecen acercarse y el tiempo disponible para navegar se reduce. La universidad continúa intentando comprender el mundo que recorre, pero ahora lo hace dentro de un curso histórico cuya duración misma está empezando a cambiar.

Para comprender esta transformación, no solo es necesario observar las instituciones o tecnologías que reorganizan el trabajo intelectual, sino también comprender un cambio más profundo: la transformación histórica de la propia estructura del tiempo.

Esta transformación puede describirse como una mutación ontológica del tiempo.

Cuando una universidad logra mantener condiciones relativamente estables para la investigación y la reflexión, se convierte en uno de los principales espacios para la formación del intelecto social. Es en este espacio institucional donde pueden dialogar diferentes tradiciones teóricas, donde se pueden desarrollar nuevas interpretaciones de la realidad social y donde el conocimiento acumulado por generaciones anteriores puede transmitirse y transformarse.

La universidad, por lo tanto, no es simplemente una organización dedicada a la docencia o la formación profesional. Constituye una estructura histórica que permite a las sociedades desarrollar una relación reflexiva con su propia experiencia. Mediante la investigación, la organización de debates y la transmisión del conocimiento, las instituciones universitarias contribuyen a ampliar la

capacidad colectiva para interpretar las transformaciones del mundo social.

Sin embargo, esta función intelectual depende de una condición fundamental: la existencia del tiempo. La producción de conocimiento requiere periodos relativamente largos. Las investigaciones científicas necesitan continuidad, los programas de investigación requieren maduración y las tradiciones intelectuales se forman únicamente a lo largo de procesos históricos prolongados.

Cuando los plazos institucionales se acortan, también lo hacen las condiciones para el desarrollo del trabajo intelectual. En las últimas décadas, muchas universidades han comenzado a operar bajo una presión de tiempo cada vez mayor. Los sistemas de evaluación más frecuentes, los ciclos de financiación cortos y las métricas cuantitativas de productividad han reorganizado la rutina diaria de la vida académica. Profesores e investigadores han comenzado a dividir su tiempo entre múltiples tareas simultáneas: producción rápida de artículos, desarrollo constante de proyectos, participación en evaluaciones institucionales y rendición de cuentas administrativa continua.

Esta reorganización no solo altera la rutina del trabajo universitario, sino que también modifica la experiencia temporal del pensamiento mismo. El tiempo necesario para la reflexión prolongada se vuelve más escaso, mientras que la producción intelectual comienza a responder a ritmos cada vez más acelerados.

En este contexto, la universidad se revela como un lugar privilegiado para observar una transformación más amplia del capitalismo contemporáneo. La compresión del tiempo institucional que impregna la vida académica no es un fenómeno aislado. Forma parte de un proceso histórico más amplio en el que el propio régimen temporal de la vida social comienza a reorganizarse.

Para comprender esta transformación, es necesario trasladar el análisis del nivel de las instituciones particulares al nivel más general de la organización histórica del tiempo. Esta es la pregunta que guía el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 3

La mutación ontológica del tiempo

Durante gran parte de la historia moderna, el tiempo histórico se concibió como un movimiento relativamente continuo. Las sociedades creían que cada generación podía avanzar un poco más allá de la anterior, expandiendo gradualmente las capacidades productivas, las instituciones políticas y las formas de organización del conocimiento. El tiempo parecía avanzar como un proceso acumulativo en el que las experiencias, las instituciones y los proyectos colectivos podían madurar a lo largo de extensos periodos.

Esta percepción fue fundamental en muchas interpretaciones clásicas de la modernidad. El progreso económico, la expansión de las instituciones científicas y la consolidación de los estados-nación se entendían a menudo como expresiones de un período histórico que avanzaba de manera relativamente estable. Incluso cuando las crisis económicas o los conflictos políticos interrumpían este movimiento, se creía que el sistema acabaría retomando su curso normal.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo global sugieren que algo más profundo ha comenzado a gestarse. La expansión del capital ficticio, la creciente centralidad de las finanzas y la reorganización global de las expectativas económicas han alterado profundamente la relación entre el presente y el futuro. El futuro ha dejado de ser simplemente el horizonte dentro del cual las sociedades planificaban sus actividades y se ha convertido en objeto directo de la anticipación económica.

Los mercados financieros, los sistemas crediticios y los instrumentos de inversión operan de forma continua proyectando expectativas sobre rendimientos futuros. Estas proyecciones no se limitan a reflejar los procesos productivos existentes, sino que también reorganizan las decisiones económicas actuales, influyendo en las políticas públicas, las inversiones productivas y las estrategias institucionales.

Cuando este mecanismo se generaliza, el propio régimen temporal del capitalismo comienza a transformarse. El futuro deja de funcionar simplemente como un horizonte para la planificación colectiva y empieza a actuar como una fuerza activa que reorganiza continuamente el presente.

Esta transformación no solo altera la dinámica de la economía mundial, sino que también modifica la experiencia histórica de las sociedades. Las instituciones comienzan a operar en plazos más cortos, las decisiones colectivas responden a expectativas económicas más volátiles y la duración misma de los procesos sociales se vuelve más inestable.

Aquí surge la hipótesis central de este capítulo: las recientes transformaciones del capitalismo no representan simplemente una nueva fase cíclica del desarrollo económico. Indican un cambio más profundo en la forma histórica mediante la cual el tiempo organiza la vida social. En otras palabras, nos enfrentamos a una posible mutación ontológica del tiempo histórico.

Entre un día y otro siempre hay un intervalo de silencio. Durante unas horas, el ritmo del mundo parece ralentizarse. Las ciudades disminuyen su velocidad, las calles se vacían y los ruidos cotidianos se disipan poco a poco. En este breve lapso, el tiempo parece recuperar una especie de equilibrio natural. El día que termina queda en el pasado, y el que comienza aún no ha llegado del todo. Durante mucho tiempo, imaginamos que el tiempo histórico de las sociedades funcionaba de manera similar. La historia avanzaría gradualmente, como una sucesión relativamente continua de días, dentro de la cual las instituciones, los proyectos colectivos y las formas de conocimiento podrían desarrollarse a lo largo de extensos periodos.

Esta imagen moldeó gran parte de la experiencia moderna del tiempo. A lo largo del siglo XX, muchas sociedades imaginaron que el tiempo histórico avanzaba hacia un horizonte relativamente predecible. Los Estados construyeron instituciones duraderas, las universidades formaron a sucesivas generaciones de investigadores y las políticas públicas se concibieron en una escala de décadas. El futuro se

presentaba como un espacio abierto en el que los proyectos colectivos podían madurar lentamente. El tiempo histórico parecía funcionar como una especie de campo relativamente estable dentro del cual las sociedades organizaban su propia trayectoria.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo global sugieren que esta experiencia temporal ha comenzado a cambiar profundamente. La expansión del capital ficticio, la creciente centralidad de los mercados financieros y la reorganización global de las expectativas económicas han introducido una nueva dinámica en la organización del tiempo social. El futuro ha dejado de funcionar simplemente como un horizonte abierto para la acción colectiva y se ha convertido en un objeto directo de valoración económica. Los mercados financieros operan permanentemente anticipando expectativas, convirtiendo proyecciones futuras en activos y reorganizando el presente en función de cálculos en constante cambio.

En este proceso, el tiempo deja de ser simplemente el escenario en el que se producen las transformaciones históricas. Se convierte también en un elemento directamente movilizado por la dinámica del capital.

Esta transformación nos ayuda a comprender por qué muchas instituciones contemporáneas parecen vivir bajo una constante sensación de urgencia. Las políticas públicas se reformulan a intervalos cada vez más cortos, las decisiones económicas responden a expectativas que cambian rápidamente y las instituciones se enfrentan a crecientes dificultades para mantener proyectos a largo plazo. La experiencia social del tiempo se vuelve más breve, más inestable y más difícil de organizar.

Este cambio no es simplemente una aceleración cuantitativa de la vida social. Indica una transformación más profunda: un cambio en la forma histórica en que se organiza el tiempo dentro del capitalismo contemporáneo. Instituciones que antes parecían relativamente estables ahora se reorganizan constantemente. Las políticas públicas se reformulan incluso antes de que produzcan efectos duraderos. Los planes económicos cambian de rumbo a intervalos cada vez más cortos.

La vida institucional misma comienza a desarrollarse en horizontes temporales más breves. Los profesores se dan cuenta de que los proyectos de investigación deben completarse rápidamente, los estudiantes se enfrentan a trayectorias académicas cada vez más comprimidas y las universidades viven ahora bajo ciclos constantes de evaluación y reorganización administrativa. Algo ha cambiado en la forma en que se distribuye el tiempo dentro de la vida social.

Durante mucho tiempo, estos cambios se interpretaron simplemente como una aceleración histórica. Se hablaba de una sociedad de la velocidad, de una circulación de información intensificada o de una mayor complejidad social. Estas interpretaciones captaban aspectos importantes del fenómeno, pero se quedaban en la superficie del problema. La aceleración es visible, pero no explica por sí sola la naturaleza de la transformación en curso. La cuestión de fondo reside no solo en la velocidad con la que se desarrollan los acontecimientos, sino en la forma en que el tiempo histórico mismo se ha movilizado dentro de la dinámica del capital contemporáneo.

Es en este punto donde la expansión del capital ficticio adquiere una importancia decisiva. En los mercados financieros, el futuro deja de funcionar simplemente como un horizonte abierto para la acción colectiva y se incorpora directamente a las operaciones económicas. Las expectativas futuras se convierten en activos negociables, las proyecciones de valor se transforman en instrumentos financieros y las decisiones presentes comienzan a responder continuamente a cálculos que anticipan escenarios aún por materializarse. El capital deja de esperar pasivamente el transcurso del tiempo histórico. Comienza a operar directamente sobre el futuro, anticipándolo y reorganizando el presente en función de esta anticipación.

Cuando esta lógica se generaliza, la propia experiencia social del tiempo comienza a transformarse. Las instituciones que dependen de la continuidad temporal —como los sistemas científicos, las políticas públicas o las universidades— empiezan a tener cada vez más dificultades para mantenerla a largo plazo. Los proyectos colectivos se vuelven más frágiles, los horizontes institucionales se acortan y el

tiempo disponible para tomar decisiones complejas disminuye. El problema ya no reside únicamente en la velocidad de los acontecimientos. Lo que empieza a transformarse es la estructura histórica dentro de la cual se articulan pasado, presente y futuro.

Por ello, resulta necesario hablar de una mutación más profunda. La transformación observada no solo afecta al ritmo de la vida social, sino también a la propia concepción histórica del tiempo dentro del capitalismo contemporáneo. El tiempo deja de funcionar como un campo relativamente estable en el que las sociedades organizan sus instituciones y se convierte en un elemento directamente movilizado por la dinámica de la valorización financiera. El capital ficticio no opera únicamente sobre los recursos económicos, sino también sobre la estructura temporal de la vida social.

En este sentido, se puede hablar de una mutación ontológica del tiempo. Esta expresión busca indicar una transformación en la forma histórica misma mediante la cual el tiempo se organiza dentro del capitalismo contemporáneo. No se trata simplemente de una aceleración, ni de un cambio en la percepción subjetiva de la duración. Es una modificación en las relaciones entre presente, pasado y futuro, producida por la creciente centralidad de la dinámica financiera en la organización del sistema económico global. El futuro deja de ser un mero horizonte abierto para la acción colectiva y se ve continuamente condicionado por operaciones que anticipan valor y reorganizan el presente en función de estas anticipaciones.

Cuando esta transformación se combina con la posición estructural de las sociedades periféricas en el sistema mundial, sus efectos se intensifican aún más. En las economías dependientes, la compresión del tiempo institucional tiende a producirse de forma más abrupta. Las inestabilidades macroeconómicas, la vulnerabilidad financiera y la fragilidad de las políticas públicas dificultan el sostenimiento de proyectos colectivos a largo plazo. Las universidades, los sistemas científicos y las instituciones públicas comienzan a desarrollarse en horizontes temporales aún más reducidos.

Es en este punto donde el análisis de la mutación ontológica del tiempo se topa directamente con el problema de la dependencia. Cuando los mercados financieros comienzan a anticipar permanentemente el futuro, algo sutil empieza a cambiar en la experiencia histórica de las sociedades. Durante mucho tiempo, el futuro funcionó como un horizonte abierto para la acción colectiva. Era el espacio donde los proyectos políticos, las políticas públicas y las trayectorias institucionales podían madurar lentamente. Los gobiernos planificaban décadas, las universidades formaban generaciones y los sistemas científicos acumulaban conocimiento durante periodos relativamente estables. El futuro era lo que aún no había sucedido, pero que podía construirse mediante decisiones tomadas en el presente. La expansión del capital ficticio introduce una transformación silenciosa en esta relación temporal. El futuro deja de ser simplemente un horizonte de expectativas y se convierte en objeto de cálculo económico. Las expectativas futuras se transforman en activos financieros, las proyecciones de valor se convierten en instrumentos negociables y las decisiones presentes responden continuamente a escenarios anticipados. El tiempo deja de ser simplemente el campo donde se desarrolla la historia. Se moviliza directamente por las operaciones del capital.

Este cambio altera profundamente la relación entre el presente y el futuro. Cuando las expectativas financieras reorganizan continuamente las decisiones económicas, el presente deja de ser un momento de construcción gradual y comienza a funcionar como un punto de ajuste permanente ante anticipaciones en constante cambio. Las instituciones empiezan a operar dentro de un régimen temporal más inestable. Los proyectos que requerirían una maduración prolongada se enfrentan a revisiones constantes, las políticas públicas se reorganizan antes de consolidar los resultados y las decisiones colectivas se vuelven más vulnerables a las presiones inmediatas. La experiencia social del tiempo pierde parte de su continuidad histórica. El futuro permanece presente en todos los cálculos, pero aparece cada vez menos como un espacio disponible para la construcción de

trayectorias duraderas. En cambio, emerge como algo continuamente capturado por operaciones que reorganizan el presente. En este movimiento, la temporalidad histórica deja de poseer la misma profundidad que caracterizaba la experiencia moderna del tiempo.

Es en este punto donde la noción de mutación ontológica del tiempo revela su significado más preciso. No se trata simplemente de una aceleración histórica, ni de una sensación subjetiva de que todo sucede más rápido. La mutación ontológica indica una transformación en la forma histórica misma en que el tiempo se organiza dentro del capitalismo contemporáneo. Las relaciones entre pasado, presente y futuro dejan de seguir la continuidad relativamente estable que caracterizó la experiencia moderna de la historia. El futuro se moviliza permanentemente mediante operaciones económicas que anticipan valor y reorganizan las decisiones presentes. El tiempo deja de ser meramente el escenario en el que se desarrollan las transformaciones sociales. Se convierte en parte activa de la dinámica de la valorización del capital.

Cuando esta transformación llega a las sociedades periféricas del sistema mundial, sus efectos se hacen aún más visibles. Las economías dependientes operan en entornos financieros más inestables, sujetas a movimientos abruptos de capital y cambios rápidos en las expectativas globales. En estas condiciones, la comprensión temporal de las instituciones se intensifica. Las políticas públicas enfrentan horizontes de planificación más cortos, los sistemas científicos dependen de ciclos de financiación inestables y las universidades comienzan a desarrollar su actividad intelectual en entornos institucionales marcados por frecuentes reorganizaciones. El tiempo disponible para consolidar proyectos colectivos se reduce. La dependencia comienza entonces a manifestarse también como dependencia temporal.

Esta dimensión temporal de la dependencia rara vez aparece explícitamente en los diagnósticos tradicionales de la economía política. Durante gran parte del siglo XX, la teoría marxista de la dependencia se centró principalmente en la transferencia de valor, la

superexplotación del trabajo y la subordinación productiva de las economías periféricas. Estas categorías siguen siendo fundamentales para comprender la inserción desigual de las sociedades latinoamericanas en el sistema mundial. Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo financiero indican que la dependencia también ha comenzado a operar a través de nuevas mediaciones históricas. La reorganización del tiempo social constituye una de estas mediaciones.

En las sociedades dependientes, la compresión del tiempo institucional no es simplemente un efecto secundario de la inestabilidad económica, sino que se convierte en parte del mecanismo mismo mediante el cual se reproduce la dependencia. Cuando disminuye el tiempo disponible para la planificación colectiva, resulta más difícil mantener políticas a largo plazo, consolidar sistemas científicos sólidos o preservar instituciones capaces de generar una reflexión crítica prolongada. Los proyectos nacionales se vuelven más vulnerables a las presiones externas y las decisiones estratégicas comienzan a responder a horizontes temporales cada vez más cortos. El control indirecto del tiempo social se convierte así en uno de los mecanismos centrales para la reproducción de la dependencia contemporánea.

Quizás esta transformación pueda entenderse con una imagen sencilla. Durante mucho tiempo, imaginamos que el tiempo histórico de las sociedades avanzaba como un camino relativamente amplio. Generaciones enteras transitaban por este camino, acumulando experiencias, construyendo instituciones y transmitiendo conocimiento. El camino no siempre era estable, pero se mantenía lo suficientemente amplio como para que los proyectos colectivos se desarrollaran a lo largo de décadas. Hoy, este camino parece estrecharse. Las sociedades siguen avanzando, pero el tiempo disponible para organizar decisiones colectivas parece reducirse. La historia no se ha detenido. Lo que ha cambiado es la amplitud temporal en la que se desarrolla.

Es en este estrechamiento donde se revela una dimensión decisiva de la modernidad dependiente. El problema central ya no

reside únicamente en la transferencia de recursos o en la desigualdad tecnológica entre centro y periferia. También se manifiesta en la forma en que el tiempo histórico se distribuye entre las sociedades. Mientras que algunas logran preservar duraciones institucionales relativamente largas, otras se ven constantemente empujadas hacia horizontes temporales más cortos. La dependencia se manifiesta entonces no solo como desigualdad económica, sino como desigualdad en la propia capacidad de organizar el tiempo histórico.

Esta observación conduce a una formulación más precisa de la tesis central de este libro. La dependencia contemporánea se caracteriza no solo por las estructuras productivas o los flujos financieros, sino también por el control indirecto de los periodos históricos dentro de los cuales las sociedades pueden pensar, planificar y actuar colectivamente. El capital ficticio reorganiza continuamente las expectativas y presiona a las instituciones para que respondan a horizontes temporales cada vez más reducidos. Cuando esta dinámica se generaliza, el tiempo deja de ser simplemente el ámbito donde se manifiesta la dependencia; se convierte en uno de sus instrumentos fundamentales.

La dependencia contemporánea, por lo tanto, también se manifiesta a través del control del tiempo. Cuando el tiempo histórico se estrecha, la primera consecuencia visible aparece en las instituciones responsables de organizar la continuidad social. Los Estados comienzan a planificar con horizontes más cortos, las universidades se enfrentan a ciclos permanentes de evaluación y reorganización, y las políticas públicas se vuelven cada vez más vulnerables a cambios abruptos. Los proyectos que requerirían una maduración prolongada comienzan a encontrar dificultades para consolidarse. El problema no reside únicamente en la escasez de recursos o la inestabilidad política, sino en la creciente dificultad de preservar duraciones institucionales lo suficientemente largas como para sostener procesos históricos complejos. La dependencia temporal se manifiesta precisamente en este punto: las sociedades comienzan a vivir dentro de un marco

temporal más reducido, donde las decisiones estratégicas deben responder continuamente a presiones inmediatas.

Esta reducción del tiempo institucional también repercute en la vida intelectual. El trabajo intelectual depende de duraciones específicas. Leer, comparar interpretaciones, desarrollar conceptos y construir argumentos requiere tiempo para su maduración. Cuando el entorno institucional empieza a funcionar a un ritmo más acelerado, la propia forma del trabajo intelectual tiende a reorganizarse. Los profesores se enfrentan a una presión constante por la productividad, los estudiantes deben completar sus trayectorias académicas en intervalos cada vez más cortos y las comunidades científicas empiezan a desarrollar sus investigaciones en ciclos breves de financiación y evaluación. El conocimiento se sigue produciendo, pero se desarrolla en condiciones temporales diferentes a las que estructuraron la expansión de las universidades modernas.

En este contexto, la creciente presencia de la inteligencia artificial introduce una nueva dimensión en esta reorganización temporal. Los sistemas capaces de procesar grandes volúmenes de información y generar síntesis preliminares aumentan significativamente la velocidad de ciertas operaciones cognitivas. Para los estudiantes, estas tecnologías facilitan el acceso a la bibliografía y permiten la organización rápida de grandes cantidades de información. Para docentes e investigadores, ofrecen herramientas que facilitan la exploración de extensas bases de datos y la sistematización inicial de materiales de investigación. Estas herramientas amplían la capacidad informativa del trabajo intelectual. Sin embargo, su difusión se produce dentro de un entorno histórico ya marcado por la compresión del tiempo institucional.

Cuando las tecnologías cognitivas se extienden en contextos donde el tiempo institucional ya está bajo presión, sus efectos pueden intensificar la reorganización temporal de la vida intelectual. La producción de conocimiento comienza a desarrollarse en entornos informativos más acelerados, donde las preguntas circulan con mayor rapidez y las interpretaciones provisionales se multiplican velozmente.

El acceso a la información se expande, pero el tiempo necesario para madurar las interpretaciones críticas se vuelve más difícil de mantener. La universidad se enfrenta entonces a un delicado desafío histórico: incorporar nuevas mediaciones tecnológicas sin perder la capacidad de sostener procesos de reflexión prolongados.

Este desafío revela un aspecto central de la mutación ontológica del tiempo. El problema no reside únicamente en la velocidad de las transformaciones tecnológicas ni en la acelerada circulación de la información. Lo que está en juego es la capacidad de las sociedades para preservar espacios institucionales donde el pensamiento pueda desarrollarse durante periodos suficientemente largos. Cuando el tiempo para pensar se reduce, también lo hace la capacidad de las sociedades para comprender plenamente las transformaciones que atraviesan su propia historia.

La mutación ontológica del tiempo se manifiesta, por lo tanto, en múltiples dimensiones de la vida social. Aparece en las dinámicas financieras que se anticipan continuamente al futuro, en las instituciones públicas que se enfrentan a horizontes de planificación más cortos y en las universidades que necesitan reorganizar su trabajo intelectual dentro de ritmos institucionales más acelerados. El tiempo histórico deja de constituir un campo relativamente estable de desarrollo institucional y se convierte en un terreno permanentemente reorganizado por presiones económicas y tecnológicas.

En las sociedades dependientes, esta reorganización temporal adquiere una intensidad particular. La subordinación en el sistema mundial las hace más vulnerables a las fluctuaciones del capital global y a los cambios en las expectativas financieras internacionales. En estas condiciones, la compresión del tiempo institucional tiende a producirse de forma más abrupta. Las políticas económicas se reformulan en respuesta a presiones externas, los proyectos nacionales sufren interrupciones frecuentes y las instituciones públicas deben adaptarse continuamente a escenarios inestables. El tiempo colectivo se vuelve más difícil de organizar.

Esta dificultad para preservar largos periodos históricos es una de las características distintivas de la modernidad dependiente. Mientras que algunas sociedades logran mantener instituciones capaces de planificar a largo plazo, otras se ven obligadas a vivir ciclos cortos de adaptación y reorganización. La desigualdad entre centro y periferia se manifiesta, por tanto, en la capacidad de organizar el tiempo histórico. Algunas sociedades disponen de tiempo para construir instituciones duraderas; otras necesitan responder continuamente a las presiones inmediatas.

En este punto, la dependencia revela su dimensión temporal más profunda. El problema central no reside únicamente en la desigualdad de recursos económicos o tecnológicos, sino también en la desigualdad de la capacidad para preservar el tiempo necesario para construir los propios proyectos históricos.

Quizás esta sea una de las transformaciones más silenciosas del capitalismo contemporáneo.

La historia no ha dejado de avanzar. Pero el tiempo disponible para construirla se ha reducido. Quizás esta transformación pueda entenderse con una imagen sencilla. Durante mucho tiempo, imaginamos el tiempo histórico como un camino ancho. Las sociedades lo recorrían, construyendo ciudades, fundando universidades, desarrollando instituciones y acumulando experiencias que se transmitían de generación en generación. El camino no siempre era fácil, pero era lo suficientemente ancho como para que los proyectos colectivos maduraran a lo largo de décadas. El tiempo parecía ofrecer espacio para que se construyera la historia.

Hoy en día, ese camino parece estrecharse.

Las sociedades siguen avanzando, pero el tiempo para organizar sus decisiones se reduce. Los proyectos comienzan a interrumpirse antes de consolidarse, las instituciones necesitan reorganizarse constantemente y el futuro deja de ser un horizonte abierto para convertirse en un objeto de cálculo permanente. La historia continúa su curso, pero el camino que sigue parece condensarse.

A medida que el tiempo histórico se acorta, las sociedades comienzan a experimentar una sensación difusa de inestabilidad permanente. Instituciones que antes parecían capaces de perdurar durante décadas empiezan a reorganizarse continuamente. Las políticas públicas se revisan incluso antes de que produzcan efectos duraderos, los programas de investigación se ven interrumpidos por cambios administrativos y las decisiones colectivas comienzan a responder a horizontes temporales cada vez más cortos. Este movimiento no se presenta como una ruptura abrupta, sino que se integra lentamente en la vida social, alterando el ritmo de las instituciones y la forma en que las sociedades organizan su experiencia histórica. El resultado es una transformación silenciosa en la relación entre presente y futuro. El presente se vuelve más denso, más cargado de decisiones inmediatas, mientras que el futuro parece acercarse continuamente, comprimiendo el espacio temporal donde los proyectos colectivos podrían madurar.

Esta compresión temporal también afecta la forma en que las sociedades desarrollan sus expectativas históricas. Durante gran parte de la modernidad, el futuro funcionó como un espacio relativamente abierto donde se podían imaginar y debatir proyectos políticos y sociales. Las ideas de desarrollo, progreso o emancipación social presuponían la existencia de períodos históricos suficientemente largos para que estas transformaciones tuvieran lugar. La reorganización financiera del capitalismo contemporáneo altera esta relación. Cuando el capital opera continuamente anticipándose a las expectativas futuras, el horizonte histórico deja de presentar la misma apertura. El futuro permanece presente en las decisiones económicas, pero parece estar cada vez más condicionado por cálculos que reorganizan permanentemente el presente.

Es en este escenario donde la mutación ontológica del tiempo se hace plenamente visible. La transformación no consiste únicamente en una aceleración generalizada de la vida social, sino en una alteración más profunda de la manera en que las sociedades articulan pasado, presente y futuro. El tiempo histórico deja de constituir un campo relativamente estable de continuidad institucional y se reorganiza

continuamente mediante operaciones que anticipan valores y presionan las decisiones presentes. El pasado permanece como memoria, el presente como espacio para la acción inmediata, pero el futuro deja de presentarse como un horizonte libre y se convierte en un objeto permanente de cálculo económico.

En las sociedades dependientes, esta transformación adquiere matices especialmente intensos. La vulnerabilidad a las fluctuaciones del capital global implica que las decisiones económicas y políticas responden constantemente a presiones externas. Las políticas públicas deben adaptarse rápidamente a los cambios en las expectativas financieras internacionales, los sistemas de producción se reorganizan ante los movimientos abruptos de capital y las instituciones enfrentan crecientes dificultades para mantener trayectorias estables. En estas condiciones, el tiempo institucional se acorta aún más. Los proyectos nacionales luchan por consolidarse y los horizontes estratégicos se vuelven más frágiles.

Esta situación tiene un profundo impacto en la capacidad de las sociedades para reflexionar sobre su propia historia. Cuando el tiempo institucional se comprime, también lo hace el espacio para el desarrollo de interpretaciones críticas. El intelecto social persiste, pero opera bajo condiciones temporales más restrictivas. Las universidades se enfrentan a presiones constantes para la reorganización, los investigadores trabajan con ciclos de evaluación cortos y la producción de conocimiento tiende a desarrollarse a ritmos cada vez más acelerados. El problema reside no solo en la intensidad del trabajo intelectual, sino también en la creciente dificultad de preservar la duración histórica necesaria para la maduración del pensamiento.

En este punto, se hace evidente que la dependencia contemporánea no se limita a las estructuras económicas o tecnológicas. También se manifiesta en la distribución del tiempo histórico entre las sociedades. Algunas logran preservar instituciones capaces de planificar a largo plazo, mientras que otras se ven constantemente empujadas a ciclos cortos de adaptación. La desigualdad entre centro y periferia se presenta entonces como una

desigualdad en la capacidad de organizar el tiempo colectivo. La dependencia se revela así como una forma histórica que opera no solo sobre los recursos o las tecnologías, sino también sobre la propia duración de las instituciones y las expectativas sociales.

Quizás sea en este punto donde la mutación ontológica del tiempo se hace más evidente. El capitalismo contemporáneo no solo reorganiza la producción y circulación de la riqueza, sino también la forma en que el tiempo histórico se distribuye dentro del sistema mundial. Algunas sociedades logran preservar márgenes temporales relativamente amplios para organizar su trayectoria histórica. Otras se ven empujadas hacia un régimen temporal más corto, donde las decisiones estratégicas deben responder continuamente a presiones inmediatas. La desigualdad histórica se manifiesta entonces también como desigualdad en la amplitud del tiempo disponible para construir el futuro.

También opera mediante el control del tiempo histórico. Esta transformación nos permite comprender por qué la dependencia contemporánea ya no puede interpretarse únicamente como una relación económica entre centro y periferia. Las categorías clásicas de la teoría marxista de la dependencia siguen siendo fundamentales para comprender la transferencia de valor, la superexplotación del trabajo y la subordinación productiva de las economías latinoamericanas. Sin embargo, la financiarización del capitalismo global ha introducido una mediación adicional en este proceso. El capital ficticio reorganiza permanentemente las expectativas, anticipa el futuro y presiona a las instituciones para que respondan a horizontes temporales cada vez más cortos. Cuando esta dinámica se generaliza, interfiere directamente con la capacidad de las sociedades para organizar sus propias duraciones históricas. Los proyectos nacionales se vuelven más frágiles, las políticas públicas tienen dificultades para consolidarse y las instituciones responsables de la producción de conocimiento comienzan a desarrollarse bajo intensas presiones temporales. La dependencia deja entonces de manifestarse solo en la distribución desigual de los recursos económicos. También aparece en la

desigualdad entre las sociedades en su capacidad para preservar el tiempo histórico para pensar, planificar y actuar colectivamente.

Quizás sea posible imaginar esta transformación mediante una imagen sencilla. Durante mucho tiempo, creímos que el tiempo histórico se asemejaba a un campo abierto. Las sociedades lo recorrían, construyendo ciudades, universidades, sistemas científicos e instituciones públicas capaces de perdurar a lo largo de generaciones. El camino no siempre era estable, pero ofrecía espacio suficiente para que los proyectos colectivos maduraran lentamente. Hoy, este campo parece estrecharse. Las sociedades siguen avanzando, pero el espacio temporal en el que pueden organizar su futuro se reduce. Los proyectos comienzan a interrumpirse antes de consolidarse, las instituciones se reorganizan constantemente y el tiempo disponible para reflexionar es cada vez más escaso. La historia continúa su curso. Lo que ha cambiado es la amplitud temporal en la que se desarrolla.

Es en este estrechamiento donde se revela la huella de la modernidad dependiente. La dependencia contemporánea no solo controla los recursos, sino también el tiempo.

Cuando se transforma el régimen temporal del capitalismo, también lo hacen las condiciones en las que las sociedades organizan sus instituciones, sus políticas públicas y sus formas de producción de conocimiento. El tiempo deja de funcionar simplemente como el medio a través del cual se desarrollan los procesos sociales y comienza a actuar como un elemento activo en la reorganización de la vida colectiva.

La expansión del capital ficticio y la creciente importancia de las finanzas han introducido un mecanismo permanente para anticipar el futuro. Los mercados financieros operan continuamente proyectando expectativas sobre rendimientos que aún no se han producido, reorganizando las decisiones económicas del presente en función de proyecciones que pueden extenderse mucho más allá de la producción material inmediata.

Cuando este mecanismo se generaliza, el futuro deja de ser simplemente un horizonte de planificación y se convierte en una fuerza

que ejerce una presión constante sobre el presente. Las decisiones económicas, las políticas públicas y las estrategias institucionales comienzan a responder a expectativas que cambian rápidamente, lo que produce una reorganización constante de las condiciones en las que se desarrolla la vida social.

Esta transformación altera profundamente la experiencia histórica de las sociedades. Las instituciones comienzan a operar en ciclos más cortos, los programas públicos se reorganizan antes de poder consolidarse y los proyectos colectivos enfrentan mayores dificultades para mantener la continuidad a lo largo del tiempo. El resultado es una creciente inestabilidad en la duración de las relaciones sociales.

En este contexto, la dependencia contemporánea comienza a revelar una dimensión adicional. La desigualdad entre centro y periferia no solo se manifiesta en la distribución de recursos productivos, tecnologías o capacidades económicas, sino también en la capacidad desigual de las sociedades para preservar periodos históricos lo suficientemente largos como para organizar sus propias trayectorias institucionales.

La dependencia comienza entonces a manifestarse también como dependencia temporal.

A las sociedades periféricas les resulta más difícil estabilizar sus horizontes institucionales a largo plazo, ya que sus decisiones económicas y políticas se vuelven más sensibles a las fluctuaciones de un sistema financiero global que reorganiza continuamente las expectativas sobre el futuro.

Comprender cómo se manifiesta esta dependencia temporal en las instituciones es el siguiente paso del análisis. Esta es la pregunta que guía el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 4

Dependencia del control del tiempo en las instituciones

Las transformaciones en el régimen temporal del capitalismo no se limitan al funcionamiento abstracto de los mercados financieros ni a la dinámica de la economía global. Se materializan en las instituciones mediante las cuales las sociedades organizan su vida colectiva. Los Estados, los sistemas educativos, las universidades, los centros de investigación y las políticas públicas comienzan gradualmente a operar dentro de nuevos horizontes temporales.

Durante gran parte del siglo XX, muchas instituciones modernas se diseñaron para operar en plazos relativamente largos. Las políticas públicas se concebían para décadas, los sistemas educativos se desarrollaban lentamente y los programas de investigación científica podían extenderse durante períodos prolongados. La idea misma de planificación social presuponía la posibilidad de organizar proyectos colectivos en amplios horizontes temporales.

Sin embargo, a medida que el capitalismo contemporáneo reorganiza la relación entre el presente y el futuro, también se transforman las condiciones en las que operan estas instituciones. Los procesos que antes se desarrollaban a lo largo de décadas ahora se reorganizan en ciclos cada vez más cortos. Las reformas institucionales se vuelven más frecuentes, los programas públicos se evalúan continuamente y las decisiones administrativas comienzan a responder a expectativas económicas más volátiles.

Esta reorganización no se produce únicamente por razones administrativas o técnicas. Refleja una transformación más profunda en la forma en que, llegado el momento, se organiza la vida social. Cuando el futuro se anticipa constantemente mediante mecanismos financieros, el presente se vuelve más inestable y las instituciones necesitan adaptarse continuamente a los rápidos cambios del entorno económico y político.

En este contexto, la dependencia contemporánea revela una dimensión adicional. La desigualdad entre sociedades no solo se manifiesta en la distribución de la riqueza o en la posición que se ocupa en el sistema de producción global, sino también en la capacidad desigual para mantener una relativa estabilidad institucional.

Algunas sociedades logran mantener instituciones que planifican a largo plazo, permitiendo que los programas científicos, las políticas públicas y los sistemas educativos maduren con el tiempo. Otras necesitan reorganizar continuamente sus estructuras institucionales ante las presiones externas, las fluctuaciones económicas y las expectativas globales que cambian rápidamente.

Es en este punto donde la dependencia comienza a manifestarse también como control sobre el tiempo institucional. Comprender cómo se materializa este control en las instituciones es el objetivo de este capítulo. Si la dependencia contemporánea opera también a través de la reorganización del tiempo histórico, sus efectos se hacen visibles sobre todo en las instituciones responsables de organizar la vida colectiva. Los estados, las universidades, los sistemas científicos y las políticas públicas constituyen formas históricas mediante las cuales las sociedades buscan estabilizar sus decisiones a lo largo del tiempo. Estas instituciones no existen simplemente para gestionar recursos o implementar políticas, sino también para organizar la duración histórica de las decisiones colectivas. Es a través de ellas que los proyectos sociales pueden trascender a los gobiernos, que los sistemas educativos dan forma a las generaciones sucesivas y que las comunidades científicas acumulan conocimiento durante décadas.

En las sociedades dependientes, sin embargo, esta capacidad institucional para organizar el tiempo histórico se topa con límites estructurales. Las inestabilidades económicas recurrentes, la vulnerabilidad a los flujos financieros internacionales y los frecuentes cambios en las políticas públicas dificultan el sostenimiento de proyectos colectivos a largo plazo. Las instituciones siguen existiendo, pero operan dentro de horizontes temporales más reducidos. Los planes de desarrollo se interrumpen, las reformas institucionales se

suceden rápidamente y los programas públicos deben adaptarse continuamente a escenarios económicos inestables.

Es en este contexto donde la dependencia contemporánea revela una de sus dimensiones menos visibles: la dificultad de las sociedades periféricas para preservar estructuras institucionales a largo plazo.

Cuando el marco temporal de las instituciones se reduce, también lo hace el espacio para que maduren las decisiones colectivas. Los proyectos que requerirían continuidad histórica se vuelven más frágiles, y las políticas públicas comienzan a responder a presiones inmediatas. El resultado no es simplemente inestabilidad administrativa, sino una profunda reorganización de cómo las sociedades pueden imaginar y construir su propio futuro.

Esta dificultad para preservar estructuras institucionales a largo plazo tiene profundas repercusiones en la forma en que las sociedades organizan sus decisiones colectivas. Las instituciones no existen únicamente para gestionar recursos o implementar políticas públicas. También funcionan como estructuras capaces de estabilizar el tiempo social. Cuando un sistema educativo forma a sucesivas generaciones de estudiantes o cuando un programa científico abarca décadas de investigación, lo que se preserva no es solo una política pública. Se preserva una duración histórica dentro de la cual se acumulan el conocimiento, la experiencia y la memoria institucional. Sin embargo, en las sociedades dependientes, esta continuidad institucional se topa con obstáculos recurrentes. Los cambios abruptos en las condiciones económicas, las frecuentes reorganizaciones de las prioridades políticas y la presión constante de las crisis financieras reducen el horizonte temporal en el que pueden desarrollarse las decisiones colectivas. Las instituciones siguen funcionando, pero lo hacen dentro de un marco temporal más inestable, donde la continuidad se vuelve más difícil de mantener.

Esta inestabilidad institucional no siempre se manifiesta de forma dramática. A menudo se presenta a través de pequeñas discontinuidades que se acumulan lentamente con el tiempo. Los

programas públicos se interrumpen antes de consolidarse, las reformas administrativas se suceden a intervalos cada vez más cortos y las iniciativas institucionales deben adaptarse continuamente a nuevos escenarios políticos y económicos. El resultado no es necesariamente el colapso inmediato de las instituciones, sino una forma particular de fragilidad histórica. Las instituciones siguen funcionando, pero les resulta cada vez más difícil preservar proyectos que requerirían una mayor duración. El tiempo institucional se fragmenta. Cada ciclo administrativo necesita reorganizar lo que se había iniciado previamente, y la continuidad histórica se convierte en una tarea cada vez más difícil.

Es en este contexto donde la universidad ocupa una posición particularmente reveladora. Entre todas las instituciones modernas, pocas dependen tanto de la duración histórica como la universidad. La producción de conocimiento exige continuidad, acumulación y transmisión entre generaciones. La investigación científica a menudo abarca décadas, las tradiciones intelectuales se forman lentamente y la formación académica presupone un período relativamente largo de estudio y reflexión. La universidad no es simplemente un espacio para la docencia o la investigación. Constituye una institución responsable de organizar la relación entre pasado, presente y futuro dentro del intelecto social.

Cuando el tiempo institucional se comprime, la universidad se convierte en uno de los lugares donde esta transformación se hace más visible. Los programas de investigación se enfrentan a ciclos de financiación cortos, los profesores empiezan a trabajar bajo sistemas de evaluación permanentes y los estudiantes siguen trayectorias académicas cada vez más aceleradas. La producción de conocimiento continúa existiendo, pero comienza a desarrollarse bajo presiones temporales que dificultan la maduración prolongada de la investigación. El trabajo intelectual no desaparece, pero necesita adaptarse a un entorno institucional donde la continuidad histórica se vuelve más difícil de preservar.

En las sociedades dependientes, esta situación adquiere una intensidad particular. Las universidades se enfrentan a restricciones presupuestarias recurrentes, las políticas científicas tienen una continuidad limitada y los programas académicos a menudo deben adaptarse a los cambios en las prioridades gubernamentales. La institución sigue desempeñando su papel en la producción de conocimiento, pero lo hace dentro de un entorno institucional más inestable. El intelecto social no deja de existir, pero comienza a desarrollarse en plazos más cortos. El resultado es una reorganización silenciosa del propio trabajo intelectual.

Esta reorganización se hace especialmente visible en la experiencia cotidiana de los profesores universitarios. La docencia siempre ha exigido múltiples actividades: impartir clases, investigar, tutorizar y participar en la institución. Sin embargo, en las últimas décadas, estas actividades se han desarrollado en un entorno marcado por una presión de tiempo cada vez mayor. Los sistemas de evaluación continua, las exigencias de productividad académica y los ciclos de financiación cortos están reorganizando el ritmo de la vida universitaria. Los profesores siguen siendo responsables de generar conocimiento y formar a las nuevas generaciones, pero deben hacerlo dentro de un marco temporal institucional cada vez más ajustado.

Quizás sea en este punto donde la dependencia temporal se vuelve más tangible. No se manifiesta únicamente en indicadores económicos o estadísticas institucionales, sino en la experiencia cotidiana de quienes trabajan en las instituciones responsables de la producción de conocimiento. El profesor universitario se convierte así en una especie de observador privilegiado de esta transformación histórica. Al participar en la producción del intelecto social, experimenta directamente los efectos de la compresión del tiempo institucional que caracteriza a la modernidad dependiente.

La compresión del tiempo institucional se hace particularmente evidente al observar cómo se ha organizado el trabajo académico en las últimas décadas. Durante gran parte del siglo XX, la labor de los profesores universitarios se desarrollaba a un ritmo relativamente

pausado. La producción de conocimiento dependía de investigaciones prolongadas, debates intelectuales continuos y la lenta formación de comunidades científicas capaces de acumular experiencia con el tiempo. Este proceso no estuvo exento de conflictos o disputas institucionales, pero poseía una característica fundamental: la posibilidad de una maduración prolongada del pensamiento. El trabajo intelectual requería tiempo, y las instituciones universitarias buscaban preservar, aunque imperfectamente, las condiciones necesarias para dicha duración.

En las últimas décadas, sin embargo, la organización del trabajo académico ha comenzado a cambiar significativamente. Los sistemas de evaluación continua, los indicadores de productividad científica y los mecanismos institucionales para comparar investigadores han adquirido una importancia creciente en la vida universitaria. Los artículos publicados, los proyectos financiados, las citas acumuladas y los índices bibliométricos se han convertido en criterios importantes para medir la actividad intelectual. Estos instrumentos se han presentado a menudo como mecanismos capaces de aumentar la eficiencia institucional y ampliar la visibilidad de la producción científica. Sin embargo, su difusión también ha producido una profunda reorganización del tiempo académico.

Cuando el trabajo intelectual comienza a medirse mediante ciclos constantes de evaluación, el tiempo del profesor se transforma progresivamente en tiempo gestionado. La investigación debe producir resultados en intervalos más cortos, los proyectos científicos empiezan a responder a calendarios institucionales cada vez más rigurosos y las trayectorias académicas se supervisan con mayor intensidad. El resultado no es solo un aumento de la carga de trabajo. Lo que cambia es la estructura temporal misma dentro de la cual se desarrolla el pensamiento. El profesor continúa produciendo conocimiento, pero debe hacerlo dentro de un entorno institucional que prioriza ritmos de circulación y evaluación más rápidos.

Esta reorganización temporal también afecta la experiencia subjetiva del trabajo académico. Los profesores universitarios viven

ahora en un entorno marcado por plazos de entrega permanentes, objetivos institucionales y expectativas constantes de productividad. La investigación científica sigue exigiendo una concentración prolongada y una reflexión cuidadosa, pero el entorno institucional en el que se desarrolla se fragmenta cada vez más. El tiempo para la reflexión debe coexistir con un tiempo administrativo que organiza informes, evaluaciones y rendición de cuentas. La vida intelectual comienza a desarrollarse dentro de un marco temporal más fragmentado, donde la continuidad necesaria para la reflexión crítica se vuelve más difícil de preservar.

En las sociedades dependientes, esta situación adquiere una dimensión aún más compleja. Las universidades se enfrentan a constantes restricciones presupuestarias, los programas de financiación científica presentan inestabilidad y las políticas educativas cambian de rumbo con frecuencia. En estas condiciones, los sistemas de evaluación y productividad también desempeñan un papel fundamental en la organización institucional, en entornos marcados por la escasez de recursos y la incertidumbre administrativa. La productividad académica no surge únicamente como una decisión institucional, sino también como un intento de gestionar instituciones que deben responder continuamente a presiones externas.

Sin embargo, cuando la lógica de la evaluación continua se combina con la compresión del tiempo institucional propia de la modernidad dependiente, el resultado puede ser una intensificación de la fragilidad histórica de las propias universidades. En lugar de ampliar la capacidad para la investigación a largo plazo, los sistemas de productividad pueden reforzar los ciclos cortos de producción académica. Los investigadores deben adaptar sus investigaciones a calendarios institucionales rígidos, los proyectos científicos se fragmentan y resulta más difícil preservar la continuidad de las líneas de investigación. El conocimiento se sigue produciendo, pero se desarrolla dentro de un entorno temporal más limitado.

Quizás sea en este punto donde el problema de la dependencia temporal se hace más evidente. La cuestión no reside únicamente en la

cantidad de trabajo de los profesores ni en la intensidad de las exigencias institucionales. El problema central radica en la forma en que se reorganiza el tiempo dedicado a la reflexión. Cuando el tiempo necesario para desarrollar investigaciones complejas se reduce, también se dificulta la elaboración de interpretaciones capaces de comprender plenamente los procesos históricos en curso. El intelecto social sigue existiendo, pero comienza a desarrollarse dentro de condiciones temporales más limitadas.

En este sentido, el productivismo académico puede interpretarse como una de las formas institucionales a través de las cuales se manifiesta la compresión del tiempo histórico dentro de las universidades. Reorganiza el trabajo intelectual no solo mediante indicadores o métricas, sino también a través de la gestión del propio tiempo de los investigadores. La dependencia contemporánea se manifiesta, entonces, incluso en este nivel microscópico de la vida institucional: en la forma en que se organiza, se mide y se presiona constantemente el tiempo del profesor universitario.

La compresión del tiempo institucional no solo transforma la organización administrativa de las universidades, sino que también altera la experiencia cotidiana del trabajo intelectual. Durante gran parte de la modernidad, la vida académica se desarrolló a un ritmo relativamente estable. Los profesores organizaban sus investigaciones a lo largo de extensos periodos, seguían la formación de sucesivas generaciones de estudiantes y participaban en debates intelectuales que a menudo se extendían durante décadas. La universidad no era un espacio exento de conflictos o disputas institucionales, pero poseía una característica fundamental: permitía que el tiempo de pensamiento encontrara refugio dentro de instituciones capaces de preservar cierta continuidad histórica.

Esta continuidad posibilitó algo esencial para la vida intelectual: la formación de tradiciones de investigación. Los grupos académicos desarrollaron agendas de investigación que se profundizaron con el tiempo, los debates teóricos maduraron progresivamente y los conceptos se elaboraron mediante procesos colectivos de discusión y

revisión crítica. El conocimiento avanzó no solo a través del descubrimiento de nueva información, sino también mediante la sedimentación gradual de interpretaciones que se acumularon a lo largo de generaciones. Este movimiento dependió de la existencia de instituciones capaces de preservar periodos relativamente largos.

Cuando el tiempo institucional se comprime, esta continuidad comienza a volverse más frágil. Los programas de investigación sufren interrupciones frecuentes, los grupos académicos necesitan reorganizarse ante los cambios administrativos y las agendas científicas comienzan a responder a calendarios institucionales cada vez más cortos. El resultado no es necesariamente la interrupción de la producción científica, sino una reorganización de su ritmo histórico. Las investigaciones se fragmentan, los proyectos deben adaptarse a ciclos de financiación cortos y los investigadores comienzan a distribuir su energía intelectual entre múltiples demandas institucionales.

En este entorno institucional, el profesor universitario asume un papel paradójico. Por un lado, sigue siendo responsable de sostener la labor intelectual social: impartir clases, investigar, guiar a los estudiantes y participar en la vida académica. Por otro lado, debe llevar a cabo estas actividades dentro de un marco temporal institucional cada vez más ajustado. El profesor se convierte así en una figura que vive simultáneamente bajo dos regímenes temporales distintos. Existe el tiempo de reflexión, que exige una concentración prolongada y una maduración conceptual, y existe el tiempo administrativo de las instituciones, organizado por plazos, informes y ciclos constantes de evaluación.

Esta coexistencia de temporalidades genera una tensión permanente en la vida académica. El trabajo intelectual debe desarrollarse en un entorno donde el tiempo disponible para pensar se fragmenta continuamente. Los profesores dividen sus días entre clases, reuniones, informes institucionales, supervisión de estudiantes y producción científica. Cada una de estas actividades es legítima y necesaria para el funcionamiento de la universidad. Sin embargo, cuando todas ellas se desarrollan en horizontes temporales cada vez

más cortos, resulta más difícil preservar los intervalos de silencio y concentración que requiere el pensamiento.

Quizás sea en este punto donde la dependencia temporal se convierte en una experiencia vivida. No se presenta simplemente como un concepto teórico o un indicador institucional, sino que se manifiesta en la organización concreta de la vida cotidiana en las universidades. El profesor universitario necesita producir conocimiento, pero debe hacerlo en un entorno donde el tiempo se fragmenta en múltiples demandas simultáneas. El trabajo intelectual continúa existiendo, pero comienza a desarrollarse dentro de una temporalidad más limitada.

Al observar la historia de las instituciones modernas, se hace evidente que una de sus funciones más profundas es la de estabilizar el tiempo social. Los Estados organizan políticas públicas capaces de trascender a los gobiernos, los sistemas educativos moldean a las generaciones sucesivas y las universidades preservan tradiciones intelectuales que a menudo se extienden durante décadas. Estas instituciones no se limitan a gestionar recursos o políticas; gestionan periodos históricos. A través de ellas, las sociedades pueden transformar las decisiones presentes en procesos históricos relativamente continuos.

En las sociedades dependientes, sin embargo, esta capacidad de estabilización temporal se topa con límites estructurales. Las inestabilidades económicas recurrentes, los frecuentes cambios de orientación política y la vulnerabilidad a las fluctuaciones del capital global dificultan el mantenimiento de trayectorias institucionales prolongadas. Los planes nacionales se interrumpen antes de consolidarse, las reformas administrativas se suceden rápidamente y las políticas públicas deben adaptarse continuamente a las nuevas condiciones económicas. El resultado no es simplemente inestabilidad administrativa, sino una reorganización de la propia duración de las instituciones.

Cuando el tiempo institucional se fragmenta, la capacidad de las sociedades para proyectar su propio futuro también se vuelve más frágil. Las decisiones estratégicas comienzan a responder a horizontes

temporales más cortos, y los proyectos colectivos tienen dificultades para consolidarse. La dependencia se manifiesta entonces no solo en la distribución desigual de recursos o tecnologías, sino también en la desigualdad entre las sociedades en su capacidad para organizar el tiempo histórico de sus propias instituciones.

La comprensión del tiempo institucional se hace particularmente visible al observar el funcionamiento del Estado en sociedades dependientes. Durante gran parte del siglo XX, muchos países latinoamericanos buscaron organizar políticas públicas orientadas hacia horizontes históricos relativamente amplios. Los proyectos de industrialización, los sistemas educativos nacionales y los programas de investigación científica se concibieron como iniciativas diseñadas para producir efectos a lo largo de décadas. Estas políticas presuponían la existencia de instituciones capaces de preservar la continuidad administrativa y la estabilidad temporal suficiente para que sus resultados maduraran. En este sentido, el Estado funcionó como una estructura responsable de organizar el tiempo colectivo de la sociedad.

Sin embargo, en las últimas décadas, esta capacidad para organizar periodos institucionales más largos se ha vuelto cada vez más difícil de mantener. La creciente integración de las economías latinoamericanas en los flujos financieros globales ha generado nuevas presiones sobre las decisiones públicas. Los gobiernos han comenzado a responder continuamente a las fluctuaciones de los mercados internacionales, las variaciones en los flujos de capital y los cambios en las expectativas económicas mundiales. Las políticas públicas deben adaptarse rápidamente a escenarios que cambian en intervalos cada vez más cortos. En estas condiciones, el marco temporal institucional del Estado está comenzando a reorganizarse en ciclos más cortos.

Esta reorganización temporal también altera la forma en que se conciben las decisiones estratégicas. Los programas públicos se evalúan a intervalos más cortos, las reformas administrativas se producen con mayor frecuencia y las iniciativas institucionales encuentran dificultades para consolidarse a lo largo de periodos prolongados. El problema no reside únicamente en la inestabilidad política o la escasez de recursos.

Lo que se está transformando es la propia estructura temporal de la acción pública. El Estado sigue siendo responsable de organizar las políticas colectivas, pero debe hacerlo dentro de un contexto histórico donde el tiempo disponible para la planificación a largo plazo es cada vez más limitado.

Cuando esta comprensión temporal se generaliza, sus efectos también alcanzan a las instituciones responsables de la producción de conocimiento. Las universidades y los sistemas científicos dependen profundamente de largos periodos históricos. La formación de investigadores requiere años de estudio, los programas científicos a menudo abarcan generaciones y las tradiciones intelectuales se desarrollan lentamente a través de debates acumulados. La universidad constituye una institución cuya propia naturaleza está ligada a la preservación de un tiempo relativamente largo para el pensamiento.

En las sociedades dependientes, sin embargo, esta longevidad institucional se enfrenta a crecientes obstáculos. Las políticas científicas se vuelven más inestables, los programas de financiación sufren interrupciones frecuentes y las instituciones académicas deben adaptarse continuamente a los cambios en las prioridades gubernamentales. La universidad sigue existiendo y generando conocimiento, pero lo hace dentro de un entorno institucional más fragmentado. El tiempo necesario para consolidar proyectos científicos a largo plazo se vuelve más difícil de preservar.

Es en este contexto donde la experiencia cotidiana del profesor universitario revela con particular claridad los efectos de la dependencia temporal. El profesor participa simultáneamente en dos procesos distintos. Por un lado, se integra en comunidades científicas que buscan desarrollar investigaciones prolongadas y acumular conocimiento a lo largo del tiempo. Por otro lado, necesita adaptar su trabajo a instituciones que operan con ciclos administrativos cada vez más cortos. El resultado es una tensión constante entre el tiempo del pensamiento y el tiempo de las instituciones.

Esta tensión no se manifiesta únicamente como una dificultad organizativa, sino que también transforma la experiencia del trabajo

intelectual en el día a día de la universidad. Los profesores deben dividir su atención entre múltiples actividades simultáneas: docencia, supervisión de estudiantes, desarrollo de proyectos de investigación, redacción de artículos, participación en reuniones administrativas y elaboración de informes institucionales. Cada una de estas tareas es esencial para el funcionamiento de la universidad. Sin embargo, cuando todas se realizan en plazos muy ajustados, resulta más difícil preservar los momentos de silencio y continuidad que requiere el pensamiento.

Quizás sea en este punto donde la dependencia temporal se convierte en una experiencia concreta. No se manifiesta únicamente en indicadores económicos o análisis institucionales, sino también en la organización del tiempo dedicado a la vida intelectual dentro de las universidades. El profesor continúa produciendo conocimiento, pero debe hacerlo en un entorno institucional donde el tiempo disponible para la reflexión se fragmenta constantemente. El intelecto social sigue existiendo, pero comienza a desarrollarse en marcos temporales más reducidos.

Las instituciones constituyen una de las formas históricas más importantes en que las sociedades organizan el tiempo. Las universidades, los sistemas científicos, las políticas públicas, los sistemas educativos y las estructuras administrativas son mecanismos que permiten a las comunidades estabilizar las expectativas y proyectar el futuro. En las sociedades donde estas instituciones tienen una duración histórica relativamente larga, el tiempo social tiende a adquirir mayor densidad. Los proyectos colectivos pueden madurar, las políticas públicas pueden trascender los distintos gobiernos y las comunidades científicas pueden desarrollar programas de investigación que se extienden durante décadas.

Esta estabilidad institucional no es un detalle secundario. Constituye una de las condiciones fundamentales para la formación de lo que podemos denominar intelecto social. El pensamiento colectivo de una sociedad no surge espontáneamente. Depende de estructuras que preservan la memoria, acumulan experiencias y organizan procesos para la transmisión del conocimiento entre generaciones. En este

sentido, las bibliotecas, las universidades, los centros de investigación y los sistemas educativos son dispositivos de duración histórica.

Cuando estas estructuras logran operar a lo largo del tiempo, el conocimiento deja de ser simplemente la suma de contribuciones individuales y se convierte en una forma colectiva de inteligencia histórica. El intelecto social surge precisamente de este proceso de sedimentación temporal.

En las sociedades periféricas, sin embargo, este proceso rara vez se completa. La formación histórica de las instituciones latinoamericanas se ha caracterizado con frecuencia por interrupciones, discontinuidades y ciclos de reorganización abrupta. Las sucesivas reformas institucionales, los cambios abruptos en las políticas públicas, las crisis fiscales recurrentes y la inestabilidad económica han generado un entorno en el que las instituciones rara vez logran desarrollarse a largo plazo.

Durante mucho tiempo, este fenómeno se interpretó principalmente como resultado de limitaciones económicas o administrativas. La fragilidad institucional se presentaba como consecuencia de restricciones presupuestarias, déficits de planificación o dificultades administrativas propias de los estados en desarrollo. Sin embargo, al observar este proceso desde la perspectiva que ofrece la episteme de la teoría de la modernidad dependiente, se hace posible percibir que hay algo más profundo en juego.

La fragilidad institucional no es meramente un problema administrativo. Refleja una transformación más amplia en la organización del tiempo histórico dentro del capitalismo contemporáneo. La expansión del capital ficticio ha introducido una modificación decisiva en la relación entre el presente y el futuro. Los mercados financieros operan anticipando las expectativas de rentabilidad y reorganizando las decisiones económicas con base en proyecciones que a menudo se extienden mucho más allá de la producción material inmediata. Este mecanismo genera una presión constante para la rápida reorganización de las estructuras económicas e institucionales.

El futuro se anticipa constantemente. Esta anticipación permanente produce una consecuencia paradójica: mientras el sistema económico proyecta continuamente expectativas futuras, reduce el tiempo disponible para la consolidación de las instituciones. Las políticas públicas se conciben en ciclos cada vez más cortos. Los programas institucionales se evalúan incluso antes de que tengan tiempo de madurar. Las reformas administrativas se suceden con creciente rapidez. Las universidades reorganizan sus sistemas de evaluación a intervalos cada vez más cortos.

El tiempo institucional se está acortando.

Esta compresión temporal no solo se manifiesta en el ámbito de las políticas públicas, sino también en la vida cotidiana de las instituciones y en la de quienes trabajan en ellas. En la universidad contemporánea, por ejemplo, los ciclos de evaluación son cada vez más frecuentes. Los sistemas de financiación científica han comenzado a funcionar mediante convocatorias de propuestas a corto plazo. Los indicadores cuantitativos de productividad desempeñan un papel fundamental en la evaluación del trabajo intelectual.

La producción de conocimiento se organiza entonces según métricas que priorizan los resultados inmediatos. Las publicaciones rápidas, los informes frecuentes y los ciclos de financiación cortos se convierten en criterios dominantes para la evaluación académica. El trabajo intelectual, que tradicionalmente requería largos periodos de maduración, ahora se ve sometido a ritmos cada vez más acelerados.

Esta reorganización altera profundamente la experiencia temporal del trabajo intelectual. Los investigadores ahora dividen su tiempo entre múltiples tareas simultáneas: desarrollar proyectos, gestionar la financiación, producir artículos a un ritmo acelerado, participar en evaluaciones institucionales y organizar informes administrativos.

El tiempo necesario para la reflexión profunda es cada vez más escaso. En este contexto, la dependencia contemporánea también comienza a manifestarse como dependencia temporal. Las instituciones periféricas empiezan a operar dentro de ritmos definidos por centros

globales de producción científica, sistemas de evaluación internacionales y circuitos editoriales organizados a escala mundial.

Por lo tanto, la universidad latinoamericana está sometida a una doble presión.

Por un lado, debe responder a las demandas sociales internas de formación, investigación y producción de conocimiento. Por otro lado, debe adaptarse continuamente a los criterios internacionales que regulan la circulación global de la ciencia. Esta tensión reorganiza profundamente el trabajo intelectual.

El tiempo necesario para la reflexión tiende a ser reemplazado por el tiempo necesario para cumplir con las exigencias del sistema de evaluación. El resultado es una transformación silenciosa en la esencia misma de la vida académica. La compresión del tiempo institucional genera una nueva experiencia subjetiva entre profesores e investigadores: una constante sensación de urgencia.

Los proyectos deben presentarse con rapidez. Los artículos deben publicarse con intervalos cada vez más cortos. Las evaluaciones institucionales requieren informes constantes. La vida intelectual se organiza según calendarios administrativos que rara vez coinciden con el ritmo de la elaboración teórica. La dependencia temporal se convierte entonces en una experiencia concreta.

Esto se manifiesta no solo en la estructura de las instituciones, sino también en la vida cotidiana de quienes generan conocimiento. Cuando el tiempo institucional se acorta, las consecuencias trascienden el ámbito administrativo de las organizaciones. La reorganización de los ciclos institucionales altera la propia manera en que se desarrolla la vida colectiva. Los programas públicos se acortan, los proyectos científicos deben someterse a evaluaciones cada vez más frecuentes y las decisiones administrativas se toman en plazos más reducidos.

Esta transformación modifica el papel que desempeñan las instituciones en la vida social. Durante mucho tiempo, instituciones como las universidades, los sistemas educativos y las estructuras administrativas funcionaron como mecanismos para estabilizar el tiempo histórico. Permitieron a las sociedades acumular experiencias,

preservar la memoria y desarrollar proyectos colectivos durante periodos relativamente largos.

Cuando esta estabilidad temporal se debilita, también lo hacen las condiciones en las que estas instituciones pueden desempeñar sus funciones. Las reformas se vuelven permanentes, las evaluaciones se multiplican y los procesos que requerirían continuidad comienzan a desarrollarse en ciclos cada vez más cortos.

En este contexto, la dependencia contemporánea revela uno de sus aspectos más profundos. La desigualdad entre sociedades no se manifiesta únicamente en el plano económico o tecnológico, sino también en la capacidad desigual para preservar instituciones que operan en marcos temporales históricos relativamente largos.

La dependencia se manifiesta entonces como control sobre el tiempo institucional. Las sociedades periféricas se vuelven más vulnerables a las fluctuaciones de un sistema económico global que reorganiza constantemente las expectativas sobre el futuro. Como resultado, a sus instituciones les resulta más difícil sostener proyectos a largo plazo.

Sin embargo, esta transformación no se limita a las estructuras institucionales. A medida que se aceleran los ritmos institucionales, también lo hace la experiencia cotidiana de quienes trabajan dentro de estas instituciones.

La compresión del tiempo institucional se transforma gradualmente en una experiencia subjetiva. Profesores, investigadores y trabajadores del conocimiento comienzan a vivir bajo una constante sensación de urgencia: plazos ajustados, evaluaciones frecuentes, producción intelectual acelerada y múltiples tareas simultáneas. El tiempo necesario para la reflexión prolongada se vuelve más escaso, mientras que la vida intelectual empieza a responder a ritmos cada vez más intensos.

Cuando esto sucede, la mutación del tiempo histórico deja de ser una mera transformación estructural del capitalismo. Comienza también a reorganizar la manera en que los individuos experimentan su vida cotidiana. Comprender esta dimensión subjetiva de la

transformación del tiempo constituye el problema del siguiente capítulo.

CAPÍTULO 5

La subjetividad en la teoría de la modernidad dependiente

Las transformaciones en el régimen temporal de las instituciones no se limitan al nivel de las estructuras sociales. A medida que los ritmos institucionales se aceleran y los horizontes temporales se acortan, la experiencia cotidiana de quienes viven y trabajan dentro de estas instituciones también cambia. El tiempo social no es simplemente una dimensión abstracta de la organización económica o administrativa; estructura igualmente la manera en que los individuos viven sus propias vidas.

Durante gran parte de la historia moderna, la vida intelectual se desarrolló a un ritmo relativamente lento. La formación académica, la elaboración teórica y la producción científica presuponían largos periodos de investigación, reflexión y maduración de las ideas. La construcción del conocimiento se concebía a menudo como un proceso acumulativo en el que cada generación podía profundizar en el trabajo realizado por las anteriores.

Sin embargo, la reorganización temporal de las instituciones en las últimas décadas ha comenzado a alterar profundamente esta experiencia.

La aceleración de la vida intelectual

La reorganización temporal de las instituciones académicas ha producido una alteración notable en la experiencia cotidiana de la vida intelectual. El trabajo que antes se desarrollaba a intervalos relativamente largos ahora se caracteriza por plazos de entrega sucesivos, evaluaciones frecuentes y múltiples exigencias simultáneas. La agenda de profesores e investigadores se fragmenta en una secuencia continua de tareas que rara vez permiten periodos prolongados de concentración.

Este proceso no se produce de forma abrupta. Se desarrolla gradualmente a través de reformas institucionales, nuevos sistemas de evaluación y la multiplicación de los requisitos administrativos. Cada cambio aislado parece pequeño, pero, sumados con el tiempo, estas transformaciones producen una profunda reorganización de la vida académica.

La consecuencia más visible de esta transformación es la constante sensación de urgencia. La aceleración institucional también produce una creciente fragmentación de la experiencia temporal. El trabajo intelectual deja de desarrollarse en periodos relativamente continuos y comienza a organizarse en intervalos cada vez más cortos, interrumpidos por tareas administrativas, reuniones y plazos de entrega sucesivos.

Esta fragmentación altera la propia manera de pensar. La elaboración teórica suele requerir largos periodos de lectura, silencio y reflexión. Sin embargo, cuando el tiempo se divide en múltiples fragmentos, resulta más difícil mantener procesos prolongados de concentración intelectual. El resultado no es necesariamente la desaparición de la reflexión crítica, sino la transformación de sus condiciones de posibilidad.

Ansiedad y tiempo histórico

Cuando la comprensión del tiempo se integra en la vida cotidiana de las instituciones, también comienza a manifestarse como una experiencia emocional. La constante sensación de urgencia genera tensiones y ansiedad específicas entre quienes trabajan dentro de estas estructuras.

La ansiedad en este contexto no se manifiesta simplemente como un fenómeno psicológico individual. Expresa una relación histórica particular entre el sujeto y el tiempo. Cuando los horizontes institucionales se reducen y las exigencias de productividad se multiplican, el individuo comienza a experimentar el tiempo como algo que escapa continuamente a su control.

En este sentido, la ansiedad contemporánea puede interpretarse como un síntoma de la reorganización histórica del tiempo en las sociedades dentro de la teoría de la modernidad dependiente.

Cuando la experiencia subjetiva del tiempo se transforma de esta manera, revela algo importante sobre el funcionamiento general de la teoría de la modernidad dependiente. La aceleración institucional no representa simplemente un cambio administrativo u organizativo, sino una transformación más profunda en la forma en que el tiempo estructura la vida social. Sin embargo, los cambios en el régimen temporal de las sociedades no solo afectan a las instituciones tradicionales. En los últimos años, las nuevas tecnologías han adquirido un papel cada vez más importante en la reorganización de la producción y circulación del conocimiento. Entre estas transformaciones, destaca la aparición de la inteligencia artificial como una nueva mediación técnica en el trabajo intelectual. Este es el tema central del siguiente capítulo.

Las transformaciones en el régimen temporal de las instituciones no se limitan al nivel de las estructuras sociales. A medida que los ritmos institucionales se aceleran y los horizontes temporales se acortan, también lo hace la experiencia cotidiana de quienes viven y trabajan dentro de estas instituciones. El tiempo social no es simplemente una dimensión abstracta de la organización económica o administrativa; estructura igualmente la manera en que los individuos viven sus propias vidas.

Sin embargo, la reorganización temporal de las instituciones en las últimas décadas ha comenzado a alterar profundamente esta experiencia. Los sistemas de evaluación más frecuentes, los ciclos de financiación más cortos y la multiplicación de los requisitos administrativos han reorganizado la rutina diaria de la vida académica. Profesores e investigadores han comenzado a dividir su tiempo entre múltiples tareas simultáneas, a menudo con plazos cada vez más ajustados.

Esta transformación no solo altera la organización del trabajo, sino que también modifica la percepción subjetiva del tiempo. Una

sensación de urgencia permanente se integra en la vida cotidiana. Los proyectos deben completarse rápidamente, los informes deben entregarse con intervalos cada vez más cortos y la producción intelectual comienza a responder a plazos institucionales más exigentes.

Cuando este proceso se generaliza, la aceleración institucional se transforma gradualmente en una nueva forma de experiencia subjetiva. La vida intelectual comienza a desarrollarse bajo la constante sensación de insuficiencia temporal. El tiempo siempre parece más corto de lo necesario para completar las tareas requeridas. En este contexto, la mutación del tiempo histórico deja de ser simplemente una transformación estructural del capitalismo contemporáneo. Comienza también a reorganizar la manera en que los individuos experimentan su propia existencia dentro de las instituciones. La transformación de la experiencia subjetiva del tiempo se manifiesta de diversas formas. En muchos contextos académicos, profesores e investigadores coexisten con horarios fragmentados, en los que diferentes actividades compiten continuamente por el mismo intervalo de tiempo. La docencia, la supervisión de estudiantes, el desarrollo de proyectos, la producción de artículos, la participación en comités y las tareas administrativas se convierten en parte de una rutina que rara vez permite períodos prolongados de concentración intelectual.

Esta fragmentación altera la naturaleza misma del trabajo intelectual. La reflexión teórica suele requerir largos periodos de lectura, elaboración conceptual y maduración de ideas. Sin embargo, cuando el tiempo disponible para estas actividades escasea, el pensamiento tiende a adaptarse a los ritmos institucionales dominantes.

En este escenario, la producción de conocimiento puede empezar a responder más a las exigencias de la evaluación que a las necesidades internas de la investigación científica. Las publicaciones se vuelven más frecuentes, pero no siempre corresponden a procesos de reflexión prolongados. La lógica de la productividad comienza a organizar una parte cada vez mayor de la vida intelectual.

Esta reorganización temporal no implica la desaparición del pensamiento crítico. Al contrario, continúa emergiendo en distintos

ámbitos de la vida académica. Sin embargo, sus condiciones de posibilidad se vuelven más frágiles a medida que el tiempo necesario para la elaboración teórica prolongada se vuelve cada vez más escaso. Así, la compresión del tiempo institucional también produce una transformación en la subjetividad de quienes trabajan en instituciones del conocimiento. La experiencia cotidiana del trabajo intelectual se ve marcada por tensiones constantes entre la necesidad de una reflexión prolongada y las exigencias inmediatas de la vida institucional.

Cuando la experiencia subjetiva del tiempo se transforma de esta manera, revela algo importante sobre el funcionamiento general de la teoría de la modernidad dependiente. La aceleración institucional no representa simplemente un cambio administrativo u organizativo, sino que expresa una transformación más profunda en la forma en que el tiempo estructura la vida social.

La dependencia contemporánea se manifiesta, por lo tanto, en múltiples niveles. Aparece en las estructuras económicas, en las instituciones y también en la experiencia cotidiana de quienes viven y trabajan dentro de ellas. El control del tiempo histórico se convierte en un elemento central de esta transformación.

Sin embargo, los cambios en el régimen temporal de las sociedades no solo afectan a las instituciones tradicionales. En los últimos años, las nuevas tecnologías han adquirido un papel cada vez más importante en la reorganización de la producción y circulación del conocimiento.

Entre estas transformaciones, destaca el surgimiento de la inteligencia artificial como una nueva mediación técnica en el trabajo intelectual. Los sistemas capaces de procesar grandes volúmenes de información y producir lenguaje a alta velocidad están empezando a modificar la forma en que se produce, organiza y difunde el conocimiento.

Comprender el papel de esta nueva mediación tecnológica resulta esencial para interpretar las transformaciones contemporáneas del intelecto social. Esta es la pregunta que guía el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 6

La inteligencia artificial y la era del intelecto social

En las primeras horas de la mañana, cuando el día aún amanece, el tiempo parece transcurrir lentamente. Abrimos los ojos, todavía deslumbrados por la luz que entra por la ventana, y permanecemos unos instantes entre el sueño y la vigilia. Nuestros pensamientos despiertan poco a poco. Antes de comenzar las tareas, imaginamos el día que nos espera. En este primer momento, el tiempo parece vasto y silencioso, como si cada hora pudiera desarrollarse por completo.

Sin embargo, a medida que avanza el día, esta lentitud inicial comienza a transformarse. Las actividades se multiplican, llegan mensajes, las citas se suceden y las horas se organizan según agendas cada vez más apretadas. Lo que parecía inmenso por la mañana comienza a estrecharse gradualmente. El tiempo se acelera.

Esta pequeña experiencia cotidiana ofrece una imagen sencilla de un proceso más amplio que atraviesa las sociedades contemporáneas. En las últimas décadas, las condiciones históricas de la producción de conocimiento han comenzado a cambiar profundamente. Durante gran parte de la modernidad, el pensamiento intelectual se desarrolló a un ritmo relativamente lento. Las universidades, las bibliotecas y las comunidades científicas funcionaban como instituciones capaces de preservar el tiempo necesario para la investigación, la reflexión teórica y la maduración de las ideas.

Esta duración institucional constituyó una de las bases históricas de lo que puede denominarse intelecto social: la capacidad colectiva de una sociedad para reflexionar sobre sí misma. Sin embargo, la reciente reorganización del capitalismo y las tecnologías digitales están empezando a alterar algunas de estas condiciones. La aparición de sistemas de inteligencia artificial capaces de procesar grandes volúmenes de información en intervalos extremadamente cortos modifica el entorno temporal en el que se produce y organiza el conocimiento.

Por primera vez en la historia, ciertas operaciones asociadas al trabajo intelectual —la recuperación de información, la organización de textos, el reconocimiento de patrones y la producción preliminar del lenguaje— pueden realizarse a velocidades muy superiores al ritmo tradicional de la investigación humana. Esta transformación no elimina el pensamiento humano, pero sí altera la escala temporal del intelecto social.

La producción de conocimiento nunca ha sido un proceso puramente individual. Desde el surgimiento de las primeras universidades modernas, el pensamiento se ha desarrollado dentro de instituciones que permitieron la acumulación progresiva de investigaciones, debates y tradiciones intelectuales. Las bibliotecas conservaron textos, las universidades organizaron la transmisión del conocimiento entre generaciones y las comunidades científicas establecieron métodos y lenguajes comunes.

Históricamente, estas instituciones han funcionado como estructuras de duración. Protegían el tiempo necesario para que el pensamiento madurara. La elaboración conceptual rara vez surge de inmediato. Requiere lectura prolongada, comparación de hipótesis, debate entre investigadores y la lenta formación de tradiciones teóricas.

Este proceso acumulativo constituye uno de los fundamentos históricos del intelecto social. Una sociedad se vuelve capaz de reflexionar sobre sí misma cuando posee instituciones capaces de preservar y transmitir el conocimiento a lo largo del tiempo. Por lo tanto, el intelecto social nace de la relación entre la indagación intelectual y la duración institucional.

Sin embargo, cuando cambian las condiciones temporales de estas instituciones, también cambian las condiciones bajo las cuales se produce el conocimiento.

La aceleración de las operaciones cognitivas

La introducción de los sistemas de inteligencia artificial modifica en parte este panorama. Por primera vez en la historia, ciertas

operaciones cognitivas asociadas al trabajo intelectual pueden ser realizadas por sistemas técnicos capaces de procesar grandes volúmenes de información en intervalos extremadamente cortos.

La investigación bibliográfica, la organización de datos, la identificación de patrones en grandes conjuntos de datos y la producción preliminar del lenguaje se llevan a cabo ahora a velocidades que superan con creces el ritmo tradicional de la investigación humana.

Esta transformación no elimina el pensamiento humano. Sin embargo, modifica el entorno temporal en el que se desarrolla. El trabajo intelectual comienza a tener lugar en un campo informativo más denso y dinámico. La circulación de textos se acelera, la disponibilidad de datos aumenta y el acceso al conocimiento se vuelve más inmediato. Esta aceleración de las operaciones cognitivas participa de la misma reorganización temporal que caracteriza la teoría de la modernidad dependiente.

La inteligencia artificial no surge en un vacío histórico. Aparece en un contexto marcado por la creciente compresión del tiempo institucional y la reorganización de las expectativas económicas y sociales. En las últimas décadas, el capitalismo contemporáneo ha operado cada vez más mediante mecanismos que anticipan el futuro: los mercados financieros, los sistemas de crédito y las redes de información globales reorganizan continuamente las decisiones presentes en función de las expectativas futuras. Este proceso altera el régimen temporal de las sociedades.

Las instituciones comienzan a operar en ciclos más cortos, las decisiones políticas responden a horizontes más inmediatos y la producción de conocimiento comienza a desarrollarse en entornos con mayor intensidad informativa.

En este contexto, la inteligencia artificial se integra en el mismo régimen temporal. Al acelerar ciertas operaciones cognitivas, estas tecnologías participan en la reorganización de las condiciones históricas de la producción de conocimiento.

Dependencia cognitiva

En las sociedades periféricas, esta transformación tecnológica adquiere una dimensión adicional. La infraestructura digital necesaria para el desarrollo de sistemas avanzados de inteligencia artificial sigue concentrada en gran medida en los países centrales del sistema económico mundial.

Los centros de datos, las plataformas de procesamiento de información y los grandes sistemas de inteligencia artificial se desarrollan principalmente dentro de contextos tecnológicos específicos. En consecuencia, muchas sociedades generan conocimiento en entornos informacionales organizados por infraestructuras tecnológicas externas.

En este escenario, la reorganización del intelecto social puede reproducir nuevas formas de dependencia. La dependencia contemporánea se manifiesta entonces también en el plano cognitivo. El tiempo de producción del conocimiento se organiza parcialmente mediante tecnologías cuya lógica de desarrollo se sitúa fuera de las sociedades que las utilizan. De este modo, la dependencia ya no se limita al ámbito económico o productivo, sino que también alcanza la temporalidad del conocimiento.

La inteligencia artificial y la reorganización del trabajo intelectual.

La introducción de sistemas de inteligencia artificial también está empezando a modificar la forma en que se organiza el trabajo intelectual en las instituciones del conocimiento. Durante gran parte de la historia moderna, la investigación científica se desarrolló mediante prácticas relativamente estables: lectura extensa, producción gradual de textos, debate entre pares y la construcción progresiva de argumentos teóricos.

Estas prácticas dependían de un ritmo de trabajo específico. El investigador debía examinar extensas bibliografías, recopilar

documentos, comparar interpretaciones y desarrollar gradualmente el marco conceptual de su propio pensamiento. El tiempo requerido para la investigación estaba estrechamente ligado al esfuerzo humano necesario para recopilar y organizar el conocimiento disponible.

Con la introducción de sistemas capaces de localizar información rápidamente, organizar referencias y ayudar a estructurar textos, algunas de estas tareas ahora se pueden realizar en intervalos mucho más cortos.

Este cambio no sustituye el trabajo intelectual humano, sino que modifica el entorno en el que se desarrolla. Los investigadores comienzan a trabajar en un entorno informativo donde el acceso a datos y textos es mucho más rápido. El resultado es una reorganización gradual de las prácticas cotidianas de producción de conocimiento. El trabajo intelectual sigue requiriendo reflexión, interpretación y elaboración conceptual. Sin embargo, muchas de las operaciones preparatorias que antes ocupaban gran parte del tiempo de investigación ahora se realizan con mayor rapidez.

Compresión temporal del conocimiento

Esta reorganización técnica forma parte de un fenómeno más amplio: la compresión del tiempo del conocimiento. A medida que el acceso a la información se acelera y la circulación de textos se intensifica, el ritmo mismo de la producción intelectual tiende a cambiar. Las ideas circulan con mayor rapidez, los debates académicos se desarrollan en intervalos más cortos y surgen continuamente nuevas investigaciones en diferentes partes del mundo. El campo del conocimiento se vuelve más dinámico, pero también más inestable.

Esta aceleración no implica necesariamente una mayor profundidad intelectual. Al contrario, puede generar una tensión entre la velocidad de la información y la reflexión conceptual.

El desarrollo teórico sigue requiriendo tiempo. Los conceptos complejos no surgen de forma instantánea. Dependen de la maduración intelectual, el diálogo crítico y la experiencia acumulada a

lo largo de años de investigación. Cuando el entorno informativo se acelera excesivamente, esta tensión se hace más evidente.

El intelecto social comienza entonces a desarrollarse dentro de un campo temporal marcado por dos fuerzas distintas: por un lado, la aceleración técnica de las operaciones cognitivas; por otro, la persistente necesidad de duración en la elaboración del pensamiento. En este punto, la experiencia del tiempo vuelve a cambiar. Curiosamente, lo que permanece en la memoria no son solo los acontecimientos que llenaron las horas. Lo que regresa con mayor intensidad son las sensaciones que acompañaron a esos acontecimientos: la presión de ciertos momentos, la tranquilidad de ciertos intervalos, la inquietud producida por los plazos y las expectativas.

El día no se reduce a una mera sucesión de acontecimientos, sino que se convierte en una experiencia. Esta pequeña escena cotidiana nos permite comprender algo esencial sobre la transformación del tiempo en las sociedades contemporáneas. Durante el día, inmersos en el flujo constante de tareas, decisiones e información, el tiempo parece acelerarse continuamente. Sin embargo, cuando el ritmo se ralentiza y la experiencia se asienta en la memoria, el tiempo revela de nuevo su profundidad.

Algo similar ocurre con el intelecto social. La inteligencia artificial acelera ciertas operaciones cognitivas, reorganiza el acceso a la información y modifica el entorno en el que se produce el conocimiento. Sin embargo, esta aceleración técnica no elimina la necesidad de tiempo para la elaboración del pensamiento. El conocimiento sigue requiriendo tiempo para madurar, ser debatido y encontrar su forma conceptual. Entre la velocidad de las máquinas y la duración necesaria del pensamiento humano, surge una tensión característica de la teoría de la modernidad dependiente. Es dentro de esta tensión donde el intelecto social necesita reaprender a concebir el tiempo.

CAPÍTULO 7

Episteme de la teoría de la modernidad dependiente

El problema del tiempo histórico

Las sociedades rara vez perciben de inmediato las transformaciones que ocurren a lo largo de su propio período histórico. Durante largos períodos, las instituciones siguen funcionando, las prácticas intelectuales mantienen sus rutinas y el lenguaje permanece aparentemente estable. Sin embargo, bajo esta superficie de continuidad, pueden estar gestándose cambios profundos.

Algo similar ocurre con el tiempo. Durante gran parte de la modernidad, el tiempo histórico se entendía como un movimiento relativamente continuo de expansión de instituciones y capacidades sociales. Las universidades se consolidaron a lo largo de décadas, las políticas públicas se diseñaron para horizontes relativamente amplios y las tradiciones intelectuales maduraron lentamente dentro de las comunidades científicas.

Esta experiencia temporal sustentó una parte significativa del pensamiento social moderno. Sin embargo, en las últimas décadas, esta configuración ha comenzado a cambiar. Las instituciones han empezado a operar en ciclos más cortos, las expectativas económicas se han vuelto más inestables y el horizonte temporal para las decisiones colectivas se ha acortado notablemente.

La transformación no se limita a un sector específico de la vida social. Impregna la economía, la política, la cultura e incluso la producción de conocimiento. En este contexto, el tiempo deja de ser simplemente el telón de fondo neutral de la vida social y comienza a revelarse como una dimensión central de las transformaciones históricas mismas.

De la dependencia económica a la dependencia temporal. Durante gran parte del siglo XX, la teoría de la dependencia marxista demostró que las economías latinoamericanas participaban en el

capitalismo global en condiciones de subordinación estructural. Autores como Ruy Mauro Marini (2000), Vânia Bambirra (1978) y Theotonio dos Santos (2000) demostraron que esta subordinación no se explicaba únicamente por un atraso histórico, sino por una forma específica de inserción en el sistema global.

La transferencia de valor, la superexplotación del trabajo y la especialización productiva constituyeron mecanismos centrales de esta relación desigual. Esta interpretación permitió una comprensión muy precisa de la lógica económica de la dependencia.

Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo sugieren que esta interpretación debe ampliarse. La expansión del capital financiero, la creciente importancia de las expectativas económicas y la reorganización de las decisiones presentes en función de las proyecciones futuras introducen una nueva dimensión en el funcionamiento del sistema.

La dependencia deja entonces de manifestarse únicamente a través de la transferencia de valor entre las economías centrales y periféricas. Comienza también a hacerse patente en la forma en que se organiza el tiempo histórico de las instituciones.

En las sociedades periféricas, el horizonte temporal de las políticas públicas tiende a acortarse, los proyectos institucionales se vuelven más inestables y la continuidad de las iniciativas colectivas se dificulta. En este sentido, la dependencia contemporánea también puede entenderse como una forma de dependencia temporal. La transformación del tiempo histórico produce consecuencias directas para el funcionamiento del intelecto social. Las universidades, los centros de investigación y las comunidades científicas dependen de periodos relativamente largos para generar conocimiento. La investigación teórica rara vez se desarrolla en intervalos cortos. Requiere continuidad institucional, financiación estable y tiempo para formular, debatir y perfeccionar hipótesis.

Durante gran parte del siglo XX, muchas universidades latinoamericanas lograron desarrollar parcialmente este tipo de continuidad. Incluso en contextos marcados por la dependencia

económica y la inestabilidad política, las instituciones académicas consiguieron construir tradiciones intelectuales capaces de generar interpretaciones originales de la realidad social de la región. Fue en este entorno donde surgieron algunas de las reflexiones más importantes sobre la dependencia, el desarrollo y la desigualdad histórica.

Sin embargo, cuando el tiempo institucional comienza a acortarse, también lo hacen las condiciones en las que opera el intelecto social. Los proyectos a largo plazo se vuelven más difíciles de sostener, las políticas científicas se vuelven inestables y el horizonte temporal de la investigación tiende a fragmentarse.

La crisis de la duración institucional se convierte entonces también en una crisis de las condiciones históricas para la producción de conocimiento.

La epistemología de la teoría de la modernidad dependiente

Ante estas transformaciones, se hace necesario desarrollar una nueva perspectiva para la interpretación histórica. La epistemología de la teoría de la modernidad dependiente surge precisamente del intento de comprender cómo la reorganización del tiempo social modifica las condiciones bajo las cuales las sociedades producen conocimiento.

Esta epistemología surge del reconocimiento de que el tiempo no es simplemente el telón de fondo neutral de la historia. Participa activamente en la organización de las instituciones, la experiencia social y la producción del pensamiento.

Cuando se transforma el régimen temporal de las sociedades, también lo hacen las formas de conocimiento capaces de interpretar esas sociedades.

La episteme de la teoría de la modernidad dependiente busca comprender precisamente este proceso. Su objetivo es interpretar la compresión del tiempo institucional, la aceleración de las operaciones cognitivas y las nuevas formas de dependencia que emergen en este contexto histórico. Más que una teoría aislada, constituye un intento de

hacer inteligible la experiencia histórica de sociedades que viven bajo condiciones de duración cada vez más inestables.

El futuro del intelecto social

Las transformaciones analizadas a lo largo de este libro demuestran que el tiempo ha dejado de ser simplemente el telón de fondo silencioso en el que se desarrollan los acontecimientos históricos. Se ha convertido en una dimensión activa de las propias transformaciones sociales.

Cuando cambia el régimen temporal de una sociedad, también cambian las condiciones en las que funcionan las instituciones, se formulan las políticas públicas y se produce el conocimiento. En las sociedades dependientes, esta transformación adquiere una intensidad particular. La comprensión del tiempo institucional, la inestabilidad de los horizontes políticos y la reorganización de las expectativas económicas dificultan el sostenimiento de proyectos colectivos a largo plazo. Las instituciones que necesitan tiempo para madurar comienzan a operar en entornos marcados por urgencias permanentes.

En este contexto, el intelecto social se enfrenta a un desafío histórico. La producción de conocimiento sigue exigiendo tiempo, reflexión y debate crítico. Sin embargo, las condiciones institucionales y tecnológicas en las que se desarrolla este conocimiento se aceleran cada vez más.

La tensión entre velocidad y duración se convierte entonces en una característica central de la teoría de la modernidad dependiente. Comprender esta tensión es una de las tareas fundamentales del pensamiento contemporáneo. En sociedades marcadas por la dependencia histórica, esta tarea adquiere un significado aún más profundo. Pensar en el tiempo implica comprender las condiciones bajo las cuales las sociedades pueden imaginar su propio futuro.

La episteme surge, por lo tanto, como un intento de hacer inteligible esta nueva configuración histórica. No pretende ofrecer respuestas definitivas. Su objetivo es visibilizar una transformación que

a menudo permanece difusa en la experiencia cotidiana: la reorganización del tiempo histórico que atraviesa las instituciones, el conocimiento y la vida social en las sociedades contemporáneas. Comprender esta transformación puede ser uno de los primeros pasos para recuperar la capacidad de pensar sobre el futuro.

La inteligencia artificial y la transformación de la lectura.

Durante siglos, la lectura fue una de las prácticas centrales del trabajo intelectual. Bibliotecas, archivos y colecciones de libros organizaron el entorno material en el que investigadores y estudiantes entraban en contacto con el conocimiento acumulado por generaciones anteriores. La investigación científica dependía de procesos relativamente lentos: localizar textos, leer capítulos, comparar argumentos, tomar nota de los conceptos y construir gradualmente la propia interpretación.

Este proceso implicaba una temporalidad particular. La lectura profunda requiere concentración prolongada, atención sostenida y tiempo para asimilar ideas complejas. A lo largo de la modernidad, el desarrollo de las universidades ha estado íntimamente ligado a la preservación de este tipo de experiencia intelectual.

Sin embargo, la expansión de las tecnologías digitales y los sistemas de inteligencia artificial está empezando a modificar algunas de estas condiciones.

El acceso al conocimiento se vuelve más inmediato. Las herramientas de búsqueda permiten localizar rápidamente textos, conceptos y referencias en grandes bases de datos. Los sistemas de inteligencia artificial son capaces de organizar la información, resumir argumentos e indicar relaciones entre diferentes conjuntos de textos.

Estas tecnologías amplían las posibilidades de acceso al conocimiento, pero también transforman la forma en que leemos. La indagación intelectual deja de depender exclusivamente de recorridos lineales a través de libros y artículos y comienza a desarrollarse en

entornos informativos más fragmentados. El investigador puede acceder rápidamente a diferentes textos, comparar argumentos en intervalos más cortos y consultar múltiples fuentes de información.

Esta reorganización técnica modifica la temporalidad de la lectura.

Los largos periodos de lectura secuencial comienzan a coexistir con formas más rápidas de navegación de la información. La consulta de textos se vuelve más dinámica, pero también más fragmentada. En este sentido, la inteligencia artificial participa en una transformación más amplia del entorno cognitivo en el que opera el intelecto social.

La producción de conocimiento se desarrolla en un ámbito informativo cada vez más acelerado, en el que la lectura tradicional coexiste con nuevas formas de acceso y organización de la información.

La inteligencia artificial y la mutación del trabajo intelectual

La reorganización del entorno informativo producida por las tecnologías digitales afecta no solo a la lectura, sino que también modifica la estructura misma del trabajo intelectual. Durante gran parte de la modernidad, la investigación científica se desarrolló como una actividad estrechamente ligada a la experiencia individual del investigador. El trabajo consistía en consultar extensas bibliografías, recopilar documentos dispersos, comparar argumentos y construir gradualmente la propia interpretación de un problema determinado.

Este proceso implicaba una temporalidad específica. La producción de conocimiento dependía de largos periodos de dedicación concentrada, durante los cuales el investigador avanzaba lentamente a través de materiales que debían ser localizados, analizados e interpretados. Con la expansión de las tecnologías digitales y los sistemas de inteligencia artificial, algunas de estas tareas están empezando a cambiar. Localizar textos, organizar referencias e identificar conexiones entre diferentes conjuntos de información puede hacerse en intervalos mucho más cortos. El investigador ahora opera

en un entorno informativo donde grandes volúmenes de datos están disponibles permanentemente.

Esta transformación no elimina el trabajo intelectual humano. La elaboración conceptual, la interpretación crítica y la construcción de argumentos siguen dependiendo de la capacidad reflexiva de los investigadores. Sin embargo, el contexto en el que se desarrolla este trabajo cambia. La investigación ahora se lleva a cabo en un campo informativo más amplio y dinámico. El investigador interactúa constantemente con bases de datos, plataformas digitales y herramientas analíticas que amplían el acceso al conocimiento acumulado.

Esta reorganización técnica también altera la experiencia del tiempo en el trabajo intelectual. Las operaciones que antes requerían largos periodos de búsqueda y organización ahora se realizan con rapidez, mientras que otras dimensiones de la investigación —como la reflexión teórica— siguen dependiendo de duraciones prolongadas. El resultado es una creciente tensión entre la velocidad técnica de las herramientas digitales y la temporalidad más lenta necesaria para la elaboración del pensamiento. Esta tensión se convierte en una de las características centrales de la producción de conocimiento en la teoría de la modernidad dependiente. La transformación del entorno informacional no solo altera la lectura y la organización del trabajo intelectual, sino que también comienza a modificar la práctica misma de la escritura. Durante siglos, la escritura fue una actividad inseparable del ritmo individual del pensamiento. El autor desarrollaba sus argumentos lentamente, revisaba párrafos, reorganizaba ideas y avanzaba gradualmente en la construcción de un texto.

Este proceso implicaba una temporalidad particular. Escribir requería pausas, revisiones y reinterpretaciones. A menudo, un argumento debía formularse varias veces antes de encontrar su forma definitiva.

La introducción de sistemas de inteligencia artificial capaces de asistir en la producción del lenguaje modifica parcialmente este panorama. Las herramientas digitales pueden sugerir estructuras

textuales, organizar la información y ayudar en la elaboración preliminar de ideas. El proceso de escritura comienza entonces a desarrollarse en un entorno técnico que ofrece diferentes formas de apoyo para la elaboración del texto.

Sin embargo, esta transformación no elimina el papel del autor. La elaboración de argumentos, la organización conceptual de un texto y la definición de su orientación interpretativa siguen dependiendo de la capacidad reflexiva del escritor. Lo que cambia es el entorno en el que se desarrolla la escritura.

La producción de textos comienza a desarrollarse en constante diálogo con herramientas técnicas capaces de acelerar ciertas operaciones lingüísticas. Esta aceleración introduce una nueva dimensión temporal en la escritura.

Si bien ciertas tareas de organización textual se vuelven más rápidas, el trabajo de reflexión conceptual sigue requiriendo mayor tiempo. Al igual que en la lectura y la investigación científica, la escritura se desarrolla en una tensión constante entre la velocidad técnica y la elaboración intelectual.

Esta tensión se convierte en uno de los rasgos distintivos del trabajo intelectual en la teoría de la modernidad dependiente. Las transformaciones tecnológicas que reorganizan la lectura, el trabajo intelectual y la escritura también modifican la temporalidad del conocimiento mismo. Durante gran parte de la modernidad, la producción científica se desarrolló dentro de ritmos relativamente estables. Surgieron nuevas teorías gradualmente, los debates intelectuales maduraron a lo largo de décadas y las tradiciones científicas se consolidaron a través de sucesivas generaciones de investigadores.

Este proceso acumulativo generó una forma específica de temporalidad intelectual. El conocimiento avanzaba lentamente, basándose en la continuidad de las instituciones y la transmisión progresiva de conceptos y métodos. Sin embargo, el entorno informativo contemporáneo está empezando a alterar parte de esta dinámica. La circulación de textos se acelera, los nuevos resultados de

investigación se difunden de inmediato a través de redes digitales y los debates académicos se desarrollan con mucha mayor frecuencia. El campo del conocimiento se vuelve más dinámico, pero también más inestable.

En este contexto, la inteligencia artificial desempeña un papel fundamental en la reorganización de esta temporalidad. Los sistemas capaces de procesar grandes volúmenes de datos pueden identificar relaciones entre información dispersa, ayudar a organizar materiales de investigación y acelerar ciertas operaciones cognitivas. El conocimiento comienza entonces a desarrollarse en un entorno informativo más dinámico, donde se pueden movilizar rápidamente diferentes elementos. Esta aceleración genera una nueva tensión.

Por un lado, el acceso al conocimiento se vuelve más amplio e inmediato. Los investigadores pueden explorar grandes conjuntos de información y comparar diferentes interpretaciones con mayor rapidez. Por otro lado, la elaboración conceptual en profundidad sigue dependiendo del tiempo.

Las ideas complejas no surgen de forma instantánea. Requieren maduración intelectual, diálogo crítico y continuidad institucional. Así, el conocimiento contemporáneo se desarrolla dentro de un marco temporal marcado por dos fuerzas distintas: la aceleración técnica de las operaciones cognitivas y la necesidad constante de tiempo para la reflexión teórica. Esta tensión entre velocidad y duración se convierte en una característica central de la producción intelectual en la teoría de la modernidad dependiente.

Inteligencia artificial, conocimiento y control del tiempo.

La reorganización tecnológica de la producción de conocimiento plantea también una cuestión más amplia sobre el control del tiempo intelectual. Durante mucho tiempo, el ritmo de la investigación científica estuvo directamente vinculado a las condiciones institucionales de las universidades y los centros de investigación. El

tiempo de la ciencia dependía de la duración de estas instituciones, sus recursos y la continuidad de sus tradiciones intelectuales.

Sin embargo, cuando la producción de conocimiento comienza a desarrollarse en entornos informacionales mediados por grandes plataformas tecnológicas, parte de este control se desplaza. La infraestructura digital que sustenta el procesamiento de grandes volúmenes de datos, el funcionamiento de sistemas avanzados de inteligencia artificial y la circulación global de información se concentra en ciertos centros tecnológicos del sistema mundial. Los centros de datos, las plataformas de procesamiento y los sistemas de desarrollo de algoritmos están empezando a desempeñar un papel cada vez más importante en la organización del entorno cognitivo contemporáneo.

En este contexto, la temporalidad del conocimiento pasa a depender parcialmente de estas infraestructuras.

La velocidad a la que circula la información, la capacidad de procesamiento de datos y el acceso a herramientas analíticas avanzadas influyen directamente en las condiciones bajo las cuales el intelecto social produce conocimiento.

Esta transformación introduce una nueva dimensión en la relación entre conocimiento y dependencia. Si en etapas anteriores del capitalismo la dependencia se manifestaba principalmente en la esfera económica y productiva, en la teoría de la modernidad dependiente también puede aparecer en el ámbito cognitivo. El tiempo de producción intelectual se ve influenciado por sistemas técnicos cuya lógica de desarrollo y control se concentra en ciertos centros tecnológicos globales.

Así pues, la reorganización del conocimiento mediada por las tecnologías digitales no se limita a alterar las prácticas intelectuales. También modifica la relación entre el tiempo, la tecnología y el poder dentro del sistema mundial.

El crepúsculo y la visibilidad del tiempo

Al final del día, cuando el paso del tiempo comienza a ralentizarse y el crepúsculo se posa lentamente sobre las ciudades, el tiempo vuelve a ser visible. Las tareas disminuyen gradualmente, los mensajes dejan de llegar con la misma intensidad y lo que parecía transcurrir sin interrupciones durante el día finalmente comienza a ralentizarse.

En este momento, la experiencia del tiempo cambia de nuevo.

Lo que perdura en la memoria no son solo los acontecimientos que llenaron el día. Lo que regresa con mayor intensidad son las sensaciones que acompañaron esos acontecimientos: la tensión de ciertos momentos, la tranquilidad de algunos intervalos, la inquietud producida por los plazos y las expectativas.

El día no se reduce a una mera sucesión de acontecimientos, sino que se convierte en una experiencia. Esta pequeña escena cotidiana revela algo más profundo sobre la temporalidad de las sociedades contemporáneas. Durante el día, inmersos en el flujo constante de tareas, decisiones e información, el tiempo parece acelerarse sin cesar. Sin embargo, cuando el ritmo se ralentiza y la experiencia se asienta en la memoria, el tiempo vuelve a mostrar su profundidad.

Algo similar ocurre con la inteligencia social. La inteligencia artificial acelera ciertas operaciones cognitivas, reorganiza el acceso a la información y amplía la memoria del conocimiento. Sin embargo, esta aceleración técnica no elimina la necesidad de tiempo para la elaboración del pensamiento. El conocimiento sigue requiriendo tiempo para madurar, ser debatido y encontrar su forma conceptual.

Entre la velocidad de las máquinas y la necesaria duración del pensamiento humano, surge una tensión característica de la teoría de la modernidad dependiente. Es dentro de esta tensión donde el intelecto social necesita reaprender a concebir el tiempo.

Temporalidad y forma histórica

La modernidad se ha descrito a menudo como la era de la aceleración. Desde el siglo XIX, diversos autores han observado que el desarrollo del capitalismo industrial ha introducido ritmos cada vez más intensos en la vida social. La expansión de las ciudades, el crecimiento de las redes de transporte y la multiplicación de las actividades económicas han generado la sensación de que el mundo se mueve a una velocidad cada vez mayor.

Sin embargo, esta aceleración no es meramente un fenómeno cultural o psicológico. Está vinculada a transformaciones estructurales en la forma en que las sociedades organizan el tiempo. Cada forma histórica de capitalismo produce un régimen temporal específico. El capitalismo industrial dependía de ritmos relativamente estables de producción, circulación y consumo. Las fábricas organizaban el trabajo en turnos definidos, las infraestructuras industriales requerían inversiones a largo plazo y las instituciones públicas se desarrollaban en horizontes temporales relativamente amplios.

La teoría de la modernidad dependiente introduce una configuración particular. La expansión del capital financiero, la circulación instantánea de la información y la continua reorganización de las expectativas económicas generan un régimen temporal más inestable. Las decisiones se basan en proyecciones inmediatas, las instituciones operan en ciclos más cortos y la planificación a largo plazo se vuelve cada vez más difícil de mantener. Esta reorganización del tiempo constituye una dimensión central de las transformaciones contemporáneas.

Dependencia y compresión del tiempo histórico

En las sociedades periféricas, esta transformación adquiere características particulares. La dependencia histórica de los centros económicos globales siempre ha implicado asimetrías en el desarrollo de las instituciones y las capacidades productivas. Sin embargo, en la

etapa actual del capitalismo, la dependencia también se manifiesta a través de la comprensión del tiempo histórico.

Los proyectos institucionales se vuelven inestables, las políticas públicas se interrumpen con frecuencia y las iniciativas colectivas tienen dificultades para consolidarse durante largos periodos. El tiempo necesario para afianzar las instituciones y tradiciones intelectuales se reduce cada vez más. Este fenómeno tiene profundas consecuencias para la organización del intelecto social.

Cuando el tiempo histórico se acorta, también lo hacen las condiciones bajo las cuales las sociedades pueden generar conocimiento sobre sí mismas. La reflexión crítica requiere continuidad, debate y acumulación de experiencias. Sin estas duraciones institucionales, el pensamiento tiende a fragmentarse.

La dependencia contemporánea se manifiesta no solo como subordinación económica, sino también como dificultad para sostener largos períodos históricos.

La epistemología de la teoría de la modernidad dependiente surge precisamente del intento de comprender esta nueva configuración temporal. Se presenta no solo como una teoría abstracta, sino como una forma de conocimiento que emerge de la experiencia histórica de sociedades que viven bajo condiciones de tiempo comprimido.

En las sociedades dependientes, esta experiencia se hace particularmente visible. Las instituciones funcionan bajo presión constante, las políticas públicas se enfrentan a interrupciones recurrentes y la producción de conocimiento se desarrolla en entornos institucionales marcados por la inestabilidad. En este contexto, comprender el tiempo se convierte en una tarea central del pensamiento social. La teoría de la episteme de la modernidad dependiente busca interpretar las transformaciones del capitalismo contemporáneo desde esta dimensión temporal. Busca comprender cómo la reorganización del tiempo social afecta a las instituciones, al intelecto social y a las formas de producción de conocimiento.

CAPÍTULO 8

Tiempo, dependencia y conocimiento

A lo largo de este libro, hemos intentado demostrar que las recientes transformaciones del capitalismo contemporáneo no pueden entenderse únicamente como cambios en la esfera económica. Ha ocurrido algo más profundo. Las finanzas han dejado de actuar solo como mediadoras entre producción y circulación y han comenzado a reorganizar el horizonte temporal mismo dentro del cual se desarrollan las instituciones, las políticas públicas y las prácticas intelectuales. El tiempo ha dejado de ser simplemente el medio silencioso de la historia. Se ha convertido en una dimensión activa de la transformación histórica misma.

Esta mutación no se presenta inmediatamente como un concepto. Antes de hacerse comprensible, se manifiesta como una experiencia social difusa. Las instituciones parecen más inestables, los proyectos colectivos duran menos, la planificación a largo plazo se vuelve más difícil y la producción de conocimiento comienza a desarrollarse en entornos cada vez más marcados por ritmos acelerados. Durante un tiempo, estos cambios solo pueden percibirse como una sensación. Sin embargo, cuando se vuelven recurrentes, exigen un lenguaje capaz de nombrarlos. Es precisamente en este punto donde se hace necesario formular lo que este libro denomina la Episteme de la teoría de la modernidad dependiente.

Durante gran parte de la modernidad, el tiempo histórico se concibió como un movimiento relativamente continuo. Las sociedades podían imaginar que cada generación avanzaría un poco más allá de la anterior, consolidando instituciones, expandiendo capacidades productivas y profundizando las experiencias históricas acumuladas a lo largo de décadas. El tiempo se presentaba como una duración relativamente amplia, capaz de sustentar proyectos colectivos, políticas públicas prolongadas y tradiciones intelectuales perdurables.

Esta experiencia temporal estaba ligada a una configuración específica del capitalismo. La modernidad industrial exigía inversiones a largo plazo, una planificación relativamente estable y formas institucionales capaces de perdurar durante periodos prolongados. Incluso en medio de crisis y conflictos, persistía la expectativa de que las instituciones pudieran madurar y que el futuro continuara abierto a la construcción histórica.

Sin embargo, las últimas décadas han traído consigo una profunda reorganización de este marco. El capital financiero ha comenzado a operar continuamente en función de las expectativas futuras, convirtiendo proyecciones en activos, anticipando decisiones y reorganizando el presente a partir de cálculos dinámicos. El resultado ha sido una creciente compresión del tiempo institucional y político. El horizonte histórico de las decisiones colectivas se ha reducido.

Como resultado, el tiempo dejó de funcionar únicamente como un medio de maduración y comenzó a utilizarse como un instrumento de apreciación.

De la dependencia económica a la dependencia temporal.

La teoría de la dependencia marxista ha demostrado con gran precisión que las economías latinoamericanas se integraron al capitalismo global bajo condiciones de subordinación estructural. La transferencia de valor, la superexplotación del trabajo, la especialización productiva y la subordinación tecnológica constituyeron meditaciones decisivas de esta inserción desigual. Este diagnóstico sigue siendo fundamental.

Sin embargo, la etapa contemporánea del capitalismo exige ampliar este horizonte interpretativo. La dependencia ya no se manifiesta únicamente en la forma en que se transfieren los recursos económicos o en cómo se subordinan productivamente las economías periféricas. También comienza a aparecer en la forma en que se organiza el tiempo histórico de las sociedades.

En las economías dependientes, el horizonte temporal de las políticas públicas tiende a acortarse, las instituciones se vuelven más vulnerables a las fluctuaciones externas y la continuidad de los proyectos colectivos pasa a depender de condiciones cada vez más inestables. El problema no radica solo en la falta de recursos, sino en la fragilidad de la duración.

Por lo tanto, la dependencia contemporánea también puede entenderse como dependencia temporal. Se refiere a la dificultad estructural de preservar el tiempo necesario para consolidar instituciones, desarrollar procesos científicos, sostener políticas públicas y construir trayectorias históricas relativamente autónomas.

Esta formulación traslada el problema de la dependencia a una nueva dimensión: la organización social del tiempo. Cuando el tiempo histórico se comprime, la primera consecuencia decisiva se manifiesta en las instituciones responsables de la producción de conocimiento. El intelecto social —entendido como la capacidad colectiva de una sociedad para reflexionar sobre sí misma— depende de periodos de tiempo relativamente largos. No se constituye simplemente por ideas aisladas, sino por instituciones, tradiciones, debates y acumulaciones que se desarrollan a lo largo del tiempo.

Las universidades, los centros de investigación, las bibliotecas y las comunidades científicas han funcionado históricamente como estructuras perdurables. Preservan la memoria, transmiten métodos, consolidan lenguajes y permiten que diferentes generaciones dialoguen sobre problemas comunes. Sin este entramado institucional, el pensamiento tiende a fragmentarse y a perder su continuidad histórica.

La teoría de la modernidad dependiente introduce una crisis en estas condiciones. Los proyectos de investigación comienzan a operar con plazos más cortos, los sistemas de evaluación se multiplican, las políticas científicas se vuelven inestables y la producción de conocimiento se desarrolla a un ritmo cada vez más acelerado. El tiempo necesario para la reflexión no desaparece, pero resulta más difícil de proteger.

La crisis de la duración institucional se transforma entonces en una crisis de las condiciones históricas del intelecto social.

La universidad en la teoría de la modernidad dependiente.

Es en la universidad donde esta transformación se hace particularmente visible. Si bien continúa siendo uno de los principales centros de producción crítica del conocimiento, la universidad comienza a operar bajo presiones temporales más intensas. Los indicadores cuantitativos, los ciclos de financiación cortos, las evaluaciones frecuentes y las exigencias de productividad están reorganizando progresivamente el trabajo académico.

Esta reorganización no elimina la universidad como espacio intelectual, pero sí altera la forma de su existencia histórica. La investigación sigue requiriendo tiempo, pero el entorno institucional comienza a operar con ciclos más acelerados. El resultado es una creciente tensión entre el tiempo que requiere el pensamiento y la aceleración impuesta por las estructuras institucionales.

En las sociedades dependientes, esta tensión se agudiza aún más. La fragilidad de las políticas científicas, la inestabilidad presupuestaria y la vulnerabilidad a las fluctuaciones externas dificultan el sostenimiento de proyectos a largo plazo. La universidad sigue siendo un espacio decisivo para el intelecto social, pero opera dentro de un marco temporal más limitado. Por lo tanto, comprender la teoría de la modernidad dependiente también requiere comprender la universidad como una institución sujeta a la presión del tiempo.

La digitalización del entorno cognitivo y el surgimiento de la inteligencia artificial introducen una nueva mediación en este proceso. El acceso al conocimiento se vuelve más rápido, la circulación de información se intensifica y ciertas operaciones cognitivas —búsqueda de referencias, organización de datos, comparación preliminar de textos, producción lingüística inicial— se realizan ahora en intervalos mucho más cortos.

Esta transformación no es neutral. Altera las condiciones técnicas de la producción de conocimiento y participa en la reorganización temporal del intelecto social. El campo cognitivo se vuelve más denso, más rápido y más dependiente de infraestructuras tecnológicas concentradas en ciertos centros del sistema mundial.

En este sentido, la inteligencia artificial no puede considerarse simplemente una herramienta. Participa en un marco temporal más amplio. Al acelerar ciertas operaciones cognitivas, intensifica la tensión entre la velocidad técnica y la duración de la reflexión. El conocimiento circula con mayor rapidez, pero aún requiere tiempo para madurar.

En las sociedades dependientes, esta transformación adquiere una dimensión adicional: una porción cada vez mayor del tiempo dedicado al conocimiento queda mediada por sistemas técnicos cuya infraestructura y lógica de desarrollo permanecen externas. La dependencia se extiende entonces también a la temporalidad cognitiva. Cada forma histórica de capitalismo produce un régimen temporal específico. El capitalismo industrial organizó la sociedad en torno a ritmos relativamente estables de producción, circulación y reproducción institucional. La teoría de la modernidad dependiente introduce otra configuración. La centralidad de las finanzas, la circulación instantánea de la información y la movilización continua del futuro como activo producen un régimen temporal más inestable y breve, más sensible a la anticipación constante.

Este cambio no debe reducirse a una simple aceleración de la vida social. Se trata de una alteración en la propia concepción histórica del tiempo. El presente se vuelve más denso y apremiante, el futuro pierde parte de su amplitud como horizonte colectivo y las instituciones comienzan a funcionar en entornos de menor duración.

La teoría de la modernidad dependiente es, en este sentido, una forma histórica en la que el tiempo deja de sustentar naturalmente los procesos colectivos y se reorganiza continuamente mediante mecanismos económicos, tecnológicos e institucionales. Es esta transformación la que exige una nueva episteme. Surge de la experiencia histórica de sociedades que viven bajo condiciones de

compresión temporal. Aparece cuando el pensamiento necesita encontrar conceptos capaces de nombrar la transformación de la duración institucional, la aceleración de las operaciones cognitivas, la inestabilidad de las políticas públicas y la reorganización del trabajo intelectual.

Busca comprender cómo la mutación del tiempo atraviesa simultáneamente la economía, las instituciones, la subjetividad y la tecnología. Más que una teoría aislada, constituye un intento de hacer inteligible un mundo en el que el futuro ya no funciona como un horizonte suficientemente amplio para la planificación colectiva.

En las sociedades dependientes, esta experiencia se hace especialmente evidente. La dificultad para preservar la continuidad institucional, la inestabilidad de los procesos científicos y la vulnerabilidad de las políticas públicas revelan que la dependencia contemporánea no se limita al ámbito productivo, sino que también influye en el tiempo.

La episteme de la teoría de la modernidad dependiente busca, por lo tanto, responder a esta experiencia: comprender la dependencia como una forma histórica que se manifiesta también a través de la organización desigual de la duración social. Las transformaciones analizadas no implican la desaparición del pensamiento crítico. El intelecto social sigue existiendo, produciendo conocimiento y abriendo posibilidades de interpretación. Sin embargo, ahora necesita operar bajo diferentes condiciones históricas. El desafío ya no reside únicamente en interpretar la desigualdad económica o la subordinación productiva, sino también en comprender la reorganización del tiempo dentro de la cual se reproducen estas desigualdades.

En este contexto, la universidad pública adquiere una importancia aún más decisiva. Aun bajo la presión de plazos ajustados, métricas, clasificaciones, evaluaciones y nuevas mediaciones tecnológicas, sigue siendo uno de los pocos lugares donde el tiempo para la reflexión aún puede encontrar refugio. No del todo, no exento de contradicciones, pero, sin duda, de una manera insustituible.

Por ello, la crisis de la duración institucional es también la crisis de una de las últimas formas de sustento del pensamiento crítico. Reflexionar sobre el tiempo se ha convertido, pues, en una tarea central del pensamiento contemporáneo. En sociedades marcadas por la dependencia histórica, esta tarea adquiere una urgencia particular. Comprender cómo se organiza, acelera o comprime el tiempo implica también comprender las condiciones bajo las cuales las sociedades pueden imaginar su propio futuro.

La episteme de la teoría de la modernidad dependiente surge precisamente de esta urgencia. No pretende ofrecer respuestas definitivas. Su objetivo es visibilizar una transformación que a menudo permanece oculta en la experiencia cotidiana: la reorganización del tiempo histórico que atraviesa las instituciones, el conocimiento y la vida social en las sociedades contemporáneas. Quizás comprender esta transformación sea uno de los primeros pasos para recuperar la capacidad de pensar históricamente de nuevo.

CONCLUSIÓN

El tiempo histórico y la dependencia en la teoría de la modernidad dependiente.

A lo largo de este libro, hemos intentado demostrar que las recientes transformaciones del capitalismo no pueden entenderse únicamente como cambios en la esfera económica. Ha ocurrido algo más profundo. La expansión de las finanzas, la reorganización de las expectativas económicas y la digitalización del entorno cognitivo han introducido un cambio en el propio régimen temporal en el que se organizan las sociedades. El tiempo ha dejado de ser simplemente el telón de fondo silencioso de la historia; se ha convertido en una dimensión activa de la organización social misma.

Esta transformación no se manifiesta inmediatamente como un concepto. Antes de hacerse comprensible, se presenta como una experiencia cotidiana. Las instituciones parecen más inestables, los proyectos colectivos se acortan, las decisiones deben tomarse en intervalos cada vez más cortos y la producción de conocimiento comienza a desarrollarse en entornos marcados por intensas presiones temporales.

Durante un tiempo, estos cambios pueden percibirse únicamente como una vaga sensación. Sin embargo, cuando se vuelven recurrentes, exigen un lenguaje capaz de nombrarlos. De esta necesidad surgió la investigación que se presenta en este libro.

Dependencia y reorganización del tiempo

La teoría de la dependencia marxista ha demostrado con gran precisión cómo las economías latinoamericanas se incorporaron al capitalismo global bajo condiciones de subordinación estructural. La transferencia de valor, la superexplotación del trabajo y la especialización productiva constituyeron mediaciones decisivas de esta inserción desigual.

Este diagnóstico sigue siendo fundamental. Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo exigen una perspectiva más amplia. La dependencia se manifiesta no solo a través de los flujos económicos o la estructura productiva, sino también en la forma en que se organiza el tiempo histórico de las sociedades.

En las economías periféricas, los proyectos institucionales se vuelven inestables, las políticas públicas tienen dificultades para consolidarse y las iniciativas científicas sufren interrupciones frecuentes. El problema no radica únicamente en la escasez de recursos, sino también en la dificultad de preservar largos periodos históricos.

En este sentido, la dependencia contemporánea también puede entenderse como dependencia temporal. Se refiere a la dificultad estructural de disponer del tiempo necesario para consolidar instituciones, desarrollar procesos científicos maduros y construir trayectorias históricas relativamente autónomas.

Intelecto social y producción de conocimiento

Esta reorganización del tiempo afecta directamente al intelecto social. El pensamiento colectivo de una sociedad depende de instituciones capaces de preservar la memoria, apoyar la investigación y transmitir el conocimiento entre generaciones. Históricamente, las universidades, las bibliotecas y los centros de investigación han funcionado como estructuras de duración.

Sin estos marcos institucionales, el conocimiento tiende a fragmentarse.

La teoría de la modernidad dependiente introduce una tensión creciente en este proceso. Los sistemas de evaluación, las métricas de productividad y los ciclos de financiación cortos reorganizan el trabajo intelectual. La investigación sigue exigiendo tiempo, pero las instituciones comienzan a operar a un ritmo más acelerado.

El resultado es una tensión permanente entre el tiempo necesario para la reflexión y la aceleración institucional. Esta tensión se vuelve aún más compleja con la expansión de las tecnologías digitales

y la inteligencia artificial. El acceso a la información es más rápido, las operaciones cognitivas se pueden realizar en intervalos más cortos y el entorno informativo en el que circula el conocimiento se vuelve más denso.

Sin embargo, el desarrollo conceptual sigue requiriendo un ritmo lento. Las ideas complejas no surgen de la noche a la mañana; dependen del debate, la maduración y la continuidad institucional. En este contexto, la universidad pública adquiere una importancia particular. Aun bajo la presión constante de las métricas, las clasificaciones y las evaluaciones, sigue siendo uno de los pocos espacios institucionales donde todavía se puede encontrar un respiro para la reflexión.

Esto no significa que la universidad sea inmune a las transformaciones de la teoría de la modernidad dependiente. Al contrario, experimenta intensamente las tensiones entre la aceleración institucional y la duración intelectual. Pero es precisamente en este espacio donde el intelecto social aún puede organizar la reflexión crítica sobre las condiciones históricas de la producción del conocimiento. La crisis de la universidad es, por tanto, también la crisis de una de las últimas instituciones capaces de sostener el tiempo necesario para la elaboración intelectual.

Sistemas de conocimiento y validación

Las transformaciones recientes también han modificado la forma en que se valida el conocimiento. Las clasificaciones internacionales, los indicadores bibliométricos, las métricas de productividad y los sistemas de evaluación se han convertido en instrumentos fundamentales para organizar la vida académica.

Estos mecanismos buscan medir la producción intelectual mediante indicadores cuantitativos. Sin embargo, cuando se vuelven dominantes, pueden alterar el ritmo mismo de la investigación científica. El conocimiento comienza a desarrollarse bajo presiones institucionales que priorizan resultados rápidos y cuantificables. En este

contexto, el tiempo necesario para la reflexión teórica puede volverse cada vez más escaso.

Criticar estos sistemas de validación no implica negar la necesidad de la evaluación científica. Significa reconocer que el pensamiento requiere condiciones temporales específicas que no pueden ser capturadas completamente por métricas cuantitativas. La producción de conocimiento sigue dependiendo de la duración histórica.

Pensando en el tiempo

La epistemología de la teoría de la modernidad dependiente surge precisamente del intento de comprender esta transformación. Busca interpretar los cambios contemporáneos a partir de la reorganización del tiempo social. El objetivo no es ofrecer una teoría definitiva, sino hacer inteligible una experiencia histórica que a menudo permanece dispersa en la vida cotidiana: la sensación de que el tiempo se ha acortado, que las instituciones se han vuelto más inestables y que el pensamiento necesita operar en entornos cada vez más acelerados.

Reflexionar sobre el tiempo se ha convertido, por tanto, en una tarea central del pensamiento contemporáneo. En sociedades marcadas por la dependencia histórica, esta tarea adquiere una urgencia particular. Comprender cómo se organiza el tiempo implica también comprender las condiciones bajo las cuales las sociedades pueden imaginar su propio futuro. Quizás recuperar la capacidad de pensar históricamente sea uno de los primeros pasos hacia la reconstrucción de duraciones institucionales más amplias.

Durante mucho tiempo, la teoría de la dependencia permitió comprender con gran precisión el lugar de las economías latinoamericanas dentro del sistema global. El análisis de la transferencia de valor, la superexplotación del trabajo y la subordinación tecnológica reveló mecanismos fundamentales para la reproducción de las desigualdades entre el centro y la periferia. Esta

tradición teórica proporcionó herramientas cruciales para interpretar la inserción histórica de América Latina en el capitalismo global.

Sin embargo, al observar las recientes transformaciones del capitalismo, se hizo evidente que algo nuevo estaba ocurriendo. Las crisis económicas ya no se presentaban simplemente como interrupciones cíclicas del crecimiento. Producían efectos duraderos en las instituciones, alteraban las expectativas sociales y reorganizaban continuamente el horizonte temporal de las decisiones políticas. Los gobiernos comenzaron a operar bajo constantes presiones financieras, las políticas públicas se volvieron más inestables y la propia idea de la planificación a largo plazo comenzó a perder terreno.

Este cambio puso de relieve un problema poco explorado. Quizás la dependencia no se manifieste únicamente a través de la transferencia de recursos o la estructura productiva. Quizás también esté vinculada a la forma en que se organiza el tiempo histórico de las sociedades.

El momento del descubrimiento

La comprensión de este problema no surgió de repente. Como muchos descubrimientos intelectuales, apareció gradualmente, a partir de la convergencia de diferentes observaciones. Al observar las transformaciones en las universidades, las políticas científicas y las instituciones públicas, se hizo evidente que el tiempo institucional se estaba acortando cada vez más.

Los proyectos de investigación tuvieron dificultades para mantenerse durante largos periodos. Los programas científicos se interrumpían o reorganizaban con frecuencia. Las instituciones seguían existiendo, pero parecían vivir bajo la presión constante de ciclos cada vez más acelerados. Al mismo tiempo, la expansión de las finanzas globales introdujo una reorganización continua de las expectativas económicas. El presente pasó a regirse por proyecciones sobre el futuro, mientras que las decisiones institucionales se tomaban a intervalos cada vez más cortos.

Esta convergencia de fenómenos permitió formular una hipótesis. Quizás nos enfrentábamos a una transformación más profunda en el régimen temporal del capitalismo. Si esta hipótesis era correcta, la dependencia contemporánea no podía entenderse únicamente como una relación económica, sino que debía interpretarse también como una relación temporal. Fue a partir de esta intuición que comenzó a tomar forma la idea de dependencia temporal. La universidad desempeñó un papel decisivo en la elaboración de esta hipótesis. Si bien continuó siendo uno de los principales espacios para la producción de conocimiento, se convirtió en un lugar privilegiado para observar la transformación del tiempo institucional.

La investigación científica siempre ha dependido de periodos de tiempo relativamente largos. El desarrollo de teorías requiere lectura prolongada, debate intelectual y continuidad institucional. Sin estas condiciones temporales, el conocimiento tiende a fragmentarse.

Sin embargo, en las últimas décadas, las universidades han comenzado a operar bajo una presión de tiempo cada vez mayor. Las evaluaciones frecuentes, las métricas de productividad y los ciclos de financiación cortos han reorganizado el trabajo académico. El tiempo necesario para la reflexión no ha desaparecido, pero se ha vuelto más difícil de preservar.

Esta transformación reveló algo importante.

El problema no era meramente institucional. Tenía que ver con las condiciones históricas del intelecto social mismo: la capacidad colectiva de una sociedad para producir conocimiento sobre sí misma.

Cuando las instituciones pierden la capacidad de mantenerse durante largos períodos, las condiciones en las que puede desarrollarse el pensamiento crítico también se vuelven más frágiles.

El papel de la tecnología

Las transformaciones tecnológicas de las últimas décadas han añadido una nueva dimensión a este proceso. La digitalización del entorno cognitivo y la expansión de la inteligencia artificial han

reorganizado profundamente las condiciones técnicas de la producción de conocimiento. El acceso a la información se ha agilizado, la circulación de textos se ha intensificado y ciertas operaciones cognitivas se realizan ahora en intervalos mucho más cortos. Estas transformaciones han ampliado las posibilidades de la investigación científica, pero también han contribuido a acelerar el entorno informacional en el que circula el conocimiento.

La tecnología no elimina la necesidad de dedicar tiempo a la reflexión.

Las ideas complejas siguen exigiendo madurez intelectual. Sin embargo, el entorno en el que se desarrollan estas ideas es cada vez más acelerado. Esta tensión entre la velocidad técnica y la profundidad reflexiva se ha convertido en una característica central de la teoría de la modernidad dependiente.

El significado del libro

A partir de estas observaciones surgió la necesidad de formular la episteme de la teoría de la modernidad dependiente. El objetivo de este libro no era solo describir las transformaciones económicas o institucionales, sino comprender cómo la reorganización del tiempo histórico atraviesa simultáneamente la economía, el conocimiento y la experiencia social.

La episteme de la teoría de la modernidad dependiente busca ofrecer un lenguaje capaz de hacer inteligible esta transformación. Parte de la hipótesis de que el tiempo ha dejado de ser un mero telón de fondo silencioso de la historia para convertirse en un elemento activo en la organización de las sociedades contemporáneas. La dependencia no opera únicamente a través de la transferencia de recursos o la subordinación productiva, sino que también influye en la duración de las instituciones y en las condiciones temporales de la producción de conocimiento.

Comprender esta dimensión temporal es quizás una de las tareas más importantes del pensamiento contemporáneo. Y quizás también de la reinención del futuro.

Si la reorganización del tiempo constituye una de las características centrales de la teoría de la modernidad dependiente, la cuestión que queda abierta concierne al futuro del intelecto social. Las sociedades siguen produciendo conocimiento, interpretando sus propias transformaciones y desarrollando lenguajes capaces de nombrar nuevas experiencias históricas.

Sin embargo, las condiciones en las que se desarrolla este conocimiento se han vuelto más inestables. Las instituciones operan bajo una intensa presión temporal, la circulación de información se acelera constantemente y el entorno cognitivo en el que trabajan investigadores y estudiantes es cada vez más denso. El pensamiento debe abrirse paso entre flujos de información incesantes.

Esta transformación no implica necesariamente el declive del intelecto social.

Por el contrario, revela la necesidad de comprender con mayor claridad las condiciones históricas de la producción de conocimiento. El pensamiento crítico no desaparece cuando el tiempo se acorta; necesita aprender a operar dentro de nuevas configuraciones temporales.

En este contexto, la universidad sigue desempeñando un papel decisivo. Aun sometida a métricas, evaluaciones y presiones institucionales, sigue siendo uno de los pocos espacios donde aún se puede preservar el tiempo para la reflexión. No del todo, no exento de contradicciones, pero, sin duda, de una manera insustituible.

El tiempo que vuelve a hacerse visible. Quizás sea posible comprender la transformación analizada en este libro a través de una simple imagen.

Al comienzo del día, cuando despertamos aún deslumbrados por la luz matutina, el tiempo parece transcurrir lentamente. Pensamos en las tareas pendientes, imaginamos el rumbo que tomará el día y las horas parecen interminables, como si hubiera espacio suficiente para

que todo sucediera. Sin embargo, a medida que avanza el día, el ritmo cambia.

Los compromisos se acumulan, hay que tomar decisiones, los mensajes llegan sin cesar y el tiempo parece transcurrir a una velocidad cada vez mayor. Lo que parecía inmenso por la mañana se va acortando progresivamente. Al final de la tarde o de la noche, suele quedar la sensación de que el día ha pasado demasiado rápido.

Pero hay un momento particular en que el tiempo vuelve a ser visible. Cuando el movimiento se ralentiza y las actividades cesan, lo que queda en la memoria no son solo los acontecimientos que llenaron el día. Lo que regresa con mayor intensidad son las sensaciones que acompañaron esos acontecimientos: la tensión de ciertos momentos, la tranquilidad de algunos intervalos, la inquietud producida por las expectativas y las responsabilidades.

El día no se queda simplemente como una sucesión de acontecimientos, sino como una experiencia. Quizás algo similar ocurra con el tiempo histórico. Durante largos periodos, las sociedades viven inmersas en el flujo continuo de eventos, decisiones y transformaciones. El tiempo parece transcurrir sin más. Sin embargo, en ciertos momentos históricos, vuelve a hacerse visible. Cuando esto sucede, es posible percibir que el tiempo no es solo el medio en el que se desarrolla la historia, sino también una de las formas en que se organiza.

Última palabra

Si este libro tiene alguna intención, es visibilizar esta transformación. La episteme de la teoría de la modernidad dependiente no pretende ofrecer respuestas definitivas ni establecer una teoría completa del tiempo histórico. Simplemente busca nombrar una experiencia cada vez más presente en las sociedades contemporáneas: la sensación de que el tiempo de las instituciones, el conocimiento y la vida social se ha reorganizado.

Comprender esta transformación puede ser uno de los primeros pasos para recuperar la capacidad de pensar históricamente. Porque pensar históricamente significa, ante todo, comprender la época en la que vivimos.

Este libro y la tradición de la teoría de la dependencia. Cualquier intento de interpretar la experiencia histórica de América Latina inevitablemente se relaciona con la tradición de la teoría marxista de la dependencia. A lo largo del siglo XX, autores como Ruy Mauro Marini (2000), Vânia Bambirra (1978) y Theotonio dos Santos (2000) ofrecieron herramientas analíticas cruciales para comprender las formas específicas en que las economías latinoamericanas se integraron al capitalismo global.

Estos autores no interpretaron la dependencia como un simple atraso histórico. La entendieron como una forma particular de inserción en el sistema capitalista global, caracterizada por mecanismos estructurales de transferencia de valor y por una organización productiva que reproducía las desigualdades entre el centro y la periferia.

Esta tradición sigue siendo un punto de referencia fundamental. Sin embargo, las recientes transformaciones del capitalismo exigen ampliar el horizonte analítico de esta perspectiva. La expansión del capital ficticio, la reorganización de las expectativas económicas y la creciente centralidad de las finanzas han introducido una nueva dimensión en la dinámica del sistema mundial.

La dependencia no opera únicamente a través de la producción o circulación de bienes. También influye en la organización del tiempo histórico de las sociedades. En este sentido, la episteme de la teoría de la modernidad dependiente no pretende reemplazar la teoría de la dependencia. Su objetivo es prolongar esta tradición, desplazando el foco de análisis hacia una dimensión que se ha hecho cada vez más visible en las últimas décadas: la reorganización del tiempo social.

Si la dependencia contemporánea se manifiesta también como una compresión del tiempo histórico, surge la pregunta sobre las posibilidades de reconstruir duraciones institucionales más amplias. No

se trata simplemente de una cuestión económica o administrativa, sino de un problema profundamente histórico y cultural. Las sociedades necesitan tiempo para construir instituciones, consolidar políticas públicas y desarrollar tradiciones intelectuales.

Sin duración, no hay experiencia acumulada. Sin experiencia acumulada, resulta difícil generar conocimiento capaz de interpretar las transformaciones históricas. La teoría de la modernidad dependiente introduce intensas tensiones en este proceso. La aceleración de la información, la reorganización de las expectativas económicas y la inestabilidad de las políticas públicas comprimen continuamente los horizontes temporales en los que operan las instituciones. Sin embargo, comprender este proceso ya constituye un primer paso.

Cuando el tiempo histórico se convierte en objeto de reflexión, las sociedades pueden empezar a reconocer las condiciones en las que se desarrollan sus propias instituciones. Esta conciencia histórica no resuelve automáticamente los problemas de dependencia, pero permite visibilizar las mediaciones que organizan la experiencia social.

Quizás sea en este punto donde el intelecto social recupera su papel más importante: la comprensión del tiempo. Y quizás sea precisamente en este momento —cuando el tiempo vuelve a ser visible— cuando las sociedades pueden comenzar a imaginar su propio futuro una vez más.

BIBLIOGRAFÍA

BAMBIRRA, Vânia. **O capitalismo dependente latino-americano**. 2. ed. Rio de Janeiro: Zahar, 1978.

BENJAMIN, Walter. **Magia e técnica, arte e política: ensaios sobre literatura e história da cultura**. 8. ed. São Paulo: Brasiliense, 2012.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. **Fenomenologia do espírito**. Petrópolis: Vozes, 2002.

LUKÁCS, György. **História e consciência de classe: estudos sobre a dialética marxista**. São Paulo: WMF Martins Fontes, 2018.

MARINI, Ruy Mauro. **Dialética da dependência**. Petrópolis: Vozes; Buenos Aires: CLACSO, 2000.

MARX, Karl. **O capital: crítica da economia política**. Livro I. São Paulo: Boitempo, 2013.

ROSA, Hartmut. **Aceleração: a transformação das estruturas temporais na modernidade**. São Paulo: Editora UNESP, 2019.

SANTOS, Theotônio dos. **A teoria da dependência: balanço e perspectivas**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2000.

SEVCENKO, Nicolau. **A corrida para o século XXI: no loop da montanha-russa**. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

SOBRE EL AUTOR

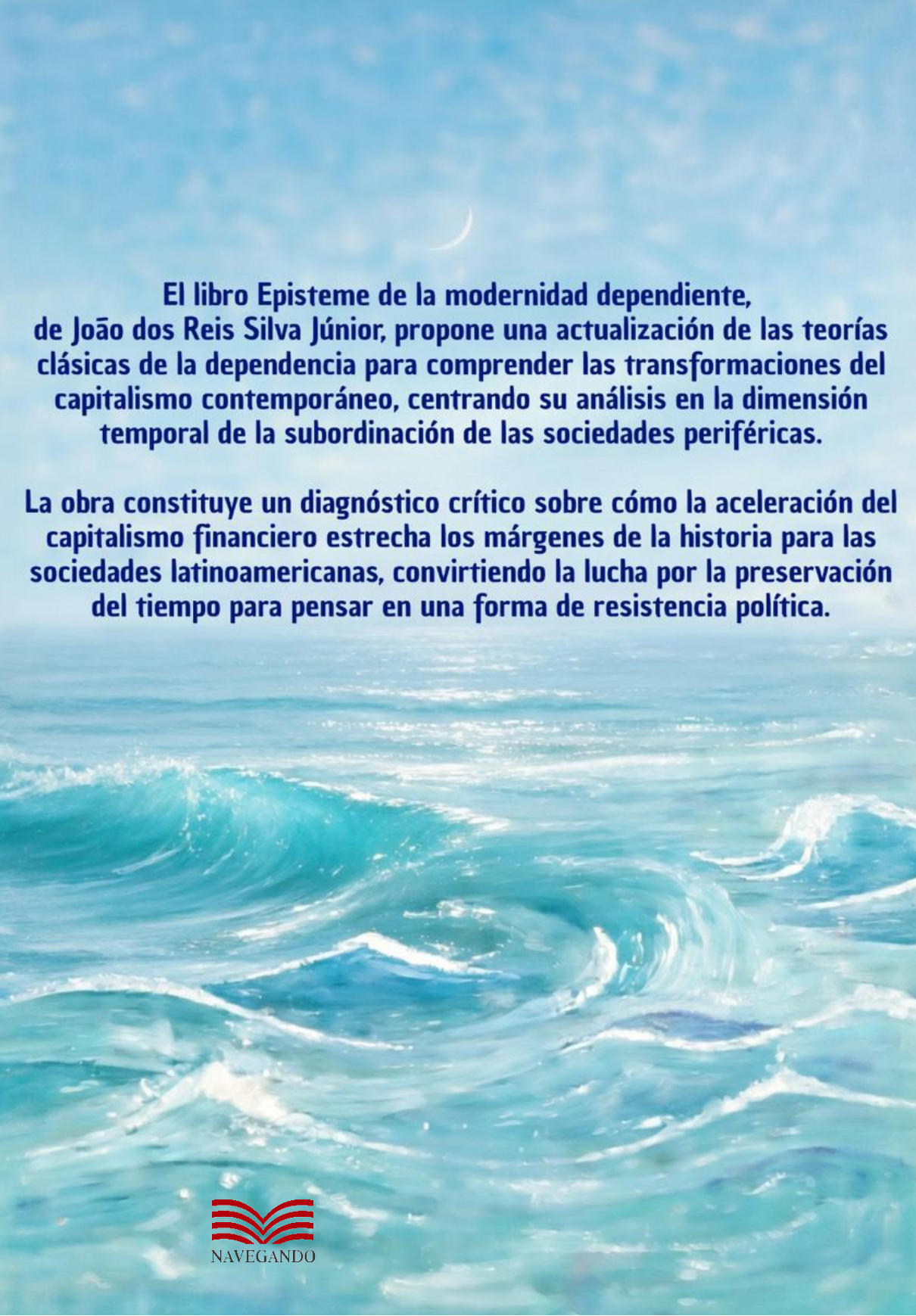


JOÃO DOS REIS SILVA JÚNIOR

João dos Reis Silva Júnior es profesor titular e investigador de la Universidad Federal de São Carlos (UFSCar), con una trayectoria intelectual consolidada a lo largo de más de cuatro décadas dedicadas a la educación superior, a la sociología de la educación y a la economía política. Su producción se distingue por la densidad teórica y por la capacidad de articular una crítica social rigurosa con el análisis de las transformaciones contemporáneas del capitalismo, especialmente en el contexto latinoamericano.

Autor de obras relevantes como *Arquitectura de la Dependencia: más allá de la razón dualista* y *Teoría de la Modernidad Dependiente*, desarrolló una actualización original de la tradición de la Teoría Marxista de la Dependencia. Dialogando con autores como Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra y Theotonio dos Santos, su contribución central reside en la formulación de la idea de que, en el capitalismo actual, la dependencia opera sobre todo a través del control del tiempo histórico.

Su interpretación de la crisis de 2008 como una mutación ontológica del capitalismo constituye uno de los ejes más innovadores de su obra. A partir de ello, investiga las relaciones entre financiarización, Estado y universidad, poniendo en evidencia el papel de las instituciones públicas en la mediación de las formas contemporáneas de subordinación y en la preservación de la crítica.



El libro Episteme de la modernidad dependiente, de João dos Reis Silva Júnior, propone una actualización de las teorías clásicas de la dependencia para comprender las transformaciones del capitalismo contemporáneo, centrando su análisis en la dimensión temporal de la subordinación de las sociedades periféricas.

La obra constituye un diagnóstico crítico sobre cómo la aceleración del capitalismo financiero estrecha los márgenes de la historia para las sociedades latinoamericanas, convirtiendo la lucha por la preservación del tiempo para pensar en una forma de resistencia política.